

©2000 *Asociación Argentina de Psicología
y Psicoterapia de Grupo*

Redacción y administración:

Arévalo 1840 - Capital Federal

Telefax: 4774-6465 rotativas

ISSN 0328-2988

Registro de la Propiedad Intelectual N° 043173

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Derechos reservados

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Producción gráfica:

Ediciones PubliKar. Tel: 4743-4648

Diseño de tapa:

Curioni Producciones

TOMO XXIII Número 2 - 2000

Afiliada a la Federación Latinoamericana de Psicoterapia Analítica de Grupo,
a la American Group Psychotherapy Association,
y a la International Association of Group Psychotherapy

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES E INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Directora:

Lic. Mirta Segoviano

REVISTA

Secretaria:

Lic. Rosa Chagel

Comité Científico:

Lic. Diana Dorin

Lic. Dora Nuesch

Lic. Nora Rivello

Consejo de Publicaciones:

Lic. Daniel Waisbrot

Lic. Susana Sternbach

Lic. Cielo Rolfo

Comité Asesor:

Lic. Elina Aguiar

Dr. Isidoro Berenstein

Dr. Marcos Bernard

Lic. Susana Matus

Lic. Gloria Mendilaharsu

Dra. Janine Puget

Lic. Rosa María Rey

Dra. Graciela Ventrici

BIBLIOTECA

Secretario:

Lic. Marcelo Luis Cao

Colaboradora:

Lic. Marcela Brzustowski

Corresponsales en el exterior:

Lic. Myriam Alarcón de Soler,
Bogotá, Colombia.

Prof. Massimo Ammaniti, Roma, Italia.

Prof. Dr. Raymond Battégay, Basilea, Suiza.

Dra. Emilce Dio Bleichmar, Madrid, España.

Dr. Joao Antonio d'Arriaga, Porto Alegre, Brasil.

Dr. Rafael Cruz Roche, Madrid, España.

Dr. Alberto Eiguier, París, Francia.

Dr. Marco A. Fernández Velloso, San Pablo, Brasil.

Dr. Arnaldo Guitier, Madrid, España.

Dr. Max Hernández, Lima, Perú.

Lic. Gloria Holguín, Madrid, España.

Dra. Liliana Huberman, Roma, Italia.

Lic. Rosa Jaitin, Lyon, Francia.

Prof. Dr. René Kaës, Lyon, Francia.

Prof. Dr. Karl König, Göttingen, Alemania.

Dr. Mario Marrone, Londres, Inglaterra.

Prof. Meneghini, Florencia, Italia.

Prof. Claudio Neri, Roma, Italia.

Lic. Teresa Palm, Estocolmo, Suecia.

Dr. Saúl Peña, Lima, Perú.

Lic. Martha Satne, Pekin, China.

Dr. Alejandro Scherzer, Montevideo, Uruguay.

Dr. Alberto Serrano, Honolulu, Hawaii.

Dr. Alberto Siniego, Méjico DF.

Dra. Estela Welldon, Londres, Inglaterra.

COMISIÓN DIRECTIVA

Presidente:

Lic. Daniel Waisbrot

Vicepresidente 1°:

Lic. Susana Sternbach

Vicepresidente 2°:

Lic. Cielo Rolfo

Secretaria:

Lic. Ombretta Velati

Pro-Secretaria:

Lic. Mónica Galbusera

Tesorera:

Lic. Susana Vaitelis

Pro-Tesorera:

Dra. Beatriz Caso de Leveratto

Secretaria de Prensa:

Lic. Marta Farhi

Vocal 1°:

Lic. Beatriz Bernath

Vocal 2°:

Lic. Mariela Coletti

Producción Gráfica:
Ediciones PubliKar
4743-4648

SUMARIO

	11	• Editorial
Lidia Fernández • Jorge Dubatti Pepe Elíaschev	15	• La educación, el arte, los medios de comunicación y los ideales en la actualidad Mesa Redonda
Norma Misgalou de Mondolfo •	45	• Reflexiones sobre una clínica de la escena
Julio Moreno •	67	• Realidad virtual y psicoanálisis
María Cristina Rojas •	87	• Modelizaciones en psicoanálisis familiar: aproximación teórico-clínica a la familia de hoy
René Kaës •	109	• Interrogaciones
Griselda Santos • Catalina Saragossi	139	• Juguete e infancia
Mirta Segoviano •	157	• El trastorno vincular sobreadaptativo
Juan Eduardo Tesone •	179	• El tatuaje y el escudo de Perseo
Claudine Vacheret •	197	• La imagen: mediación en el sueño, mediación en el grupo

PASANDO REVISTA

Irene Meler • 211 • *Psicoanálisis y Género*
Irene Meler, Débora Tajer
(comp.)

Graciela Selener • 215 • *III Jornadas Nacionales de la*
FAPCV

INFORMACIONES

Editorial

El privilegio que en psicoanálisis tiene y ha tenido desde siempre la palabra como vía de acceso al conocimiento del inconsciente ha permitido un avance que es sin duda lo más medular de sus desarrollos. Sin embargo, como inevitablemente ocurre, toda preeminencia arroja su sombra y suele mantener en ella, con más o menos violencia, con más o menos estabilidad, todo aquello que la sostiene y a lo que, precisamente, debe sus prerrogativas.

Primero el psicoanálisis de los niños, pero también el de las formas del sufrimiento psíquico que la técnica clásica no permitía tratar, luego el de los conjuntos. Es decir, en suma, toda la clínica que no se prestaba sin más a ser recostada en un diván, impuso sus exigencias a una teoría que debió comenzar a comprender mucho más que la sola palabra y a una teoría de la técnica que debió asimismo empezar a balbucear sus provisionales respuestas.

Aunque hoy tenemos que remontarnos mucho ya para evocar esos inicios, nos encontramos sin embargo en un camino cuyos límites estamos lejos de vislumbrar. La imagen visual, la escena, el juguete, el tatuaje, los actos... son sólo algunas de esas formas de comunicación que, *además de la palabra*, a veces con ella, en complementariedad, en oposición, a veces incluso sin ella, atraviesan y modulan nuestra tarea de psicoanalistas.

Los trabajos que hoy presentamos son indicio de esa pasión por comprender más, por escuchar y tratar mejor, que se atreve a recoger el guante de lo que es un desafío siempre abierto: encontrar y sostener la actitud analítica allí donde construye sus validaciones.

Dirección de Publicaciones

La educación, el arte, los medios de comunicación y los ideales en la actualidad

MESA REDONDA ¹

Lidia Fernández *
Jorge Dubatti **
Pepe Eliashev ***

COORDINADORA:
Mirta Segoviano

- ¹ Esta Mesa Redonda se llevó a cabo en la AAPPG, el 11 de abril de 2000, durante la presentación de nuestro número anterior: «Los ideales, entre modelo y obstáculo».
- (*) Profesora en Ciencias de la Educación de la UBA, con estudios de Posgrado en Psicología y Educación; Profesora Titular de la cátedra de Análisis Institucional de la Escuela y los Grupos de Aprendizaje y Directora del Programa de Investigaciones en Instituciones Educativas, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Autora de numerosas obras, una de los cuales, *El análisis de lo institucional en la escuela*, ha recibido el Primer Premio de Jurado de las XVII Jornadas Internacionales de educación al «mejor libro publicado en 1999» en la categoría Obra Teórica.
- (**) Licenciado en Letras, egresado de la UBA, Premio de la Academia Argentina de Letras al mejor egresado de 1989. Es Profesor Adjunto del Departamento de Artes de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, y Director del Centro de Investigación en Historia y Teoría Teatral que funciona en el Centro Cultural Rojas. Ha escrito una docena de libros sobre temas de literatura y teatro y dirige colecciones teatrales. Es conductor del programa *País/Cultura* en Radio Nacional y crítico teatral del diario *El Cronista*.
- (***) Periodista, 54 años, porteño, ejerce su profesión desde hace 35, es conductor del programa de radio «Esto que pasa» y director del periódico del mismo nombre, además de conductor del programa de televisión «Provocaciones», que se emite por Canal 7.

Lidia Fernández

Dividí las cuestiones que quiero poner a consideración de ustedes en tres apartados.

El primero se refiere a los ideales en su carácter de idearios institucionales. Otro gira alrededor de los espacios institucionales de la educación y algunos de los modos en que funcionan en ellos tales idearios. El tercero tiene que ver más específicamente con alguno de los resultados que encontramos reiteradamente en el campo de la investigación sobre las dinámicas educativas en condiciones críticas.

La época actual se ha convertido, lamentablemente, en un verdadero laboratorio para el estudio de estos fenómenos y arroja más material que el que nosotros mismos podemos procesar.

En cuanto al tema de *los ideales interpretados como idearios*, quiero desarrollar dos o tres ideas básicas para mi planteo.

Una. Con el término ideario me refiero a un conjunto de ideales enraizados en proyectos y relacionados a concepciones del mundo que resultan buenas, deseables para el grupo que se estructura alrededor de esos proyectos. Por una parte, los idearios sirven de base y fundamentación a los proyectos. Por otra, funcionan como metas con la cualidad de desafío y de objeto de deseo. En el campo educativo los proyectos, aun en las condiciones más desfavorables, encierran desafíos, provocan a la gente a unirse a ellos para demostrar que es posible un estado de cosas considerado imposible.

Dos. En parte por las características antes señaladas, los idearios educativos contienen elementos míticos que enlazan el presente al pasado de las comunidades y grupos para los que la educación es cuestión de identidad y continuidad de vida. Y contienen también componentes utópicos que vinculan el presente con un futuro en el que, en general

(ustedes lo saben mejor que yo), los seres esperamos reeditar experiencias del pasado mítico que consideramos continente de la cualidad intrínseca de lo vivido.

Tres. Quisiera llamar la atención sobre el modo en que los idearios, así definidos, pasan a constituir los marcos ideológicos de los establecimientos educativos y de sus variados campos institucionales. El análisis de este tipo de establecimiento muestra el preponderante papel organizador que ellos tienen, el modo en que conforman piezas claves en la garantía de su constitución y permanencia como espacio de formación, y las sutiles maneras en que penetran estructurando a los sujetos.

Atravesados por las instituciones que forman el contexto externo, golpeados por los impactos del ambiente, los espacios institucionales de la educación encuentran en los idearios y las ideologías que los contienen el potencial estructurador de su existencia: nuclean a la gente, condicionan las acciones, sirven de apoyatura psíquica a los sujetos, asignan sentido a la tensión inevitable que provoca la pertenencia organizacional, permiten tolerar los enfrentamientos institucionales más agudos, en función de su poder para asignar sentido al costo que hay que pagar para alcanzar lo que los ideales marcan.

A partir de estas tres ideas básicas preguntemos ahora: *¿qué es lo que encuentra en general el que mira un espacio institucional educativo?*

Voy a intentar sintetizar una respuesta a esta pregunta a través de alguna reflexión sobre tres dimensiones del asunto de la formación: los formadores, la situación de formación y los procesos de formación.

Con respecto a *los formadores*, cualesquiera que sean ellos, quisiera recordar que en el nivel más profundo de cualquier formador, aún del más irritado con su tarea y su trabajo, hay una necesidad muy clara de reparación que se expresa por la convicción de tener un papel en la probabili-

dad de construir un mundo mejor. Y esa necesidad o ese ideal de construir un mundo mejor ligada a la necesidad de reparación se encuentra al mismo tiempo, en el mismo núcleo profundo, con la fantasía del propio potencial de daño.

La educación está emparentada intrínsecamente con un nivel de violentización de las necesidades individuales –más o menos alto según la cultura– y con una tensión y sufrimiento definidos como el costo necesario de la socialización. El formador lucha profundamente con esta tensión entre la necesidad de darse cuenta y verificar que su acción en la realidad es capaz de hacer crecer, de alimentar, desarrollar a otro y evitar producir un daño y la verificación de la relación entre su acción y los daños reales y temidos que ella provoca en los sujetos en formación. Esto hace de la tarea de la educación una tarea ansiógena tanto para el formador como para el sujeto en formación.

Acá quiero aclarar que me refiero a una ansiedad no neurótica sino vinculada a características de la tarea educativa en sí. Existen motivos reales, presentes en la realidad externa, que provocan esta ansiedad porque efectivamente la educación implica un proceso de disciplinamiento, más o menos fuerte, más o menos cruento de acuerdo al contexto social en el que está. Es una ansiedad que, además, puede cargarse con elementos internos y quedar intensificada, pero que, desde el punto de vista institucional, interesa en la medida en que está ligada a condiciones materiales y organizacionales que a su vez sufren la compleja determinación de la cultura del establecimiento y de los múltiples atravesamientos de las instituciones que regulan las relaciones con el saber según el género, la clase, la etnia...

Sobre la *situación de formación*, quiero llamarles la atención sobre el carácter institucionalizado que adquiere en las sociedades contemporáneas. La institucionalización introduce en las relaciones pedagógicas –o relaciones de formación– entre el sujeto formador y el sujeto en formación,

una organización de trabajo que los educadores llaman «organización pedagógica» para encubrir en parte su poder de limitación. Esta organización se justifica a través de concepciones didácticas, psicológicas, pero es básicamente una organización basada en la división del trabajo de los que se forman y de los formadores. (Dice Gérard Mendel que el único trabajador de salario diferido es el alumno: algún día podrá cobrar algo por todo ese trabajo que realiza para cumplir con las exigencias institucionalizadas de su educación).

Tanto el sujeto en formación como el formador están intermediados en su interacción y en su vínculo. El formador está determinado en su acción, también –en su posibilidad de ver que lo que efectivamente hace sirve para que el otro crezca y para que esté mejor, no peor– por una organización del trabajo instituida dentro del espacio organizacional. Está intermediado, además, por un espacio institucional que es fuertemente vigilado por el contexto social. Cuando las situaciones son de crisis afuera, los contextos educativos son más vigilados, más controlados. Este es un momento donde los contextos educacionales están muy fuertemente vigilados.

Con respecto a los *procesos de la formación*, desearía que pusieran a consideración, mientras escuchan esta exposición, que la formación se da en una trama de relaciones intersubjetivas de índole compleja. Habitualmente, cuando las cosas andan bien, la presencia de fuertes ideales acerca de la tarea educativa y sus beneficios, acerca de la formación y sus buenos propósitos, cumplen una decidida función, tienen un decidido papel en el control de la ansiedad que trae la tarea de la formación. Un autor que es muy útil para comprender esto es Cristófer Déjour. El plantea una conceptualización realmente interesante acerca de la función que cumplen las por él llamadas ideologías defensivas del oficio. Podríamos decir que dentro del campo educativo, los fuertes valores y la creencia en que la formación que se está proporcionando es una formación buena y deseable, que va a contribuir a que ese sujeto sea mejor y que

el mundo que ese sujeto pueda construir sea mejor, son parte de las ideologías colectivas defensivas contra la ansiedad que tiene el oficio de educar.

Miradas desde este punto de vista, la presencia de los idearios institucionales y pedagógicos, y la presencia de las culturas profesionales de los educadores, tienen un papel organizador en los espacios institucionales y en el vínculo de la formación; de modo tal que, en la medida en que estos ideales cumplen la función organizadora, el control de la ansiedad que trae esta tarea es posible y el educador puede dejar liberado un espacio para la creación, para la exploración, para la producción pedagógica, para un vínculo adecuado a los propósitos que le marcan las metas de los proyectos institucionales.

Así visto el asunto, uno diría que no hay posibilidad de encontrar en los ideales una función de obstáculo. Todo lo contrario, *es el quiebre de los ideales lo que se convierte en un obstáculo.*

En este punto, quiero entrar en el tercer punto que propuse al principio. *Los ideales, su papel de facilitación u obstáculo en las dinámicas educativas críticas.* Voy a referirme particularmente a los espacios educativos que están funcionando en condiciones que podemos designar como configuraciones de alta dificultad.

Con *configuración de alta dificultad* me refiero a una configuración donde *hay pocos recursos* porque siempre han escaseado o porque han sufrido una disminución abrupta e intensa vinculada a procesos de marginación social que enfrentan los alumnos y sus familias. Una situación en que se ha producido –éste es un hecho contundente– *la fractura de las culturas profesionales* de los formadores que proveían de ideales, de secretos de oficio, para enfrentar situaciones imprevistas y difíciles, y de ideologías colectivas al servicio del control y de las defensas contra la ansiedad propia de los estructurantes contradictorios que antes he mencionado.

Como consecuencia de ambas condiciones, el formador tiene que vincularse con un sujeto en formación que está en sufrimiento social mientras ve intensificada su incertidumbre, pues la fractura de las culturas profesionales que le proporcionaban marco y apoyatura lo enfrentan a ese sufrimiento en carencia de recursos para dar respuesta. Como consecuencia se produce una intensificación de la ansiedad en la formación y aumenta la vulnerabilidad de los sujetos.

Quiero detenerme todavía en la fractura de las culturas profesionales como un efecto de por lo menos dos fenómenos importantes. Por una parte, la vorágine del desarrollo científico-tecnológico que pone a cualquier formador frente a un desafío permanente de actualización difícil de sostener desde condiciones de trabajo empobrecidas.

Por otro lado, los cambios socio-económicos estructurales, resultado de la globalización, que prometen bienestar pero producen la desprotección aguda de sectores cada vez más vastos.

En el caso de la educación –como en otros campos–, los cambios se han instalado gracias a un proceso sistemático de invalidación de las culturas profesionales de los educadores. Durante diez años –y diez años son muchos años, porque se asientan y potencian los efectos de diez años de dictadura– ha habido un diagnóstico oficial que sostuvo desde las unidades ministeriales que los logros educativos eran magros por la ignorancia de los educadores. Este diagnóstico, repetido de múltiples formas y acompañado de quita de recursos y amenaza a la estabilidad laboral, operó poniendo en cuestión los marcos culturales, sus concepciones, también sus idearios, e induciendo la crisis. Ella a su vez provocó una interrupción de la ligazón de comunicación y de formación entre generaciones. Los educadores novatos quedaron sin referentes legitimados en los espacios institucionales. En muchos casos las instituciones de formación docente consideradas de avanzada previenen al futuro joven maestro contra los riesgos que conlleva el seguir los modelos profesionales del educador experimen-

tado. Un joven profesor que trabajaba en su primer empleo en un lugar muy apartado de la Patagonia expresó así esta realidad de su situación: «...en el Instituto te repetían “hay que subirse al carro del cambio, hay que empujar hacia delante”... y yo me subí... el asunto fue después, porque cuando me bajé del camión del cambio y quedé en medio de la escuela, me encontré como Tarzán, a los gritos y en pelotas.... no podía preguntarle a las maestras más grandes porque me habían dicho que ésas no sabían nada, todos los otros estaban igual que yo. ¿Qué hace uno cuando se encuentra así? ¿para qué te sirve lo que te enseñaron en el Instituto? Nada de lo que te contaron es como la realidad con la que te encontrás».

Quiero decir que la quiebra de la transmisión de saberes prácticos que se hace en las etapas de socialización profesional en el trabajo dejó en situación de fuerte vulnerabilidad a nuestros educadores. A esto se añadió el efecto provocado por la instalación de una concepción de la educación como instrucción disciplinar y la negación de la educación como proceso de formación personal.

Cuando una situación educativa institucionalizada tiene un ideario fuerte de formación y este educador siente que lo que está haciendo va a contribuir al crecimiento y a la formación de ese sujeto, si tales convicciones son compartidas como ideologías pedagógicas, las condiciones de dificultad expuestas se soportan, los grupos parecen más capaces de sostener movimientos luchando por sus condiciones de trabajo: la carpa blanca fue un ejemplo de esto (la lucha por las condiciones estuvo ligada fuertemente a la defensa ideológica de la educación pública...)

Cuando este educador está invalidado en su conocimiento profesional, está quebrado en sus posibilidades de encontrar referentes de experiencia y, además, se le dice que su tarea es la instrucción disciplinaria, queda sin marco. El enfrentarse a una situación de dificultad como las descritas se vuelve un costo de alto sufrimiento o un desafío inabordable.

Cuando efectivamente sus alumnos requieren de un muy intenso trabajo de socialización institucional que les permita la entrada en disposición para el aprendizaje, este formador siente que está estafando. No puede hacer la tarea para la que está preparado, la tarea de instrucción disciplinaria. Las ideologías defensivas se quiebran. Las diferentes formas de fuga y abandono del campo se hacen presentes como patologías del sujeto.

Mi tiempo está cumplido, de modo que dejo con esto: si bien en ocasiones el atarse a valores que no contemplan las condiciones reales obstruye el diagnóstico sobre el que el educador debe basar su acción, el material de nuestras investigaciones muestra evidencia suficiente para afirmar que, en condiciones de dificultad extrema, es la falta de valores e ideales la que opera en el campo educativo como un obstáculo.

El campo educativo es de tal índole que las dificultades extremas del contexto pueden paralizar a un sujeto no apoyado en convicciones compartidas y legitimadas que lo sostengan. Lo que encontramos sistemáticamente es que los que pueden responder a las situaciones de extrema dificultad que he descrito, son los que, a pesar de todo, han hecho resistencia cultural importante desde una ideología, religiosa, política, pedagógica... al discurso hegemónico que está penetrando todas las esferas de nuestra vida cotidiana.

Jorge Dubatti

Yo preparé un texto estimulado por la propuesta de esta Mesa. El texto que preparé es muy extenso y lo que voy a hacer es, en unos quince minutos, resumir las líneas que considero principales. Voy a hablar concretamente de lo que está pasando en el teatro en Buenos Aires en este momento. Quiero invocar dos figuras sobre las que voy a hablar centralmente, que son Eduardo Pavlovsky y Alejandro Urdapilleta, como dos ejemplos característicos de lo

que sería una nueva forma de trabajar con los ideales en el campo teatral actual.

A Eduardo Pavlovsky seguramente ustedes lo conocen por su larga trayectoria: «El señor Galíndez», «Potestad» y otros muchos. Su último trabajo es «Poroto».

Y a Alejandro Urdapilleta, seguramente también lo conocen por ese trabajo memorable que está haciendo actualmente, en el Teatro San Martín, en la pieza «Mein Kampf, Farsa».

El teatro en la Argentina, hasta la década del 70, concretamente hasta el momento del golpe militar, estuvo muy fuertemente ligado a los sistemas de representación de la izquierda; sobre todo en la década del 70. Por ejemplo, una obra muy representativa en ese sentido es «El señor Galíndez», de 1973, justamente de Eduardo Pavlovsky. Viene el corte tremendo que produce la dictadura, el quiebre de los contactos con el mundo, entre el 76 y el 83. A partir del 83, en la Argentina se produce por un lado una reapertura al mundo y por otro lado una captura: me refiero al ingreso progresivo, de ahí en adelante, de los nuevos sistemas de representación del mundo.

Querría fundamentalmente caracterizar esta idea de que, a partir del año 83-84, comienza a configurarse una nueva etapa en la cultura, fuertemente ligada a lo que es la globalización en el campo de la cultura occidental. Quiero entender cultura –porque creo que el teatro es un emergente de la cultura–, de acuerdo a una definición que se remonta a Eduard Taylor en el siglo XIX, como la dimensión integral de la vida de una sociedad, es decir, de todas las prácticas y de todas las concepciones desde las cuales el hombre se relaciona con la realidad, la construye y habita el mundo.

La tesis que les estoy proponiendo es que desde el 83 en adelante este proceso se acelera, y se vuelve muy franco y muy evidente a partir de los 90. Sobre todo en los últimos

diez años, hay un nuevo estadio de la cultura en la Argentina, hay una nueva manera de vivir para los argentinos muy diferente a como se vivía en la dictadura, a como se vivía en la década del 60 y en la década del 70.

Creo que es un fenómeno sumamente interesante conectar esta nueva manera de estar en el mundo, esta nueva manera de construir la realidad, con lo que se ha llamado *posmodernidad* o *segunda modernidad*. A mí me interesa mucho más el concepto de segunda modernidad, tal como lo entiende el pensador argentino Néstor García Canclini, en su libro *Culturas híbridas*. La *segunda modernidad* consiste en la presencia, por primera vez, de un nuevo fundamento de valor en las culturas de occidente, que radicaría en una puesta en crisis y un cuestionamiento de los valores esenciales de la modernidad.

Esto sería el cuestionamiento del valor de lo nuevo, el cuestionamiento de los modelos de igualación y democratización social, el cuestionamiento de los procesos de secularización, el cuestionamiento del mito del progreso ilimitado, del progreso infinito, de la idea de que la humanidad es un sujeto infinitamente mejorable y destinado a un futuro de grandeza, el cuestionamiento del mito del dominio de la naturaleza, es decir, del mito fundante de la modernidad de que *saber es poder*. Recién escuchaba lo que decía Lidia y justamente pensaba en la relación de la crisis de los conceptos de saber y poder, en este momento, y fundamentalmente la crisis del modelo racionalista.

¿Por qué podemos hablar de una segunda modernidad y no de una posmodernidad? Porque dentro de los mecanismos de la nueva cultura, hay una suerte de posición de resistencia –palabra que también utilizó Lidia– frente a ciertos valores de lo moderno que no queremos abandonar. En ese sentido, querría decirles que el teatro de Buenos Aires está registrando notablemente el impacto de estas condiciones culturales, de esta entrada de la sociedad argentina en lo que llamaríamos *la segunda modernidad*. Lo estaría haciendo fundamentalmente a partir de la idea de

que las piezas teatrales son, como dice Umberto Eco, «metáforas epistemológicas». Es decir, las obras de teatro construyen mundos autónomos y a la vez dependientes de lo real, en los que se encierra en forma metafórica nuestras maneras de estar en el mundo, nuestras maneras de concebir la realidad. En el año 1922, el *Ulises* de Joyce encierra como *metáfora epistemológica* una manera de ver el mundo que es característica del hombre moderno. Hoy podemos decir que la pieza de George Tabori, en «Mein Kampf, Farsa», interpretada por Alejandro Urdapilleta y dirigida por Jorge Lavelli, o «Poroto» de Tato Pavlovsky y dirigida por Norman Brisky, serían las nuevas metáforas epistemológicas que estarían dando cuenta de nuestra manera diferente de ver, estar, construir y habitar el mundo.

El primer rasgo característico de esta nueva manera de habitar el mundo y de esta nueva manera de pensar el teatro, es que en las décadas del 60 y 70, por tomar nuestros referentes anteriores más inmediatos, el teatro argentino se organizaba muy claramente en estructuras binarias, en estructuras de clara representación de oposición. Por ejemplo, en la década del 60, estaban claramente enfrentados la vanguardia y el realismo, los autores más «tradicionalistas» y el *Di Tella*. Por ejemplo hubo una famosísima polémica, que se llamó la polémica de los vanguardistas y los realistas, cuyos referentes máximos fueron Griselda Gambaro en la línea de la renovación, con «El desatino», en el *Di Tella*, en el año 65, y por otro lado Tito Cossa, en la línea de los más tradicionalistas, con «Nuestro fin de semana». En la década del 60, la polarización binaria se estructura fundamentalmente por los que están a favor de la revolución y los que están al margen de la revolución.

A partir del nuevo estadio de la cultura en la Argentina, lo que aparece es un canon de la multiplicidad. Elegí definir mi trabajo como el «canon de la multiplicidad». ¿Qué significa esto? Hoy ya no hay posibilidades de encontrar un sistema binario de representación. Hoy, lo que tenemos en el campo teatral es atomización, diversidad, multiplicidad y coexistencia pacífica, no beligerante, no se pelean entre

sí los bandos de micropoéticas y de microconcepciones estéticas. Se terminaron las macropolíticas y las macroconcepciones estéticas. La sensación que uno tiene es que se encuentra ante un paisaje des-delimitado, un paisaje al que no se le puede poner una estructura cerrada.

Tomando términos de una gran pensadora argentina en el campo de la estética, que es Josefina Ludmer, diría que lo que se ve es *proliferación de mundos*. Trayéndolo al refranero español-argentino-criollo, lo que se observa es un «cada loco con su tema», por así decir. Se observa un estallido de poéticas dramáticas y de puestas en escena, de ideologías estéticas, de formas de producción e incluso de los tipos de público.

Les doy un ejemplo. Cómo se encarna la idea de multiplicidad en el concepto de *teatrista*. Teatrista es un término nuevo, que usamos los críticos de teatro en este momento, para definir a aquellos creadores de teatro que no se engloban en roles específicos. Antes se hablaba del dramaturgo Tito Cossa, del director Roberto Villanueva, del actor Norman Brisky. Hoy sabemos que el concepto de *teatrista* engloba una práctica general. Les nombro un caso, Rafael Spregelburd, un joven de 30 años, que está revolucionando el teatro de Buenos Aires, y es dramaturgo, director, actor, traductor, escenógrafo de sus propios textos.

Otro ejemplo de multiplicación y estallido de representación es cómo se multiplicó el concepto de *dramaturgo*. Antes, el dramaturgo era el autor de gabinete, es decir, el escritor que trabajaba en soledad, escribía su texto y se lo llevaba un día a una compañía para que tuviera la buena voluntad de llevarlo a escena lo más parecido posible a como él lo había pensado. Hoy ese concepto estalló. Hoy se puede hablar de dramaturgia de autor, de dramaturgia de actor, de dramaturgia de director y también de dramaturgia de grupo. En una colección de teatro que dirijo, acabamos de publicar un libro de Alejandro Urdapilleta, donde él acaba de reunir toda su dramaturgia de actor: son treinta y siete obras teatrales que él hizo en lo que se llama el circuito del *under*: el

Parakultural, el *Centro Cultural Ricardo Rojas*, *Medio Mundo Varieté*, *Cemento*, etc. Esto implica que, si antes dentro del panorama teatral podíamos hacer paseos referenciales claros, hoy no podemos hacerlo. Hoy el teatro de Buenos Aires es un teatro laberinto, es imposible diseñar en su producción un mapa de estructuras claras: Ricardo Bartis, Rubén Szuchmacher, Vivi Tellas, Alejandro Urdapilleta, Alberto Muñoz, Claudio Hochman, los grupos *La Banda de la Risa*, *De la Guarda*, *Catalinas Sur*, *Periférico de Objetos*, *Libre Teatro Libre*, etc., etc. Y nombrar a cada uno de estos artistas es nombrar un universo diferente.

Entonces, sintetizo mi intervención, lo que sería hoy la encarnación de los nuevos ideales en el teatro de Buenos Aires estaría vinculado con la figura de la resistencia: el resistir en los valores de la modernidad pero aceptando el cambio cultural, aceptando la crisis de los valores de la modernidad, instalados plenamente en la sociedad; o una nueva zona que podríamos llamar un tanto escéptica, pero no nihilista, que tiene que ver con el aplanamiento del concepto de ideales a lo exclusivamente micropolítico. No podemos hablar de nihilismo porque el solo hecho de que un grupo teatral se junte para escribir un texto, ponerlo en escena y luchar por mantenerlo en cartel, ya implica un gesto de resistencia cultural. El nihilismo implicaría tirarse a dormir en la casa y terminar absolutamente con todo, sin entrar en contacto aurático, del aura, con el público.

Voy a mencionar, entonces, los seis puntos que considero serían los característicos de esta reubicación del lugar de los ideales y de los idearios en el teatro de Buenos Aires. Lo primero, *la quiebra del pensamiento binario*, en términos de un gran teórico americano que se llama David Lloch. Desaparecieron las representaciones ideológicas totalizadoras y esto le pesa muy fuertemente al sistema de los ideales. Laura Cerrato define este fenómeno como un fenómeno de destotalización. A mí me gusta pensar el teatro de Buenos Aires como un teatro «sin todo», donde no puedo pensar la totalidad. El fenómeno de totalidad estalló, lo que puedo pensar son molecularizaciones. Esto por un lado.

Esto implica (y me gusta mucho este término que tomo de Tato Pavlovsky) el pasaje de un teatro de las grandes conceptualizaciones –el teatro que hacía Alejandra Boero en la década del 50 y del 60– a un teatro «del balbuceo», donde apenas si podemos balbucear algún concepto un tanto errático y perdido.

En segundo lugar, como resultado del fenómeno de la des-totalización, el auge de lo microsocioal, lo microcultural, lo micropolítico e, incluso, las prácticas del individualismo. La idea de que cada vez más el teatro de Buenos Aires se está constituyendo en un fenómeno de minorías, en un fenómeno de franjas, de tribus, por decirlo de alguna manera. Es muy interesante relacionar este fenómeno de la tribu, de la franja, de lo micropolítico con un pensamiento notable de Michel de Certeau, uno de los investigadores franceses más interesantes, en *La invención de lo cotidiano*, donde opone, frente al quiebre de los grandes sistemas de representación, la vuelta a lo cotidiano, la vuelta a lo inmediato, la vuelta al referente inmediato de uno. Lo micropolítico es lo que estaríamos haciendo nosotros en este momento. Es decir, no conectándonos con un marco macropolítico o macropoético sino con una estructura vincular dentro de lo inmediato.

En tercer lugar, la crisis del pensamiento de izquierda, que es uno de los golpes más tremendos que padece el teatro de Buenos Aires en este momento, y que incluso está generando algunas respuestas un tanto dolorosas. En la última obra de Tito Cossa, «El saludador», en una imagen de resistencia en la modernidad, ese hombre termina saludando con los muñones. Pero fíjense la representación indignante que hace Tito Cossa de los jóvenes. El saludador es una víctima que persiste en el gesto de saludar en lo micropolítico: perdió el enlace internacional, pero sigue saludando a los vecinos en el barrio, como un gesto de la modernidad, en resistencia, diciendo «esperemos en cuarteles de invierno porque ya en algún momento vamos a volver». Pero el muchacho que representaría a la nueva generación es directamente un tarado. Es muy doloroso,

sobre todo para la gente de mi generación, que estemos representados de esa manera por un dramaturgo que viene de la década del 60.

En cuarto lugar, el fenómeno de lo que José Joaquín Bruner, gran filósofo chileno, llama la *heterogeneidad cultural*. Es la idea de la coexistencia, sobre todo dentro de las culturas latinoamericanas, de una enorme cantidad de registros atravesando las subjetividades. Desde el discurso de la televisión, de los medios, pasando por el discurso de la filosofía, de la estética, de la política; esa multiplicidad y esa heterogeneidad que hoy serían constitutivas de los discursos de la subjetividad.

En quinto lugar, la relativización del sentido de lo temporal. La coexistencia de tiempos, lo que es el concepto de multitemporalidad. Acá aparece una cosa muy interesante y es que lo nuevo se murió para el teatro argentino. Entonces uno se encuentra con que no tiene que engancharse con la última vanguardia europea, sino que uno puede tener como modelo a Florencio Sánchez o a Carlo Goldoni del siglo XVIII en Italia, porque lo nuevo se murió. Pero, paradójicamente, y esto es lo interesante de la segunda modernidad, la muerte de lo nuevo es nueva. Es decir que, paradójicamente, la segunda modernidad estaría enarbolando la muerte de lo nuevo como un gesto de novedad en la historia de la cultura.

Finalmente, con esto termino, el pasaje de lo socio-espacial a lo socio-comunicacional. Este sería para mí otro de los rasgos esenciales para entender las nuevas condiciones culturales que estamos viviendo los argentinos. Este pasaje se da a través del auge de las estrategias tan sofisticadas de globalización comunicacional: televisión, satélites, etc. Si quiero ver una ópera en Italia, obviamente no me hace falta comprarme el pasaje y puedo verla a través de Internet.

Todas estas cuestiones que acabo de nombrar, la quiebra del pensamiento binario y la desaparición de las represen-

taciones ideológicas totalizadoras, lo microsocioal y lo micropolítico, la crisis del pensamiento de izquierda, el fenómeno de la heterogeneidad cultural, la relativización del sentido temporal, lo nuevo ha muerto y el pasaje de lo socio-espacial a lo socio-comunicacional, son las que ubicarían el concepto de los ideales en el nuevo teatro argentino en el lugar de la resistencia, mantenerse contra la realidad, en la persistencia de ciertos valores modernos o en una suerte de escepticismo que, gracias a Dios, no podemos definir como nihilista.

Pepe Eliashev

El testimonio mío va a estar inclinado a reflexionar desde la condición profesional del periodista. La propuesta de la noche habla de ideales. Se han realizado exposiciones desde la mirada de la educación y desde la mirada del teatro, como práctica del arte. En verdad, la primera aclaración que tengo que hacer, como periodista profesional, es que el mundo de la educación, como el mundo del arte y de la creación artística, atraviesa las dificultades de la época, inclusive en un grado de beligerancia activa que los panelistas han denominado *de resistencia*. Se advierten tensiones, fenómenos, esfuerzos de comprensión, intentos de racionalización (que sean más o menos logrados es otra historia), y en todo caso construcciones que, a partir de la propia práctica, los propios desarrollos de la categoría profesional y de los mismos cambios sufridos por el planeta, autorizan a realizar determinadas conclusiones.

En la Argentina, en cambio, en lo que tiene que ver con ejercicio activo de la profesión de periodista, lo que se advierte en los últimos cinco años y de una manera muy angustiante es una retirada casi completa del plano de la reflexión sobre la práctica del periodismo. Es como si les dijera que mi primera mirada les va a devolver a ustedes la sensación de estar verificando la existencia en acto de un pragmatismo desesperante. Es paradójico, porque la democracia trajo, al menos a Buenos Aires, los estudios profe-

sionales de periodismo en sede universitaria. Hasta el golpe de estado de 1976, existían escuelas privadas, algún que otro desarrollo en el interior, algunos de ellos muy estimables, pero va a ser la democracia, con todo el fenómeno del «destape» y la información sobre los desaparecidos y los crímenes de la dictadura lo que habrá de darle al periodismo un doble impulso: el impulso de enorme impacto sobre la juventud como alternativa posible de desarrollo profesional y, simultáneamente, el lanzamiento para una demanda multitudinaria del periodismo como carrera universitaria. Tengo la sensación de que ahí desafortunadamente se produjo un desencuentro grave, cuyas razones desconozco, en todo caso, no he tenido tiempo de estudiar, y es que, al menos en Buenos Aires, los ámbitos dedicados a la preparación universitaria del periodismo se convirtieron rápidamente en una especificidad. Uno de los intereses que podemos considerar importantes y en cuya profundización se van formando los nuevos periodistas, ocupó un lugar del todo: hablo especialmente de la semiología. El estudio de los contenidos, la reflexión sobre los contenidos, la conjetura y la especulación sobre los contenidos, pasaron a ocupar curiosa, incomprensiblemente, comparando con otros países, el lugar principal en los estudios de periodismo. Esto generó consecuentemente una suerte de esquizofrenia. Porque, por un lado, se exaltaba la formación práctica con talleres en los que —efectivamente— lo que se ofrecía al educando era un conjunto de técnicas, un acercamiento a la rutina cotidiana del periodismo, pero con un fuerte énfasis, a poco andar, y con exclusión de cualquier otro proyecto, de instalación del individuo en un campo de problemáticas más espeso, más denso. Por otro lado, un enrarecimiento, que es la versión simétrica de lo que acabo de decir, en donde causan impacto figuras como Jean Baudrillard que postula, precisamente, la no existencia del relato. El dice «la guerra del Golfo no existió» y a partir de aquí instala, sobre todo en los muchachos más jóvenes, un muy fuerte impacto de vocación nihilista y consecuencias devastadoras sobre las nuevas generaciones. Al producirse el estallido de los años Setenta en toda América Latina, incluyendo el fenómeno revolucionario, la ética del Che, la exportación

de la revolución, la Iglesia católica –que inclusive transforma a sus jóvenes cuadros en verdaderos proyectos de Cristos caminantes con curas, mártires y demás–, el periodismo va a ser influido de manera muy fuerte por toda esta impronta de época, radicalizando casi en una especie de matrimonio con la militancia política esa práctica. Ahí se desarrollará un periodismo de fuerte contenido ideológico, de intenso sesgo militante, que hace renuncia expresa a la pretensión de neutralidad o de objetividad, para utilizar una palabra sospechosa, pero que de todos modos es entendible.

Después vendría todo lo que conocemos, el fenómeno contra-revolucionario, que de ninguna manera hay que analizarlo separado del desmadre revolucionario, los años de oscuridad, la censura, el exilio.

En el caso argentino, esto, para hablar aquí sólo de periodismo, ejerce un impacto muy específico. Yo no me animaría a compararlo con el impacto que, por ejemplo, el exilio o la dictadura ejercieron sobre el mundo «Psi» o sobre el mundo de la Educación o del Derecho, todas profesiones de una u otra manera perseguidas. Pero en el caso concreto del periodismo, lo que se dio es literalmente un aniquilamiento, una obliteración de posibilidades que nos vinieron a «pasar la factura» siete, ocho años más tarde. O sea, la desaparición de la práctica de la resistencia. En el caso argentino, déjenme decirles, con un agravante muy bochornoso: la inexistencia de lo que podríamos denominar una burguesía periodística con conciencia de sí misma en condiciones de defender su especificidad. Por ejemplo, Brasil, con una dictadura mucho menos violenta que la de la Argentina, con fenómenos extensos de aniquilamiento de los derechos de prensa, exhibe la posibilidad de editores muy fuertes que hacen una resistencia activa a la censura. Eso en la Argentina no existió. Hoy tenemos diarios que son creadores de pensamiento colectivo como «La Nación» que hablan de dictadura militar sin haberse examinado a ellos mismos jamás. Hay diarios que apoyaron evidentemente de manera activa aquella dictadura.

De resultas de todo esto, desembocamos en 1983, con la reconstrucción de las instituciones democráticas. Primero con una gran confusión, un gran entusiasmo y un gran desorden, que se motiva como resultado de la aparición de restos de cadáveres. La revelación de los NN nos restituye un periodismo que ya a través de la revista «Humor», por ejemplo, había recuperado la capacidad de la denuncia en estos aspectos que eran permitidos, la economía por ejemplo. Pero no, en cambio, el tema de los derechos humanos. Todo esto genera, en pocos años más, un periodismo que lentamente se va afirmando en su voluntad, en su posibilidad y en su derecho a expresarse libremente.

Lo que describo se produce en el escenario de un gran vacío de reflexión. Es así que, entre las viejas generaciones que habían trabajado con ideales muy someros –con bocetos que, más que ideales yo llamaría determinados objetivos reconocidos como profesionales, como informar, recoger los hechos, impresionar al lector, al radioescucha o al televidente–, se pasa, años más tarde, a una práctica donde se combina, por una parte, una alta intelectualización, la pretensión que el periodista contemporáneo tiene de que, a través de su tarea, no solamente recoge el choque que hubo en la esquina o el episodio de crónica roja, sino que además interviene agudamente sobre la realidad social. Acá hay un enlace con la década del Setenta, en la cual el periodismo, junto con la militancia, podía transformar la realidad, pretensión que, ya en la década del Noventa, va a ser mucho más sesgada.

Casi desaparecida la noción de militancia, destruida en gran medida toda la arquitectura de los ideales políticos, el periodismo aparece para sectores jóvenes muy masivos como instrumento de cambio, de transformación y de denuncia. Terrible confusión. No hemos podido reconstruir ideales de objetividad, estamos trabajados por un nihilismo que permanentemente elimina toda posibilidad de entusiasmos con nuestra tarea y, por otro lado, algunos de buena fe y otros de no tan buena fe entienden que la denuncia, la puntualización de los puntos corruptos del sistema –que son muchos– son una manera de transformar el mundo.

Si tuviese que pararme hoy, en el año 2000, en el medio que conozco y ver cómo esto se representa en otros países y cuáles son los intereses motrices con los cuales hoy trabaja el periodismo argentino, diría que es un momento de quiebre, de ruptura y de transición, donde coexisten miradas muy diversas, muchas de ellas abortadas, no logradas. Hay, por ejemplo, un intento de desarrollar una función autocrítica, sumamente fallido. El diario «La Nación» publica un diálogo semanal con los lectores, que es más que nada una suerte de tribuna patriarcal, donde un periodista veterano analiza problemas diferentes de orden expresivo del periodismo. El diario de mayor circulación en la Argentina, a diferencia de los grandes diarios del mundo, sigue sin tener un defensor del lector. Me refiero a «Clarín». Hablo de medios gráficos ya que son los que quedan de alguna manera registrados en la historia. Un diario que se presentó a sí mismo como una gran revalorización conceptual y filosófica del periodismo argentino, «Perfil», arrancó primero que nada presentando su «manual de estilo» y con unos códigos éticos sumamente ambiciosos. Tenía un defensor del lector que, sin embargo, en esencia expresaba los puntos de vista del editor, cuando debiera ser todo lo contrario. El capítulo de la autocrítica es por lo menos fallido. En torno de la posibilidad de la inexistencia de conflictos de interés, el panorama es bastante deprimente. En la actividad periodística, el fenómeno del conflicto de interés, la conciencia de las limitaciones que ese conflicto nos impone, está muy poco trabajado. Agréguesele a esto el tema de los recursos educativos, que se da en el periodismo igual que en el resto del país, pero de una manera muy dramática, porque ha bestializado de una manera sin precedentes toda la rutina cotidiana del periodismo, donde la globalización, concentración, maximización de los recursos y la optimización de la rentabilidad han llevado a unas prácticas nefastas. Radios que eran conocidas como radios de noticias, cierran a medianoche y abren a la mañana para ahorrar energía eléctrica y locutores. Y si a las tres de la mañana murió Clinton o estalló una guerra en Medio Oriente, nos enteraremos cuatro horas más tarde. De modo que se ha venido dando una virtual desaparición de las pretensiones más elementa-

les del ideal periodístico que es trabajar seriamente por la primicia.

En el plano de las diferentes versiones sobre el concepto de objetividad, lo que se advierte en los jóvenes es una muy desfachatada negación de la postulación del ideal de la objetividad, lo que ha abierto debates sumamente valiosos, ante los cuales uno no puede responder de manera dogmática o unilateral. Para la visión de un veterano, como es el caso mío, luce muy preocupante que no haya posiciones o replanteos superadores en torno de idearios. Hoy por hoy, se podría decir –lo digo como periodista veterano que ha trabajado en todos los formatos– que el único centro organizador y motivador de la actividad periodística que yo alcanzo a visualizar es aquél que gira en torno del escándalo, de la función extorsiva del escándalo, con el escándalo «aprieto», con el escándalo denuncia y apremio, con el apremio consigo posiciones. Veo, en ese sentido, un periodismo selvático, con todo el respeto por la selva.

Estas son las primeras ideas que se me ocurren. No sé si son ideas, son en todo caso reflexiones o testimonios de la práctica activa en un medio donde, muy a pesar mío –y en parte me siento responsable porque no puedo mirarlo desde afuera–, no tenemos un respaldo de formulación reflexiva profesional sobre nuestra actividad cotidiana. Hemos confundido lo que esa reflexión debiera ser y la hemos transformado en conjeturas semiológicas que son, creo, una manera de travestirla.

Debate

Pregunta a Jorge Dubatti: Decías que entre los cuestionamientos que caracterizan a esta segunda modernidad está el de cuestionar lo nuevo. Me preguntaba cómo se enlaza eso con un fenómeno hoy muy cotidiano, donde parece que cualquier cosa, porque es nueva, fuese mejor, como ocurre cuando las personas compran para su casa una

computadora tan sofisticada que jamás la van a usar, pero está bien porque es «la última».

Jorge Dubatti: Me referí al plano de lo estético. Es decir, en el orden de las representaciones estéticas, la modernidad impone su ritmo en la historia del arte, que es crisis y superación crítica de lo anterior, cuestionamiento y superación crítica de lo anterior. No me referí al plano de lo inmediatamente material. El teatro de occidente se constituye en la Edad Media, en el momento que se produce la confluencia del legado romano, el legado cristiano y el legado germánico. A partir de ahí se funda una especie de magma muy extraño, claramente orientado por el cristianismo, frente al cual la primera reacción de crisis, crítica y superación es la que trae el renacimiento y el humanismo en el siglo XIV y XV. A partir de ahí la historia del arte es una suerte de cuestionamiento y superación crítica de lo anterior.

El gran tema en este momento, en el plano de lo estético, es que ya esta confianza en lo nuevo está absolutamente agotada. Ya se ha hecho todo lo que se podía hacer de lo nuevo. Se llegó a postular la muerte del arte. Ustedes saben que la muerte del arte es imposible porque el arte es una de las cosas que nos permiten vivir, que nos permiten tolerar lo dura, compleja y difícil que es la realidad. En ese sentido, la muerte de lo nuevo tendría que ver con la idea de que ya no hay nada nuevo que hacer. De lo que se trata ahora, es de buscar formas de combinación que expresen una manera de ver la realidad. En ese sentido lo planteé; no en un sentido tecnológico sino en un sentido técnico.

Pregunta a Lidia Fernández. Me quedé pensando en lo que dijo acerca de que los ideales no podían ser obstáculo. De qué manera eran motor o de qué manera el modelo servía para organizar la ansiedad estuvo muy claramente explicado. Pero la cuestión de que no podían ser obstáculo me llamó la atención porque se me ocurre que, así como el convencimiento de los beneficios de la educación, permite

el desarrollo, tal vez una fuerte convicción en cualquier sentido podría también implicar un rechazo a cualquier atisbo de cambio, a cualquier movimiento novedoso.

Lidia Fernández: A lo mejor estoy viciada por la realidad que estoy investigando más, que son todas instituciones en estado precario, desde la universidad hasta las escuelas que estoy investigando. En rigor, lo que quiero decir es que toda la psicología social nos acostumbró a pensar en la resistencia al cambio con mala prensa. A pensar que el cambio siempre es positivo y que la resistencia proviene de algún tipo de maldad oculta de los sujetos y los grupos. Estando en contacto con situaciones de mucha dificultad social y con los impactos institucionales que ellas acarrearán, uno va entendiendo que la resistencia al cambio es preservación y que muchas cosas se sostienen gracias a que existe la resistencia al cambio. En este sentido, digo que los ideales en serio, los que configuran concepciones de vida, no son obstáculos en cuanto son organizadores del sentido de existir.

Por supuesto que nosotros, desde afuera de un sistema de ideales, podemos estar en desacuerdo con ellos, podemos pensar incluso que son nocivos para los sujetos. Mi análisis ha procurado centrarse en la relación entre ideales y sujetos tal como aquéllos funcionan para ellos. Y en este punto de vista los ideales –sobre todo configurados como idearios–, no son obstáculo, en la medida en que ayudan a organizar el comportamiento frente a una realidad que es muy desestructurante.

En las situaciones de trabajo amenazadas por dinámicas de desestructuración, el material de investigación muestra que sólo esos sujetos que tienen ideales firmes en el sentido de Mendel, son capaces de sostenerse consistentemente en el campo y de encontrar respuestas creativas.

Efectivamente, parece al contrario de la posibilidad que planteas. En estos casos la creatividad proviene de una fortaleza interna y ésta está casi siempre ligada a una con-

fianza, a una certeza en que lo que se hace tiene un valor para la vida de los otros. Cuando existe esta certeza interna –ligada con idearios estructurados a lo largo de la vida–, cuando el educador está convencido de que su presencia, su atención, su relación con el alumno van a tener un efecto, van a –como dicen los maestros– dejar una semilla que podrá crecer y ayudarlo a salir adelante, cuando esto es así, el formador está mejor preparado para liberar un espacio psíquico disponible para explorar, para pensar, para inventar.

Cuando esta certeza está ausente, se deteriora su capacidad de organización frente a la hostilidad de sus condiciones, y cae en el rechazo al sujeto con el que tiene que trabajar; en la queja contra esa realidad difícil que le toca, porque ella ataca su posibilidad de un hacer; le es difícil –para usar términos de Ulloa– convertir la queja en acción de protesta y reemplaza esa acción por fuga de la tarea, por enajenación, por imposibilidad de cambiar y de crear.

Existe otra reacción que hemos encontrado recurrentemente y puede confundirnos frente a estas situaciones. Lo que suele aparecer en la comunidad educativa es una identidad destruida pero vestida de la identidad del cambio al modo de la «identidad enmascarada» que Isabel Hernández ha descrito en el caso de la comunidad mapuche de Los Toldos. La escuela se puebla de computadoras, las aulas se visten de tecnología, pero subsiste la dificultad para establecer los vínculos pedagógicos que garantizan las condiciones profundas de la formación.

Es posible que el avance en nuestro análisis agregue otras perspectivas. Por ahora, los estudios que venimos realizando hace ya diez años y la comparación con resultados de otros investigadores, son consistentes en mostrar lo que he puesto a consideración de ustedes. En el campo del trabajo y en el de la educación en condiciones de extrema dificultad, son los que tienen una concepción ideológica o política, o religiosa, son los que tienen fuertes valores, los que pueden sostenerse apoyados en lo que definen como la

dignidad del trabajo y sus propósitos. Es en ese sentido que digo que los valores no son obstáculo.

Pregunta a Pepe Eliashev: ¿Cómo pensarías estos últimos diez años de menemismo con relación a los ideales, desde la perspectiva social?

Pepe Eliashev: Creo que, efectivamente, esa época queda inscripta en la Argentina de manera indudable, en todas las áreas, no solamente en el periodismo. Yo diría que, en primer lugar, es una era que aparece marcada por una fuerte excitación, por una suerte de impronta de frivolidad que todo lo cubre, unido a la legitimación de la transgresión. La transgresión utilizada en círculos culturales adquiere ciudadanía política, con el propio presidente de esa época ufanándose de su supuesta condición de «transgresor» y, consecuentemente, el periodismo que lo rodea tiene la sensación de que estamos en presencia de una persona inquieta, superadora de los límites, a la cual hay que admitirle que no funciona de acuerdo a los cánones habituales. Ahí se instala en un determinado nicho un periodismo de denuncia, que trabaja sobre todos los aspectos del menemismo, desde el indulto a la junta militar hasta los fenómenos de corrupción, las privatizaciones, los grandes escándalos, la mujer, la hija, etc., toda una larga novela. Creo que con el periodismo, sobre todo con el más joven, que es el que me preocupa, pasa en esa época algo que estoy seguro que tiene que haber pasado con todas las actividades: un descenso a la resignación. Hay una resignación frente a lo que sucede y así se enaltece el verbo «zafar». «Zafan» comunicadores, ya ni siquiera periodista, que alternativamente cruzan la vereda con toda impunidad. Se puede organizar una plaza del «sí» y seguir definiéndose periodista. Se puede trabajar en algunos de los medios de propaganda del Estado sometidos a control político partidario y seguir intentando ser definido como periodista. Así que la época acentúa en nosotros algunos de sus rasgos peores. Pero también estimula los mejores rasgos: la denuncia a base de principios, no admitir el poder extorsivo del poder político, com-

prender que hay sectores de la sociedad que siguen requiriendo un tipo de información diferenciada, noble. Todo esto también se fortalece durante el menemismo. El problema es cómo salimos del menemismo y cómo estamos instalados hoy, a cuatro meses del nuevo gobierno, hasta dónde caló la resignación, la doctrina del «zafar» y la instalación de un discurso empresario sobre el periodismo, hasta dónde existen brotes sanos que permiten una práctica diferente.

Comentarios

C-1: Me tranquilizaba la Mesa ya que nosotros estamos todo el tiempo cuestionándonos sobre nuestros propios ideales con relación a nuestra práctica. Me tranquilizaba pensar que esto está en todos lados. Me da la impresión de que en las tres exposiciones aparece como algo en común la referencia a un quiebre con relación a la transmisión de los ideales de una generación a otra. Nosotros pensamos mucho la cuestión de los ideales como algo que tiene que ver con el sujeto como fin en sí mismo, pero también como eslabón de una cadena. En ese sentido pareciera que en las distintas áreas algo de esto estaría quebrado. Quería hacer esta reflexión.

C-2: Quería agregar también la cuestión común del proyecto. Si lo que está alterado en este momento no sería la posibilidad del proyecto. No es lo mismo decir resistencia que decir proyecto.

C-3: Quería hacer una analogía. Si la novedad es la muerte de la novedad, si es pensable que el ideal sea la muerte del ideal, en lo que el ideal tiene de obstáculo. Porque pensaba qué diferentes son los subgrupos, qué injusto es generalizar. Por ejemplo, lo que decía Dubatti del movimiento teatral, donde se está debatiendo todo esto de la muerte de los ideales, de las micropolíticas, de los polilugares, de las éticas múltiples. Pero esto sucede en un segmento pequeño, que, como él decía, tiene poco público.

Surgió dentro de la Mesa misma lo que me parece el problema. Lidia Fernández pone el acento en el valor organizador de los ideales, lo cual es cierto, pero también nosotros vemos en la clínica todos los días cuánto esos ideales tienen de obturantes, o hasta qué punto hacen dificultad para moverse en un mundo donde permanentemente hay éticas situacionales.

Lidia Fernández: Voy a tomar un aspecto de las participaciones, que tiene que ver con lo que señalan acerca de nuestras exposiciones. En parte los tres hemos hablado de una especie de fractura. Por supuesto que somos gente histórica, no nos podemos desprender de los procesos sociales que vivimos y obviamente, además no somos objetivos. Tal vez sí podamos hacer más o menos gala de una subjetividad controlada. A veces uno conoce y controla parte de su subjetividad, pero no puede dar cuenta de otra, sobre todo cuando está enraizada en su biografía y en su condición histórica. Pero efectivamente en el campo de la educación, y en el campo de las organizaciones que hacen a la educación sistemáticamente, esa fractura existe entre las diferentes generaciones y es una fractura intencionalmente provocada. Cuando se produce esta instalación de la desconfianza en los más jóvenes con respecto al saber de los más grandes, se instala una situación particular de indefensión y de ruptura en ambas partes. Una cosa que dicen muchísimo los maestros de las escuelas es que los más grandes se sienten mal al no poder transmitir su experiencia a los más jóvenes pues ellos son soberbios. También dicen que esta misma ruptura les impide aprovechar las novedades que traen los más jóvenes de sus escuelas y de sus formaciones más recientes. En el menemismo hubo una acción muy sistemáticamente planificada y absolutamente inteligente. El menemismo instala el cuestionamiento a todo lo que se venía haciendo en el campo educativo. Ustedes saben que lo pedagógico se va construyendo en la práctica. Cuando la acción política instala esta desconfianza, en realidad instala una fractura que intensifica una situación de desprotección que acompaña a la producida por el modelo

económico y es condición para que ese modelo se consolide. Cuando uno lo mira así, el tema de los valores que sobreviven emerge muy fuertemente en su potencial organizador, y las ideas circulantes acerca de una relatividad que se enlaza a un «todo vale» como sinónimo de «nada es firme», son justamente ideas sobre las que, en mi opinión, hay que ejercer resistencia cultural. No todo cambio por ser cambio merece ser vivido.

Reflexiones sobre una clínica de la escena

Norma Misgalou de Mondolfo *

(*) Licenciada en Psicología. Psicoanalista. Miembro de la AAPPG.
Miembro Titular y Directora de la Escuela de post-grado del Centro Oro.
Moldes 1871 8° A. (1428) Ciudad de Buenos Aires.
Tel: 4783-6151. E-mail: nmisgalou@sinectis.com.ar

En este trabajo abordaré algunas de las complejidades que introduce el dispositivo terapéutico de pareja en lo que se refiere a la posición de la transferencia.

Si en el espacio transferencial la presencia real del analista convoca, vía repetición, el mundo fantasmático, en el marco de un dispositivo que incluye al otro del vínculo, esta presencia se duplica para cada uno de los integrantes de la escena. Al ampliar la cantidad de sujetos puestos en presencia en el espacio terapéutico, se multiplican las vías transferenciales que posibilitan la operación clínica.

En el dispositivo individual se trata fundamentalmente de un trabajo que, al circular sobre la palabra, permite privilegiar el registro simbólico como modo de acceder a esa otra escena (a la que Freud alude para hablar del inconsciente), que el analista busca descifrar en el movimiento de un discurso.

En el dispositivo vincular esa trama discursiva, en la que todos quedan involucrados, se juega en el *despliegue de una escena que convoca los sentidos*. Se trata de una escena manifiesta construida *sobre esa otra escena*, lo que introduce problemáticas específicas.

La función de **la percepción**, su articulación con la posición de **la mirada** y el **registro de lo imaginario** serán algunos de los recorridos teóricos que intentaré transitar a fin de abordar estos temas.

Acerca de la percepción

La *percepción* ha sido un tema ampliamente trabajado en los desarrollos freudianos.

Muy tempranamente (Freud, S., 1895) queda *articulada con la vivencia de satisfacción y el signo de realidad* y se le otorga un lugar preponderante en la *operativa yoica*. Su aparición, vía cualidad placer-displacer hará posible la in-

hibición de la alucinación y la búsqueda del objeto existente. La vivencia de satisfacción opera sobre el signo de realidad: el placer se asocia a una descarga efectivamente producida. La percepción tendrá a su cargo la tarea de discriminar la representación del objeto placiente, que conduce a la alucinación, de la presencia del objeto. La persistencia de la alucinación conducirá inevitablemente al displacer y a la frustración.

En estas primeras formulaciones la percepción está articulada a la función de las neuronas omega que, apoyándose en el signo de realidad, aportan la cualidad, requisito indispensable para el funcionamiento psíquico. Es decir que la percepción será responsable no sólo de la *discriminación placer-displacer*, asociada a la descarga, sino de *anoticiar sobre la presencia o la ausencia del objeto*, y sobre sus *cualidades como existente*.

Ya en esta línea, avancemos hacia el lugar que la percepción adquiere en la metapsicología (Freud, S., 1915). El *yo-placer*, que incorpora el *atributo placentero* del objeto como propio, externalizando el atributo displacentero, debe ceder su lugar a un *yo-real definitivo* que, más que centrarse en la percepción del atributo, debe atender al *signo de realidad*. La percepción pivotea una vez más sobre la función del yo.

Intimamente articulada con estos desarrollos, la percepción vuelve a ser abordada en su relación con el narcisismo y la función del juicio. La diferenciación entre el *juicio de atribución* y el *juicio de existencia* marca la diferencia entre una subjetividad centrada en el narcisismo y otra atravesada por la castración. «La función del juicio tiene en lo esencial dos decisiones que adoptar. Debe atribuir o desatribuir una propiedad a una cosa, y debe admitir o impugnar la existencia de una representación en la realidad.» (Freud, S., 1925, pág. 254)

Intentemos ahora retornar, desde estos desarrollos teóricos, a la clínica vincular.

¿Cómo juegan estas dos decisiones en el dispositivo vincular?

Podríamos afirmar que la *presencia del otro* del vínculo en el espacio terapéutico introduce, en tanto objeto existente, un tope a la representación singular que cada uno de los *partenaires* posee del «otro». Opera como *signo de realidad* que obliga a revisar el atributo asignado.

La fijeza de esa representación, ignorando el signo de realidad que el otro introduce, dará cuenta de uno de los parámetros para pensar la patología de ese vínculo.

Pero además cabe anotar que en el dispositivo vincular hay otro participante de la escena: el *analista*, que se convierte en *testigo de la diferencia entre el atributo de esa representación de objeto y el objeto existente*.

Estas reflexiones, que por un lado conducen a revisar el encuadre vincular recortándolo desde el ángulo de la percepción, abren también la pregunta acerca del lugar que le cabe al analista desde esta perspectiva.

Parece que uno puede encontrar aquí la estructura de esa demanda que muy frecuentemente se verbaliza como en esta viñeta:

- J: *Yo voy a contar lo que pasó hace un rato, quiero que usted me diga si acaso no tengo razón.*
- M: *Ella no está para darnos la razón o no.*
- J: *Pero ella puede ser objetiva, no está implicada....*

Ambos dicen la verdad y también se engañan. ¿Hay una verdad? ¿el analista puede no estar implicado?

No podemos dejar de vislumbrar acá una *doble demanda a la función analista*: que descubra *otra verdad*, pero también que opere como *el signo* que permita *el examen de realidad* que parece estar ausente y que tal vez es una de las claves del padecimiento.

Tal como afirma M, no es la función del analista convalidar o no las representaciones, y aunque de esto se tratara, es una tarea a la que podríamos llamar imposible y no sólo porque la verdad de la realidad nunca es una, sino porque él *es* partícipe de la escena; contrariando la afirmación de J., el analista está absolutamente implicado.

Pero, sin embargo, no podemos ignorar la demanda de J, que en los dispositivos vinculares se convierte muy frecuentemente en cuestión, ya que, por la particularidad del encuadre el *analista* es un tercero, *testigo* de las posiciones en juego.

Es testigo sobre todo de esa diferencia entre lo simplemente representado y lo existente, y se le reclama una toma de posición.

–R: *¿Usted ve cómo me contesta? Siempre con cara de c... Yo intento que entienda las cosas...*

–S: *Yo te contesto mal porque vos me hablás mal. Me confundís... Ella (la terapeuta) te dijo el otro día que vos me enloquecés... empezás con un tema y en el medio estás hablando de otro y cuando me doy cuenta, ya ni sé de qué estamos hablando.*

Pienso que se trata de una demanda que se genera sobre la necesidad de un signo que permita avanzar hacia un examen de realidad, siendo la demanda la indicadora de su ausencia.

Aunque sabemos que la pérdida de realidad es condición de la subjetividad humana, se convoca al *analista* a ocupar una *posición imaginaria* que implica, como un espejo que refleja, un saber... Un *saber sobre la realidad*, por eso se le demanda el lugar de testimoniar la verdad sobre una percepción, lo que supone la pretensión yoica de la *aprehensión objetiva* de la realidad.

Sin embargo sabemos que ésa no es la *función del analista*, que va a encontrar una *verdad más allá* del plano de una *percepción por los sentidos*.

El analista encontrará su función en otro plano de la percepción, detendrá su mirada y su escucha en esa *otra escena* donde irrumpe la subjetividad como efecto de las vías regresivas de la repetición.

El efecto de la intervención del analista será un cambio en las posiciones subjetivas, que no podemos pensar al margen de un cambio en la perspectiva de una percepción que no pasa por los sentidos.

Retornando a la propuesta freudiana (Freud, S., 1923), cabe acá recordar la función primaria de una percepción interna capaz de discriminar el placer del displacer, que va organizando en esa otra escena el mundo fantasmático y los caminos de una defensa inconsciente.

La demanda al analista de operar como el signo que abre al examen de realidad se torna muchas veces un obstáculo importante en la operatoria de los dispositivos vinculares. Pero acá cabe plantear una nueva cuestión: ¿se trata sólo de un obstáculo?...

Acerca de la mirada y el registro de lo imaginario

Sabemos que el *infans* se localiza en el *espejo de la mirada del Otro* como una totalidad, que lo unifica en su fragmentación pulsional. El Otro se configura así como garante de una *imaginaria completud del yo*, pero a la vez, afirmará Lacan (1949), esta operación constituyente será también el *umbral del mundo visible*.

El analista es convocado en el despliegue escénico de una sesión vincular a ocupar el lugar de *un espejo* que devuelve una *mirada identificatoria* que opera sobre el reconocimiento de cada uno de los sujetos del vínculo y sobre el vínculo mismo.

Pero además descubrimos que la demanda apela a una posición de *analista* que «visualice» *aquello que no puede verse ni significarse*.

En tal sentido, si el espejo plano es el artilugio que utiliza Lacan para conceptualizar el reflejo de un yo que se constituye a través de la alienación en una imagen virtual, la introducción del espejo cóncavo permite hacer pivotear esa imagen como efecto de la mirada de un Otro que nos constituye como imagen real (Lacan, J., 1953), casi como ilusión óptica. La condición de que el yo se proyecte en el espejo como una unidad perfecta es que haya un Otro que nos haya reconocido en ese lugar.

«Su majestad el bebé» es una pretensión narcisista que también desde el Otro opera en el sentido de convertir una realidad ligada al autoerotismo, la prematuración y el desamparo en una fachada de perfección.

Doble juego imaginario que convierte a la presunción del ser en una pura ilusión de los sentidos, marcando lo inaprehensible de un real al que no puede accederse.

Esa dimensión narcisista del yo, no será nunca coincidente con la verdad del sujeto, que surgirá sólo a través de las formaciones del inconciente.

Desde esta perspectiva, el signo de realidad, con toda la connotación ilusoria que posee, podrá pensarse también como una función del Otro, y algo de esta marca constitutiva ha de reiterarse en la transferencia. La vacilación freudiana acerca de si es la instancia del yo o la del súperyo la responsable del signo de realidad favorecería esta concepción (Freud, S., 1920).

A partir de estas reflexiones ¿no podríamos pensar que la *demanda transferencial* a un saber del analista que aporte el signo de realidad posee una doble vertiente?

Una apelación a un imaginario totalizante con presunción de *verdad objetiva*, pero también a un saber que localice al sujeto que padece con relación a un real al que no habrá acceso... y acá la búsqueda del *signo de realidad* se orienta hacia el encuentro con un *signo de lo real* que lo

aproxime a su *verdad subjetiva*, que siempre estará en disidencia con las pretensiones del yo.

Acerca de la escena

He afirmado anteriormente que la pregnancia de la escena otorga una especificidad a los dispositivos vinculares, y esta afirmación me condujo a realizar un pequeño recorrido por el tema de la percepción en tanto *la escena convoca los sentidos*: lo visto y lo oído son claves en el proceso. *Trampa imaginaria* de los sentidos de la que el analista debe zafar para privilegiar una mirada y una escucha que, separándose de las funciones, articulen la información recibida en una red simbólica que localice una *otra verdad* del entramado de las subjetividades en juego.

Se trata de una *escena*, la que se despliega en el espacio terapéutico, que se constituye *sobre otra escena*: las posiciones sobre las cuales los protagonistas organizan un mundo que intenta aprehender en redes simbólicas e imaginarias un real que se escapa (Lacan, J., 1963).

Esta descripción es coincidente con una estrategia teatral: la «*play scene*», el teatro en el teatro. Shakespeare utiliza este artilugio a través del personaje de Hamlet quien, en el tercer acto introducirá los actores que develarán la verdad del asesinato del padre. Esta escenificación, aparentemente, está al servicio de localizar al nuevo rey como el asesino, pero lo que realmente busca Hamlet, enredado en la trama de una procrastinación que no le permite ejecutar su venganza, es encontrarse con su deseo.

El «ser» o «no ser» se juega en el orden de una verdad subjetiva, más allá de esa puesta en escena que permite descubrir al autor del crimen.

«...Hamlet se confronta con su “*to be*” a ese destino de ser pura y simplemente el agente del drama, aquél a través del cual pasan las pasiones... sin duda el valor de la escena

es develador, no es solamente una estratagema eficaz, presentifica la estructura de ficción de la verdad» (Lacan, J., 1983, pág. 38).

El registro de lo imaginario está siempre anudado con los otros dos registros, pero el analista deberá avanzar por sobre su fascinación, para descifrar el punto de goce y la posición deseante de cada uno de los protagonistas del drama.

En esta línea, parece que de lo que se trata es de recuperar la trama de una otra escena del mundo fantasmático donde, a la manera de un «canevas», van a bordarse las escenas de los sentidos que se ofrecen a la mirada y a la escucha del analista.

Clínica de la escena: obstáculo y/o instrumento

Articularé estos desarrollos teóricos con la introducción de dos situaciones clínicas que me permitirán avanzar en el sentido de revisar el valor que el despliegue de la escena adquiere como instrumento o como obstáculo para el curso de los tratamientos en juego.

1- La escena como obstáculo

Rosa y Jorge están casados desde hace 6 años y tienen un hijo de 3 años, Sebastián. Jorge tiene una hija de su matrimonio anterior, Adriana, de 17 años, que no vive con ellos. Rosa tiene tres hijos de su matrimonio anterior: Julián de 14, Pablo de 15 y María de 18 años. La consulta se suscita por una seguidilla de situaciones de violencia física entre Julián y Sebastián, quien relata algo de estos confusos episodios en su media lengua. Rosa desmiente la veracidad del relato mientras que Jorge está muy preocupado e insiste en la consulta.

La concreción de un encuentro se hace muy difícil por los horarios de trabajo de Jorge, ya que Rosa dice estar

dispuesta a venir en horas de trabajo *esperando no ser descubierta*. Aun cuando se logra el acuerdo del horario, faltan, sin avisar, a la primera entrevista. Frente a la ausencia, me comunico telefónicamente y esa misma noche la mujer me llama anunciándome la decisión de no consultar por que *ella* había decidido la separación. Le aclaro que estas entrevistas son pensadas como un espacio de reflexión y no necesariamente de reconciliación, dejando abierta la posibilidad de volver a llamarme. Una semana más tarde vuelven a llamar con las mismas dificultades para concertar el encuentro, pero éste finalmente se produce...

Al llegar, con retraso, a la entrevista, me informan que me adeudarán el dinero de esa entrevista y de la anterior, ya que no alcanzaron a pasar por el banco para retirar el dinero.

...Una cita que se pide y a la que luego se falta sin avisar, una dificultad muy grande para concertar un horario que no fuera el propuesto por ellos, una cita que hay que ocultar porque está convenida en el tiempo de un espacio de trabajo, una imposibilidad de combinar un encuentro con el integrante de la pareja más aparentemente convencido de la consulta, un pago que no se cumple, anticipan ya, más allá por cierto del motivo que los trae, ciertos indicios con relación a la modalidad de los pactos así como al posicionamiento de la pareja con relación al deseo y la ley.

Pre-juicio que es antecedente de una cadena de escenas que recortaré del conjunto a fin de avanzar en la hipótesis de la que parto.

Las escenas:

En el momento de tomar ubicación ambos vacilan marcadamente. Rosa elige sentarse en una silla a mi costado, mientras que Jorge lo hace en un sillón que queda libre frente a mí.

Rosa pregunta si la persona que los deriva me informó sobre el motivo de la consulta.... Sin darme tiempo a

responder, Jorge toma la palabra para presentar la problemática de la pareja mientras Rosa escucha ausente y con un gesto de desagrado. Luego interviene para dar sus opiniones sobre lo que Jorge afirma, gestándose un discurso que gira sobre el relato de situaciones y la calidad de verdad o mentira de las mismas. El desmentido parece ser, sin embargo, el protagonista principal, pues de *eso* que los trajo no se habla. Ellos parecen suponer que yo lo sé, y que, por lo tanto no hace falta mencionarlo.

En la segunda entrevista Rosa entra primero, y con una marcada sonrisa se ubica en el sillón donde en el primer encuentro se había sentado Jorge.

En un comienzo no hay referencia verbal sobre el cambio de lugares. Jorge comienza por quejarse del autoritarismo de Rosa, las acusaciones entre ambos se incrementan así como también se multiplican los relatos de los episodios que giran alrededor de mentiras y ocultamientos. Aunque de *eso no se habla* concretamente, todo indica que el tema está aproximándose.

Al promediar la entrevista aparece el tema del lugar; Rosa, enlazándolo con la acusación (en espejo) de autoritario a Jorge, explica que le sacó *la cabecera* porque él siempre reclama *su* lugar en la mesa aunque no esté presente. Jorge dice, razonablemente, que a lo mejor es porque él siente que no tiene ninguno.

En la tercera entrevista Rosa voluntariamente se retrasa, dejándolo pasar a Jorge, mientras me cuchichea en una complicidad manifiesta ...«hoy voy a dejarle la cabecera» mientras que Jorge, que escucha el comentario, acepta sonriendo el lugar cedido.

El impacto de la escena alcanza, más allá de lo que antes se anticipó y lo que después se desplegará en la palabra, para localizar las posiciones subjetivas de ambos protagonistas y el modo en que el analista queda involucrado.

Se trata de una mujer que se apropia de la escena y distribuye los lugares, un hombre que acepta con mansedumbre lo que le es otorgado, una fachada de ley, porque

hay una palabra cierta pero que es ineficaz, una rivalidad especular feroz, un intento de complicar a los otros en esta confrontación...

Recordemos que Rosa y Jorge llegan a la consulta por dificultades en la función parental: sus hijos se pelean brutalmente y muy frecuentemente el pequeño termina lastimado.

Se trata sin duda de una función parental fallida, donde la madre desmiente la gravedad de los hechos asociándose con el hijo victimario para evitar la supuesta furia de un padre que no logra poner un límite que acote la violencia entre sus hijos y la indiferenciación con una madre dueña de todos los lugares.

Todos estos elementos, aunque están articulados en el discurso, se destacan con particular nitidez en las escenas relatadas... *la escena aporta un insight, un golpe anticipado de la trama simbólica* que habrá de desplegarse en el curso de un tratamiento...

La resistencia puede anidar a veces en una trampa narcisista donde el analista, al revelar las posiciones que se ofrecen como un juego servido, se anticipa a los tiempos de elaboración. Porque los sujetos deben advenir a esa verdad, apropiándose ellos mismos del signo de realidad que esa escena encierra.

En esa tercera entrevista, finalmente, se despliega el tema que los trae. Se habla de la relación entre ellos y los hijos, entre los hijos, la posición de cada uno de ellos frente a la problemática, así como se exponen los antecedentes de la situación más crítica que se impuso y que no pudo dejar de verse. Entre otras cosas, se trabaja sobre la complicidad de ambos en desmentir las situaciones que antecedieron a la más grave que originó la consulta, la violencia familiar en sus familias de origen y la que se gesta en la rivalidad que existe entre ambos, así como se señala un armado familiar preexistente donde Jorge no pue-

de insertarse más que en un lugar sumamente ambiguo. Ambos, conmovidos por los temas trabajados, solicitan una entrevista más, mientras se arriesgan a pensar que el motivo por el que se les sugirió un tratamiento de pareja se centra en la dificultad de constituir un proyecto como tal y, a partir de allí, armar una familia, asumiendo la legalidad y el cuidado de los integrantes que ella implica.

Un verdadero idilio transferencial cuya función resistencial sólo pudo resignificarse a la luz de lo sucedido en la que iba a ser la cuarta y última entrevista.

Rosa entra furiosa discutiendo con Jorge a viva voz e inmediatamente la pelea se establece conmigo acusándome de complicidad con Jorge, abandonando el consultorio y la escena con un portazo. Sus argumentos se centran en el cuestionamiento de mis atribuciones para hablar de violencia familiar trayendo nuevamente lo trabajado la vez anterior desde una lectura marcadamente paranoide e invalidando por tanto lo que había configurado un supuesto inicio de elaboración de la conflictiva.

Esta última escena en la que quedo abiertamente implicada (y expulsada) me condujo a preguntarme sobre los tiempos de la intervención y aventurar la hipótesis de que fue un cierto apresuramiento basado en la *evidencia nítida* que mostraron las escenas relatadas lo que precipitó la fuga.

En este orden de cosas podría suponer que lo que quedó velado por el idilio, y desde allí la alusión a trampa, es que aún no era el tiempo de la elaboración. Un error en el tiempo de la intervención apoyado en la claridad de la escena. La escena convoca la percepción: lo visto y lo oído son claves en el proceso. Al privilegiar el registro imaginario se precipitó una puesta en palabras de lo desmentido. Esto operó, volviendo a la comparación con el Hamlet de Shakespeare, como un señalar al autor del crimen, en este caso, una pareja que rivaliza por el poder, donde los lugares son intercambiables y los pactos se sustentan en una ley que se transgrede.

La respuesta paranoica de Rosa, convalidada por la pasividad de Jorge, muestra que el revelamiento de la escena efectivamente operó en forma paradójal porque promovió el volver a velar lo desmentido. El signo de realidad quedó puesto afuera, en el analista, quien, al convalidar lo que era visible, se convirtió en la pieza que necesitó sacrificarse a fin de sostener el pacto.

Podríamos tal vez arriesgar la hipótesis de que cuando la defensa se sustenta en un cercenamiento de la realidad a través de la operación del desmentido (como en el caso expuesto) la trampa narcisista se gesta en una escena que, al mostrar con nitidez un juego abierto, atrapa al analista en la pretensión de ofrecer un signo de realidad, que, al introducir lo que ha sido desestimado en el registro simbólico, puede precipitar un pasaje al acto.

2- La escena como instrumento

Roberto era un paciente que llevaba ya algún tiempo en un tratamiento individual, con una conflictiva neurótica que giraba muy frecuentemente sobre las dificultades para concretar sus proyectos. Ante cada obstáculo que se presentaba, su respuesta era reiterada, una crisis de ansiedad y el abandono de la propuesta.

Se describía sometido a una exigencia desmedida de los otros que poco a poco fue asumiéndose como propia. Fue haciéndose conciente que la intolerancia al vacío y a la espera lo arrojaba permanentemente a lo temido, tener que empezar una y otra vez desde la nada.

Un ritmo vertiginoso que quedaba convalidado por el relato de una anécdota, seguramente narrada por un adulto, de que, en razón de que él estaba siempre hambriento, su mamá había optado por tener dos mamaderas preparadas a la vez, como modo de evitar su desesperación. De tal manera, cualquier espera quedaba anulada. Se trataba de un ritmo que, aunque surgido de una demanda ajena, coloreaba su propia impaciencia en el reclamo.

De todas maneras lo que vertebraba su discurso seguía siendo su posición de víctima, sometido a la coerción y la frustración, de los demás. En el tratamiento, sin embargo, algo había comenzado a elaborarse en el sentido de poder pensar que lo que se espejaba en los otros era nada más que su propia exigencia que lo convertía en una víctima de sí mismo.

Hacía varios años que estaba casado con Ana, con quien mantenía una relación sin graves conflictos aparentes, aunque era reiterada la queja sobre su pasividad y dependencia. La sensación era que Ana estaba «colgada de él». Habían decidido tener un hijo, pero Ana no quedaba embarazada. Por supuesto la impaciencia de Roberto iba en aumento y, aunque sólo hacía seis meses que habían tomado la decisión de buscar el embarazo, él ya estaba decidido a iniciar los trámites de una adopción.

La escena:

En este estado de situación un día, en el horario de la sesión de Roberto, abro la puerta y me encuentro con Roberto y Ana quienes, contrastando con mi sorpresa y vacilación, entran decididos al consultorio. Roberto se sienta en su lugar habitual y Ana toma asiento al lado, con la mirada muy fija sobre él que es quien comienza a hablar.

Expresa que él decidió venir con Ana sin avisarme porque imaginó que yo postergaría la entrevista y él estaba muy angustiado. La noche anterior habían tenido una discusión muy fuerte ya que ella no había querido tener relaciones cuando precisamente era una fecha fértil y, por añadidura, había expresado sus dudas respecto a su deseo de un embarazo.

Aclara que, en estas condiciones, él no estaba dispuesto a seguir la relación con ella expresando su certeza de que deberían separarse.

Yo estaba tan asombrada como Ana de lo que veía y escuchaba porque, si bien podía contextualizarlo en el circuito de las dos mamaderas: impaciencia, frustración,

crisis de ansiedad y abandono, tantas veces trabajado en el tratamiento de Roberto, el *plus* de la explosión de violencia era inédito.

Ana casi no podía responder, sostenía sobre su marido una mirada angustiada e implorante, parecía alguien dominado por el miedo.

Luego pudo empezar a hablar tímidamente aclarando que ella no podía entender lo que le sucedía a Roberto. Confirmaba que ella deseaba tener un hijo pero que él no le permitía expresar la más mínima duda, por otra parte natural, frente a una decisión que iba a producir un cambio tan importante en la vida de ambos. También agregó que tenía una sensación de avasallamiento insoportable con este tema que se agravaba en los días fértiles, donde el hacer el amor se convertía para ella en una violación.

Una vez más podemos afirmar que el impacto de la escena manifiesta alcanza, más allá de lo que después se desplegará en la palabra, para localizar las posiciones subjetivas de los protagonistas y el modo en que el analista queda involucrado.

Un dispositivo individual que se vio transgredido por la presencia de la pareja, una irrupción tan sorpresiva que impidió una intervención que acotara el *acting*. Una imposición violenta del deseo propio que posiciona al otro necesariamente en un lugar pasivo; la explosión de una violencia insospechada, tal vez fueron algunos de los elementos que Roberto quiso desplegar en la escena transferencial en un intento de recuperar aquello que aún no había podido tramitarse en ese espacio a través de la palabra: una demanda imperiosa cuyo vehículo era la violencia ejercida sobre un otro.

Podría cuestionarse la eficacia de aceptar la imposición de Roberto de la transgresión al encuadre. Considero que, involucrada en la transferencia, no pude sino someterme a la situación dada, aunque eso me posicionara lejos de la prolijidad esperada. Sin embargo, a partir de lo que allí

sucedió pudo empezarse a trabajar sobre lo que había quedado fuera de la cadena discursiva: la agresividad de Roberto y su intolerancia a la vacilación del otro que no hace más que espejar la propia.

Lo que siguió a la tramitación de la escena fue el acordar algunas pocas entrevistas de pareja por fuera del espacio del dispositivo individual a fin de trabajar sobre el proyecto del hijo.

Ana recuperó su voz y Roberto sus propias dudas así como el cuestionamiento de su posición de víctima.

A diferencia de la situación anterior, acá la escena operó como un instrumento esencial en la dirección de este tratamiento ya que permitió la recuperación de elementos que permanecían mudos en el discurso.

Acá se trató de una escena que llamaba a la interpretación por la vía de la visualización de algo que sólo se hacía posible con la presencia del otro del vínculo.

Para concluir, sintetizo algunas de las hipótesis desplegadas:

Hemos afirmado antes que el despliegue escénico de una sesión vincular, entre otras cosas, convoca al analista a una toma de posición desde el orden de lo visible. En primer lugar, tal como lo hemos señalado en las primeras viñetas, se le demanda un signo que permita avanzar hacia un examen de realidad que opere sobre la discriminación entre lo atribuido y lo existente. Pero la intervención analítica se sustenta en algo que va más allá de la introducción del signo de realidad, está destinada a señalar los indicios de lo que no puede verse ni significarse, a lo que denominamos un signo de lo real, que sólo podrá surgir de esa «otra escena» que organiza el guión.

El análisis del primer caso nos condujo a considerar el despliegue espacial de la escena como obstáculo, ya que la

intervención analítica, operando a partir del registro imaginario sustentado en la nitidez de la escena, promovió la irrupción de lo que había sido desestimado en la cadena simbólica. Se trató de la introducción del signo de un real que, al verbalizarse, generó una angustia desestructurante que determinó un pasaje al acto.

En el segundo caso, la intervención se jugó sobre una escena que funcionó como un llamado a la interpretación, como un *acting*. Como lo que estaba en juego era la operación de la represión, la angustia que generó el signo de lo real introducido por la interpretación, lejos de ser un factor de desestructuración, abrió la posibilidad de tramitar lo excluido de la cadena discursiva. Allí el despliegue de la escena fue el instrumento que posibilitó el acto analítico.

Podemos afirmar así que la clínica de la escena introduce complejidades en los encuadres vinculares dado el valor preponderante que adquieren la percepción y la mirada en una operación analítica que intenta sustraerse al engaño de los sentidos. Sin embargo, es con la orientación de la brújula de la transferencia como podremos zafar de dicho engaño develando, desde nuestra propia inclusión en la escena, la función de cada uno de los personajes en juego.

Bibliografía

Bernard, M. «Inconciente y vínculo», en *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. XVIII, n° 1, 1995.

— «Reflexiones sobre el concepto de transferencia en el psicoanálisis vincular» en *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. XIX, n° 1, 1996.

Bianchi, G. «La realidad como producción vincular» en *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. XVIII, n° 1, 1995.

Freud, S. (1895) Proyecto de Psicología, «*Obras Completas*», vol I, Bs.As., Amorrortu, 1980.

— (1914) «Introducción al nar-

- cisismo», *Obras Completas*, vol. XIV, Bs. As., Amorrortu, 1980.
- (1915) «Pulsiones y destinos de pulsión», *Obras Completas*, vol. XIV, Bs. As., Amorrortu, 1980.
- (1915) Puntualizaciones sobre el amor de transferencia», *Obras Completas*, vol. XII, Bs. As., Amorrortu, 1980.
- (1920) «Más allá del principio del placer», *Obras Completas*, vol. XVIII, Bs. As., Amorrortu, 1980.
- (1923) «El yo y el ello», *Obras Completas*, vol. XIX, Bs. As., Amorrortu, 1980.
- (1924) «La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis», *Obras Completas*, vol. XIX, Bs. As., Amorrortu, 1980.
- (1925) «La negación», *Obras Completas*, vol. XIX, Bs. As., Amorrortu, 1980.
- Lacan, J. (1949) «El estadio del Espejo», 1966, en *Escritos I*, Mexico, Siglo XXI, 1976.
- (1953) «La tópica de lo imaginario» en *Los escritos técnicos de Freud*, España, Paidós, 1981.
- (1959) «Hamlet: un caso clínico» en *Lacan Oral*, Bs. As., Xavier Boveda, 1983.
- (1963) «La angustia», Seminario 10, Ficha de circulación interna, Escuela Freudiana.
- Maci, G. *La otra escena de lo real, topología del significante y espacios del sujeto*. Bs. As., Nueva Visión, 1979.
- *El ojo y la escena*. Bs. As., Cumacú, 1999.
- Mondolfo, N. «El dispositivo vincular y el valor de la escena» (1999) en *La perspectiva vincular en psicoanálisis*, Bs. As., 15° Jornada AAPPG, 1999.
- «El despliegue de la escena: instrumento y obstáculo» (2000), Bs.As., Presentación en el Departamento de Pareja, 2000.
- *Transferencia y repetición en Freud, Klein y Lacan*. Bs. As., Tekné, 1993.
- Puget, J., Berenstein, I. *Psicoanálisis de la pareja matrimonial*. Bs. As., Paidós, 1992.
- *Lo vincular*. Bs. As. Paidós, 1997.
- Sternbach, S. «La intervención en patologías de borde», en *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. XX, n° 1, 1997.
- Ventrici y otras. «Violencia y configuraciones vinculares» en *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. XXI, n° 1, 1998.

Resumen

En este trabajo se abordan algunas de las problemáticas que introducen los dispositivos vinculares. Se subraya especialmente el valor que adquiere la escena manifiesta en la que se despliega la trama discursiva. Escena sobre «otra escena» que convoca una de las estrategias teatrales: «la play scene» y con ella al Hamlet de Shakespeare. La presencia real, no sólo del analista sino del otro del vínculo, más allá de ampliar el espacio transferencial, obliga a recorrer algunas conceptualizaciones teóricas referentes a la función de la percepción, el valor de la mirada y el registro de lo imaginario. Algunas viñetas clínicas dan cuenta de la posición del analista al que se le demanda un signo que permita avanzar hacia el examen de realidad, a la vez que se espera de él un signo de lo real que dé cuenta de la verdad subjetiva. La segunda parte del trabajo busca, a través de dos casos clínicos, investigar la función de obstáculo y/o instrumento que la escena puede adquirir en una clínica vincular desplegada sobre la transferencia.

Summary

This work approaches some of the issues introduced by linking devices.

The stress is specially laid on the value acquired by the manifest scene –in which discursive plot is displayed. A scene upon «the other scene» that conveys one of the theatrical strategies: «the play scene», and the Hamlet of Shakespeare with it.

The real presence, not only that of the analyst but also that of the other of the link, not only widens the transferential space, but also leads us to examine certain theoretical concepts regarding the function of perception, the value of the glance and the realm of the Imaginary.

Some clinical vignettes herein account for the position of the analyst who is demanded a sign that enables continuing towards reality examination. At the same time that a sign of the real that may account for the subjective truth, is expected from him. Based on two clinical cases, the second part of this paper intends to investigate the function of the obstacle and/or tool that said scene may get in a linking clinic developed on transference.

Résumé

Ce travail aborde certaines problématiques introduites par les dispositifs des liens. On y souligne tout particulièrement la valeur qu'acquiert la scène manifeste à l'intérieur de laquelle se déploie la trame discursive. Scène sur «une autre scène» qui convoque l'une des stratégies théâtrales: «la play scene» et avec elle, Hamlet de Shakespeare. La présence réelle, non seulement de l'analyste mais encore de l'autre du lien, en plus d'élargir l'espace transférentiel, oblige à parcourir certaines conceptualisations théoriques relatives à la fonction de la perception, la valeur du regard et le registre de l'imaginaire. Quelques exemples cliniques rendent compte de la position de l'analyste à qui l'on demande un signe qui permette d'avancer vers l'examen de la réalité, en même temps que l'on attend de lui un signe sur le réel qui rende compte de la vérité subjective. La seconde partie du travail, à travers deux cas cliniques, tente de faire des recherches au sujet de la fonction d'obstacle et/ou d'instrument que peut acquérir la scène dans une clinique des liens qui se déploie dans le transfert.

Realidad virtual y psicoanálisis *

Julio Moreno **

- (*) Trabajo presentado en Porto Alegre el 6 de Noviembre de 1999 en el panel «Realidad Virtual» organizado por la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre y la II Bienal de Arte del MERCOSUR. El trabajo fue publicado en portugués por la revista *Psicánalise* Vol. VI, número 3, pp. 535-545 (revista de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre).
- (**) Miembro Adherente de la AAPPG. Miembro Titular de APdeBA. Las Heras 2925 PB 4, 1425 Capital Federal, Argentina.
E-mail: julmoreno@fibertel.com.ar

La tesis moderna, en la que creció el psicoanálisis, fue que la realidad psíquica es capaz de dominar al objeto real a través del crecimiento simbólico.

La tecnología actual ataca la cuestión de la división irreductible entre el sujeto y el objeto desde un ángulo que cambia de raíz el planteo. Lo hace a través de un *simulacro* que trastoca el espacio donde clásicamente hemos desarrollado nuestras prácticas creativas y se conoce con el contradictorio nombre de «realidad virtual». La realidad virtual no es ni real ni irreal, ni inmanente ni trascendente, ni objetiva ni subjetiva, ni verdadera ni falsa, ni científica ni ficcional. No trata con representaciones, sus imágenes *son* eso que representan.

Este nuevo planteo toca directamente un resorte de la producción humana que interesa al psicoanálisis¹ y exige una revisión de la gesta del concepto psicoanalítico de realidad.

I

¿Cómo diferencia un sujeto, para el psicoanálisis, lo que le es propio, su mundo «subjetivo», de lo que es externo, el mundo «objetivo»?²

¹ Es más, como he desarrollado en otro trabajo, encuentro que estas cuestiones constituyen una de las fuentes de la denominada «crisis contemporánea del psicoanálisis». Esto está relacionado con el hecho de que los fenómenos asociados al apogeo de la virtualidad decididamente han modificado y estrechado el espacio en el que se desarrollan clásicamente la neurosis y el arte.

² Después de Descartes, la diferenciación entre el sujeto y el objeto puede parecer una cuestión obvia. Pero no lo es. La Hipótesis Realista (que sostiene que la observación no altera los hechos observados ni éstos la observación) no se sostiene hoy en casi ninguna disciplina. En psicoanálisis esa «interferencia» –que denominamos transferencia– se convirtió tempranamente en herramienta esencial de la práctica.

El criterio de realidad del humano no es, como en el resto de los animales, instintivo; debe desarrollarse. El *infans* humano cuenta con lo que Freud denominó «yo-placer» que, dominado por el «principio de placer», considera que todo lo placentero le pertenece, mientras que lo displacentero –provenga de su interior o de su exterior– es «externo». Ahora bien, como el cachorro humano no es autosuficiente, debe desarrollar un nuevo principio, que Freud denominó «principio de realidad». Este principio es una transformación del de placer al que no destituye, e implica una interacción con la reglamentación social y familiar en la que se vive. La piedra de toque para que emerja el principio de realidad es que exista frustración y que ésta pueda ser tolerada en el marco de un vínculo fundante.

Provisto de ese nuevo principio, el niño produce representaciones que hacen tolerables las ausencias del objeto real externo y le permiten simbolizar y pensar extendiendo como una red su dominio sobre nuevas experiencias. Sin embargo, la transición entre el principio de placer y el de realidad nunca es completa. Esa incompletud esencial es fuente de todo desarrollo humano.

La frustración tolerada, la ilusión apropiadamente desilusionada, es entonces requisito para la producción simbólica. Pero, cuando la insatisfacción es excesiva o no deja dormir, el aparato psíquico puede producir un último recurso para calmarse: alucinar otra realidad o soñarla. Fenómenos no tan ajenos, como veremos, al de la realidad virtual.

2

«*Realidad psíquica*» no ha de confundirse en mi planteo con «*Real*». Realidad psíquica es la construcción que hace un individuo acerca del mundo que habita. Lo real,³ es

³ Término que ha quedado asociado al uso que de él hace Lacan, pero que en lo que quiero destacar podría también asociarse al *Das Ding* o la «realidad material» de Freud, el «magma» de Castoriadis, o la «multiplicidad inconsistente» de Badiou.

instantáneo, discontinuo, caótico, incapturable y sin leyes causa-efecto que reglamenten su presentación. La realidad psíquica o «realidad» es una ilusión que los que vivimos en ella consideramos verdadera, una construcción mental en la que las inconsistencias ligadas a las presencias Reales se han cubierto.

Si bien el verdadero motor del drama humano es que su realidad nunca atrapa lo real,⁴ nuestras luchas y producciones transcurren dentro de los límites que separan los territorios de lo prohibido y lo permitido; división ficcional que nos socializa, menos cruda pero más vivible que la anterior.

Dentro de esos confines (de la realidad prohibida y la permitida), el humano es capaz de enormes travesías para procurar el lugar que cree adecuado en el universo social y sexual de su mente. El motivo de ese movimiento es, en última instancia, la frustración proveniente del hecho de que la realidad que le toca vivir no es la que esperaba. Esa lucha, esa inadaptabilidad radical, constituye la diferencia ineluctable entre nosotros y las máquinas; su resultado es a la vez el drama y la gloria de nuestra especie. El psicoanálisis mostró cómo el sujeto moderno puede producir síntomas, acciones, obras de arte,⁵ hasta suicidios y homicidios, para «decirle» al padre que imagina, a las realidades establecidas, que no entienden su proclama.

⁴ Sólo unos pocos genios y locos transitan ese territorio. El humano, no tiene así acceso directo al mundo de la multiplicidad caótica que lo rodea y nace desprovisto de instintos que circunscriban certeramente sus contactos con ese mundo. Es, en ese sentido, menos que el Dios que imagina y más que cualquier otro animal.

⁵ No es que esté equiparando al síntoma neurótico con la obra artística. Sólo afirmo que toda actividad humana, incluso la más sublime, tiene alguna conexión, alguna referencia, que se anuda con aquella insatisfacción original.

3

La razón última, la unidad mínima de la heterogeneidad entre la realidad y lo real es la separación radical entre la cosa y la representación. El sujeto nunca logrará subsumir al objeto. La representación y la cosa representada no pueden coincidir. Pero, en esa especie de misión imposible del simbólico por capturar ese huidizo objeto real, en ese laborioso intento de un sujeto de hacerse un lugar en el universo sexual, se generan *excesos* que producen al sujeto del inconciente y son el corazón de toda creación humana.

Esa es la lógica del invento freudiano de la asociación libre: cuanto más pueda hablar uno de nada, más habla de uno mismo. Es que las representaciones se asocian, interactúan y tienen potencia creativa. El lenguaje (cualquier lenguaje, el de las palabras, el pictórico, o el teatral) está hecho como a medida para que en ese espacio se generen sentidos no previstos.

Es muy posible que las pinturas del Cro-magnón de Altamira o de Puente Vesgo hayan sido, en algún tiempo mítico, intentos de captura de esos esenciales objetos animales. Pero, como signos, se autonomizaron generando significados artísticos y religiosos propios.

Las huellas de nuestro acontecer –la cultura y la subjetividad– deben su existencia al hecho de que nuestra captura del mundo es de una imperfección radical. De ser esa captura perfecta, como en los demás animales o en las máquinas, no serían necesarias. O sea, donde hay huella hay pérdida asumida.

Por ello, si hubiese una captura completa de lo real, o si una virtualidad colmara toda insatisfacción, nos colapsaríamos en la incandescencia, cesaría el movimiento, seríamos uno con la imagen y se borraría la diferenciación sujeto-objeto, tal vez en un cuadro semejante al de quien estimula su sistema nervioso con una efectiva bocanada de

crak. Los humanos somos huellas de la imperfección, la perfección es del orden de lo inhumano.

El espacio donde crece lo simbólico depende entonces de la castración en su sentido más radical, de la separación entre el sujeto (como lugar donde el simbólico juega su producción autónoma) y el objeto (como lo que permanece incapturable), entre la realidad y lo real.

Entre esa realidad y ese real queda siempre una ventanilla abierta. A través de ella el caos puede en cierta medida inmiscuirse en nuestra ordenada e ilusoria concepción del mundo; y es por eso que, desde que el humano es humano y a diferencia de cualquier otra especie, no ha cesado de generar novedades radicales que varían su entorno y extienden su dominio.

4

Esa ventanita que conecta al humano con la inconsistencia se colapsaría de un golpe si el desarrollo tecnológico de la virtualidad matara ese espacio de imperfección esencial con un simulacro (lo real-virtual). Esa novedosa posibilidad tecnológica de simular lo que el sujeto supuestamente quiere anulando (o alterando) el espacio de insatisfacción, nos está llegando en las formas más variadas.

Allí donde surge un imposible (señal de lo real), emerge el intento tecnológico-virtual de anular su efecto de barrera infranqueable: colapso de la percepción en un vértigo de sensorialidad superficial; sobreabundancia de información que colma, al punto de anorexizar, el deseo de conocer; transformaciones corporales que en un fervor de resurrección pretenden anular el efecto del envejecimiento, la madurez, la muerte y el tiempo lineal; pornografía de alta definición que mata el erotismo y la sensualidad al desquiciar cualquier intento de representación de falta...

La virtualidad apunta así directamente a ocluir el espacio entre lo representado y la representación. Y no lo hace

por la captura simbólica de lo real, como fuera el sueño moderno. Lo hace, o pretende hacerlo, a través de un *simulacro* que consiste en la generación de una «realidad» que no es ni real ni irreal; ni científica ni ficcional: la realidad virtual. En ella hay un ser de la imagen. Sus imágenes no representan, *son*.

Por lo tanto, en la realidad virtual la representación no tiene independencia ni autonomía, está anclada a lo representado, que es ella misma. Esto rozaría el ideal científico de la designación perfecta, excepto que, como se trata de un simulacro que elude lo real, no avanza sobre verdad alguna. La realidad virtual no detiene su intento en lo más crudamente real que habitamos, el cuerpo. Sin embargo ahí parece encontrar dificultades especiales. Cuanto más se proyectan imágenes a través de cirugías, colágeno, hormonas y genes sobre ese cuerpo en apariencia complaciente; cuanto más se promete eternidad o pubertad indefinida, más se presenta el rostro siniestro que delata al simulacro.

5

Otro carácter distintivo de la realidad virtual es que sus imágenes no se *asocian* –como lo hacen las representaciones– produciendo significados. Se *conectan* entre sí y conectan escenas; conexión que no produce nada. Para hablar de ese carácter me referiré un poco al niño contemporáneo y su pasión por la tecnología virtual.

Los niños de hoy tienen frenesí por esa realidad de las pantallas en la que ellos de algún modo participan a través de comandos accionados por botones: los así llamados videojuegos. Que no son sólo juegos: los *flight simulators* y los *war simulators*, son decididamente imprescindibles en el entrenamiento de cualquier piloto y soldado contemporáneo. ¿Qué sucede cuando en una escena –tan común hoy en día– un niño juega a los así llamados videojuegos, verdaderos entrenamientos para la realidad virtual? Si en la pantalla (¿dónde más podría ser?, la pantalla es el universo

para el niño en ese momento como lo muestra su fastidio cuando algún requerimiento lo saca de ahí) aparece una imagen, con detalles de alta definición,⁶ el niño entrenado no «asocia» nada con esas imágenes, simplemente las «conecta» y activa el automatismo de apretar un botón que dispara otra escena en la pantalla. Todo ello en fracciones de segundo (la velocidad dependerá del retardo de sus reflejos). La «asociación» –operación propia de lo simbólico– entre esa imagen y huellas de su mundo interno, no sólo sería un obstáculo en la *performance* del juego; está fuera de cuestión.

La imagen de la realidad virtual no es otra cosa que sí misma y sólo promueve conexiones, lo cual es totalmente reducible a operaciones de lógica maquinal. Por eso los videojuegos suelen tener una orden que hace que la misma computadora que los alimenta «juegue». A la hora de conectar imágenes con acciones las máquinas son superiores a cualquier humano. Por eso el videojuego es una suerte de test acerca de cuán maquinal puede ser un humano. Pero las máquinas (muy a pesar del tema favorito de ciencia ficción, la subjetivación de una computadora) no son humanas, son incapaces de producir significados o de generar sujetos.

En un consultorio psicoanalítico o en un taller de arte, la operación de conexión es inútil. En esos lugares se privilegia el hecho de que las representaciones jueguen, se asocien lo más libremente posible. Por eso la producción artística, el juego, los sueños y los síntomas tienen en común que son aptos para la interpretación: se les puede atribuir un sentido otro que el explícito, el sentido generado por la asociación. No pasa lo mismo con los videojuegos. Lo presentado en la realidad virtual no admite interpretación porque *es* eso que representa.

⁶ La realidad virtual trabaja con alta definición. Hoy la tecnología permite que las imágenes, los sonidos y el tiempo transcurran con definiciones que exceden con creces el umbral de percepción humana.

Quizás para el mundo que espera a sujetos en, digamos, el 2050, no sea tan útil buscar significados y sujetos más allá de lo explícito de su *performance* como lo es en los consultorios y los *ateliers* de hoy. Tal vez suceda cada vez más lo que acontece en la tecnología de punta, donde definitivamente la inmiscusión del «efecto sujeto» es evitada. Hay una fuente de error –principal en ciertos quehaceres– que ha sido bautizada con el elocuente nombre de «factor humano». El psicoanálisis y el arte (moderno) buscan el factor humano; todos los esfuerzos de la tecnología se dirigen a eliminarlo. Hasta ahora, los mismos esfuerzos por evitarlo lo suelen producir.

¿Qué es jugar? En la propuesta del *videogame*, jugar es transcurrir a través de conexiones por la secuencia lógico maquina que, a través de imágenes, simulan la realidad en una pantalla. En la propuesta clásica del psicoanálisis, el juego es otra cosa. Es donde niños y adultos están en libertad de ser creadores; o, como dice Freud, donde un sujeto «apuntala sus objetos y situaciones imaginadas en cosas palpables y visibles del mundo real». Pero, sobre todo, el juego al que estamos acostumbrados es el territorio de la asociación y de la emergencia de significados.

El tema es central porque (aun cuando no fue ésa sino la inversa la secuencia de su gesta teórica) el juego es el modelo con el que opera en el psicoanálisis la concepción de la asociación libre y la cura.

Hay, entonces, dos tipos de juegos: asociativos y conectivos. Y los niños hoy muestran preferencia por los segundos. ¿Debemos frente a esta realidad llorar y enseñarles a los niños cómo deben jugar? No. Nosotros, aun sin abandonar nuestra posición crítica, deberíamos ser llevados un poco de la mano por nuestros niños para reencontrar en sus juegos los personajes de su fantasía y entender que también existe en ellos frustración, aunque sea fragmentada y en otra escala.

En el juego contemporáneo la potencia (lo que los niños llaman «poderes») otorgada por un objeto al personaje sue-

le ser mucho más importante que el personaje mismo; lo que, en cierta medida, reproduce lo que los cambios tecnológicos anuncian: el hecho de que el objeto virtual dominará a los sujetos. En casi todos los juegos, además, los personajes tienen la posibilidad de «transformarse», eludir la barrera de lo imposible y ser otro; un verdadero anticipo de lo que anuncia la tecnología para su futuro mundo de adultos. De todos modos es evidente para mí, aun al ver a un niño de hoy jugando a esos juegos, que lo humano es irreductible a lo maquinal.

6

Los pensadores modernos, Freud incluido, creyeron que las conquistas científicas estrecharían el espacio que nos separa del objeto, completando finalmente el cuadro del progreso que va del mono al semidiós humano, dueño pleno del mundo en el que vive (la «etapa científica del desarrollo» anunciada por Freud en *Tótem y tabú*). Esa utopía científica, como todos sabemos, ha fracasado. La novedad tecnológica, como la mayoría de las novedades, nos llegó por un flanco imprevisto: por la desactivación de la interacción entre la realidad y lo real a través de la simulación de *otra* realidad, la realidad virtual. Si esto alarma es porque su éxito implicaría el colapso del espacio del desarrollo mental que conocemos.

Por eso, al abordar estos temas puede caerse fácilmente en dos peligrosas tentaciones: la de la tecnofilia inaprensiva, y la de la tecnofobia negadora. Como las sustituciones son hoy tan vertiginosas, no es fácil tener distancia apropiada para una evaluación, lo cual hace más difícil el abordaje de la cuestión. Lo más común entre los intelectuales que conozco es el camino de la imaginarización preferida del humano frente a las crisis: «alguien está haciéndonos esto».

Esa idea no es nueva, P. H. Gosse, un naturalista inglés, inventó, en el siglo pasado, un Dios simulador responsable

de que vivamos en una virtualidad perpetua: todos los restos geológicos y fósiles de la evolución de las especies, incluida la humana, son –según su concepción– una simulación que concibió y pergeñó Dios hace cinco mil años, el día en que –según la Biblia– creó el mundo. Éste fue, dice Gosse, un gesto magnánimo del buen Dios Padre para que nosotros creamos que tenemos una historia. Del mismo modo podríamos pensar que ese Dios fue malévolos. Lo que importa es que haya concebido a un Sujeto-Dios capaz de efectuar la puesta en escena de una realidad virtual que hace estúpidas las pretensiones creativas del hombre y de su historia.

Esa misma cuestión se refleja, no casualmente, en tres filmes contemporáneos (es decir de los últimos cinco años) que reproducen esa notable posibilidad de que «alguien» haga otra realidad «para que» los que la crean vivir transiten por un simulacro dentro del cual son presa fácil de inteligencias superiores. En el filme «*Matrix*» esa realidad virtual es generada por malévolas computadoras que usan a los humanos como generadores de voltaje, inmovilizándolos en celdas en las que «viven» una realidad virtual. En «*The Truman Show*» el que organiza la puesta en escena de un pueblo entero es un director de medios que hace «vivir» a Truman esa otra realidad, virtual; que es «vívida» a su vez por millones de espectadores a través de la televisión. El tercer filme es «*Wag the dog*» o «*Mentiras que matan*». En él los gobernantes organizan a través de los medios el simulacro de una guerra (una guerra virtual) para distraer al mundo del potencialmente escandaloso *affaire* del presidente con una adolescente.

En los cuatro casos las historias son organizadas por algún sujeto con una intención.⁷

A pesar de que soy consciente de que en estas cuestiones es posible tener una mirada desde un vértice político o

⁷ Es interesante destacar la serie de personajes que encarnan el poder: Dios, las computadoras, los medios y los gobernantes.

ideológico, creo que con respecto al tema que tratamos aquí no hay nadie que esté gobernando el decurso de las cosas hoy. Tal vez busquemos algún responsable porque, como decía Deleuze, los humanos preferimos un destino alevoso antes que uno aleatorio.

Creo más bien que lo que está aconteciendo, de algún modo refleja que el objeto está a pasos de dominar al sujeto. Quizás el cuadro se asemeje, mucho más que a una conspiración organizada, a lo que sucede con los virus biológicos o informáticos: la estructura de crecimiento simbólico que conocemos ha sido «infectada» por otra estructura mucho más básica y elemental, por un discurso con otros requerimientos. Tal vez estemos asistiendo a la terminación de una época, lo que hace naturalmente apocalíptica la mirada de los sujetos que nos formamos en ella.

A tiempos de crisis, como éste, pueden seguir exterminios; es cierto. Pero también pueden advenir novedades radicales cuya emergencia, se sabe, siempre perturba el orden establecido.

Lo cierto, como decía Wittgenstein, es que el mundo es lo que ocurre, y lo peor sería considerar que lo que ocurre es un error.

Apéndices

1: Patologías de la época

No ha de extrañarnos que la psicopatología que se presenta en esta época sea diferente de la de la Viena del 900. Ya sea porque el mundo de la «conexión» genera patologías diferentes, o porque las patologías de siempre usan ahora nuevos recursos.

El territorio del fantasear estrechado, probablemente genere sujetos más aptos para la evacuación y la conexión que para el pensamiento y la asociación; listos para el

vértigo de la sustitución, cuyo problema es más el vacío de su mente que el de los excesos sintomáticos que la conflictiva generaba en Dora o en el Hombre de las Ratas. No ha de sorprendernos tampoco que la técnica psicoanalítica –que pretende «hacer consciente lo inconsciente» y procurar un espacio para que se despliegue y haga menos perturbadora aquella sobreabundancia de fantasía– se encuentre hoy con nuevos obstáculos (¿nuevas resistencias?) frente a sujetos afectados por el vacío de la conexión.

2: *Padres e hijos*

Otro efecto importante de la velocidad de los desarrollos tecnológicos de nuestros tiempos, es el que afecta la relación entre padres e hijos. He dedicado algunos trabajos al estudio del espacio vincular paterno filial que me permitieron caracterizar al «*discurso infantil*» que lo reglamenta. Este discurso se sustenta en una creencia. El niño requiere para su desarrollo creer que los padres saben de él. No es que éstos deban saber, ni que el niño deba verificar que saben cuáles son esos pensamientos que sobre él tienen; pero sí que el niño pueda descansar en la ilusión de que ellos poseen cierta clave que calme la ansiedad que le producen sus incertidumbres.

Es un equilibrio muy delicado, pues para que el vínculo sea efectivo los padres deben dejar que el niño crea, sin desilusionarlo prematuramente ni promover esa ilusión; y el niño debe ilusionarse sin por ello sentir que es «sabido».

Por la época de mi infancia, un padre era un señor grande, más poderoso y experimentado que, aun siendo un poco viejo y rígido, aun cuando se podía albergar la sospecha de que aquí y allí él estaba equivocado, sabía más. Aunque tenían diferentes preferencias, padre e hijo usaban el mismo «principio de realidad social». La lucha generacional se entablaba así en un territorio organizado por discursos homogéneos. El modelo válido seguía siendo el de Edipo y Layo: dos habitantes de la misma cultura, en un cruce de caminos compartidos.

Hoy en día, los cambios sociales y tecnológicos que antaño se desarrollaban en varias generaciones, transcurren en menos de una década. Y eso conduce a que padres e hijos no compartan el mismo criterio o principio con el que se acercan a la «realidad». Además ya no se trata de verdaderos cambios, mediados por crisis, sino de *sustituciones* que se suceden sin tiempo para despedidas o acomodos que permitan establecer las nuevas claves simbólicas. Todo esto le confiere al discurso infantil una nueva nota de complejidad; pues los niños hoy «saben» acerca de (y actúan sobre) un mundo basado en principios otros que los de sus padres; y ese abismo parece acentuarse día a día. Esto hace que un vector del «*gap*» generacional no sea interpretable en el sentido de la clásica «lucha generacional», ni en términos de un triunfo edípico del niño o de la rivalidad filicida parental. Es algo que se agrega a eso, complejizando el cuadro. Es crucial en la clínica del vínculo diferenciar ambas cuestiones.

3: Diferencia y alteridad

Hay una sutil disparidad entre los conceptos de diferencia y alteridad. Diferentes son dos elementos de un todo homogéneo. Por ejemplo entre los números naturales 8 y 14 hay una diferencia que es 6; si no me pongo muy detallista, puedo afirmar que el termo rojo que tengo aquí se diferencia del gris de mi consultorio por el color. Alteridad señala el reconocimiento de que dos elementos pertenecen a mundos heterogéneos y son incomparables. Por ejemplo, la sinfonía 9ª de Beethoven y el cuadro «La dama y el perro» de Bonnard son incomparables, no diferentes. Dos *Homo sapiens*, en su animalidad pueden ser diferentes; dos sujetos humanos son incomparables.

En su afán de establecer comparaciones, la teoría moderna buscó diferencias más que alteridades. Así la teoría freudiana sostuvo que, para el inconsciente, la diferencia entre mujeres y hombres se basa en la presencia o la ausencia de un elemento: el falo.

La posmodernidad se caracteriza por su afán de eliminar cualquier categorización que compartamentalice al mundo en alternativas. Así, la oposición hombre/mujer se ha visto sacudida por la emergencia de una abrumadora cantidad de «fuera de catálogo» relacionados con los desarrollos tecnológicos de la virtualidad: transformistas, transexuales, travestis, gays, lesbianas, homosexuales, bisexuales, *cross-dressers*... Las cirugías corporales, las inyecciones de colágeno y hormonas y la manipulación genética pretenden arrasar con aquel *dictum* de Napoleón que repetía Freud «*La anatomía es el destino*». El concepto mismo de «destino» determinado por barreras infranqueables es uno de los blancos predilectos de las balas posmodernas. De ese modo, la posmodernidad también ha hecho buenas migas con el concepto de diferencia, porque ese concepto es el puntapié inicial para la homogeneización.

La alteridad, en cambio, pertenece al orden de las cosas incomparables. Dos elementos *alter* son incomparables, no diferentes. Cualquier comparación entre ellos conlleva el intento de pensarlos como un continuo y por lo tanto falsear su verdadero ser: no hay manera de representar lo que separa a uno de otro y por lo tanto no hay conversión posible de uno a otro; aun cuando la pasión humana por aprehender el mundo real no cese de intentarlo.

Por todo esto, el obstáculo principal de la Realidad Virtual es la alteridad.

4: Los espejos

Cuando los espejos dejan de reflejar nuestra imagen, de integrar nuestra fragmentación, de verificar nuestro desenvolvimiento, y se convierten en eyectores de figuras a las que debemos adaptar nuestra humanidad, pueden constituirse en una amenaza. En cierto modo los videobjetos son espejos vivos con capacidad para perturbar el equilibrio y la tensión que habitualmente mantienen la realidad psíquica y lo real. Producen el efecto de la mirada de una madre que, lejos de ser lugar en el que el hijo reconozca su ser,

proyete la imagen en la que, para ser, él debería transformarse. En ese sentido se parecen a la siniestra «Pantalla» de la Gran Hermandad, que tan magistralmente presentara Orwell en su «1984». Lo mismo sucede cuando los contornos de la imagen son tan precisos que borran la diferencia entre el mapa y el territorio, o cuando (como el espejo de Borges en «La fauna de los espejos») son capaces de agregar aquí y allí algún detalle para «corregir» las inconsistencias esenciales para la producción humana.

Resumen

Al no poder definirse como real ni como irreal, la realidad virtual (RV) trastoca la concepción moderna (y psicoanalítica clásica) de la realidad basada en la división subjetivo/objetivo. Por ello, y porque los fenómenos ligados a la RV son de creciente importancia en la actualidad, se impone un replanteo desde el psicoanálisis de los fenómenos ligados a ella. Podría decirse que en el espacio insalvable que separa el objeto real y su representación han acontecido todos los eventos de la cultura, todos los acontecimientos de un sujeto, y que el psicoanálisis opera en base a su existencia. Al ser ése el espacio cuya presencia ocluye y donde se presenta el simulacro de la RV, ésta suele presentarse como una amenaza para algo esencial del humano. Pero podría tratarse del anuncio de un cambio radical más que del de una aniquilación. Estudiando el juego de los niños se concluye que hay dos tipos de juegos (asociativos y conectivos), relacionados con dos mecanismos básicos del modo humano de contactarse con el mundo: el asociativo ('asociar' representaciones que producen sentidos que señalan a un sujeto) y el conectivo (que 'conecta' elementos de la red sin que se produzcan sentidos propios del sujeto que quedaría así desvanecido). En la actualidad hay un notable incremento de los juegos y fenómenos conectivos. El trabajo conjetura sobre la importancia de ese fenómeno.

Summary

Since virtual reality (VR) cannot be defined as real or unreal, it turns over the modern (and psychoanalytical classic) conception of reality based upon the subjective/objective division. Therefore, and since the phenomena related to VR are becoming more important nowadays, a review of them, from the psychoanalytic perspective, is crucial. It could be said that all the events of culture, all the facts related to the subject have happened within that unavoidable space that separates the object from its representation, and that psychoanalysis itself operates based on its existence. Since it is within this same space where VR simulacrum takes place and which presence it obliterates, VR often appears as a threaten to something essential for the human being. However, it could be the announcement of a fundamental change rather than annihilation.

When studying children games, two types of playing activities can be distinguished: associative and connective. Both are related to the two basic mechanisms used by human beings to get in contact with the world: the associative (the «association» of representations that build up the meanings which point out a subject) and the connective (which «connects» the elements of the net without producing the subjects own meanings, who would thus faint. Nowadays, there is a remarkable increase of connective games and phenoma. This work tells us about the importance of said phenomenon.

Résumé

La réalité virtuelle (RV), ne pouvant être définie ni comme réelle ni comme irréelle, bouleverse la conception moderne (et psychanalytique classique) de la réalité fondée sur la division subjectif/objectif. De ce fait, et parce que les phénomènes relatifs à la RV sont de plus en plus importants actuellement, il est indispensable que la psychanalyse se pose des questions au sujet de ces phénomènes. Nous pourrions dire que dans cet espace

insurmontable qui sépare l'objet réel et sa représentation, tous les événements de la culture ont eu lieu, tous les événements d'un sujet, et que la psychanalyse opère en fonction de son existence. Dans cet espace que la présence de la RV clos et dans lequel apparaît le simulacre de la RV, celle-ci tend à se présenter comme une menace pour quelque chose d'essentiel relatif à l'humain. Mais il pourrait s'agir d'annoncer un changement radical plutôt qu'une annihilation. En étudiant le jeu des enfants nous pouvons conclure qu'il existe deux sortes de jeux (associatifs et connectifs), liés à deux mécanismes fondamentaux de la manière humaine de prendre contact avec le monde: le mécanisme associatif («associer» des représentations qui produisent des sens qui indiquent la présence d'un sujet) et le mécanisme connectif (qui «connecte» des éléments du réseau sans que se produisent des sens propres au sujet qui serait ainsi effacé). Il existe actuellement de plus en plus de jeux et de phénomènes connectifs. Le travail émet des hypothèses au sujet de l'importance d'un tel phénomène.

**Modelizaciones en
psicoanálisis familiar:
aproximación teórico-clínica
a la familia de hoy ***

María Cristina Rojas **

(*) Presenté una primera versión de este trabajo en el Departamento de Familia de AAPPG. Agradezco el aporte de mis colegas en ese intercambio.

(**) Psicóloga. Miembro titular de AAPPG.
Vuelta de Obligado 2912. (1429) Capital. Argentina.
4701-3303. E-mail: mcrojas@sion.com

Algunas cuestiones clínicas ligadas al abordaje de configuraciones familiares frecuentes en la consulta actual, han puesto a prueba nuestras teorías, y nos conducen a importantes actualizaciones que competen al psicoanálisis familiar.

En décadas pasadas, las familias que no se adecuaban a un modelo de alta vigencia como fue el propuesto por la familia burguesa, es decir, la familia constituida por una pareja vitalicia, sus hijos y familias de origen, fueron consideradas versiones carenciadas o enfermizas de dicho modelo (2). Hoy disminuye la tendencia a considerar los cambios como patologías, y las diversidades familiares son a menudo pensadas, por el contrario, como distintas configuraciones. La existencia de numerosas familias «transformadas» nos plantea, a nivel social, el requerimiento de utilizar otros términos junto al sustantivo común familia para nombrar sus diversas configuraciones: hablamos así de familias ensambladas, familias monoparentales, familias de primeras nupcias, para referirme solamente a aquéllas de mayor frecuencia en la consulta de hoy. Destaco que tomo estas denominaciones del lenguaje coloquial generalizado, no les otorgo valor teórico sino el del consenso, que permite su reconocimiento: ellas se encuentran por ende sujetas a posibles modificaciones.

Durante una etapa, sorprendidos quizá por la irrupción de numerosas familias no tradicionales, para cuyo abordaje se tornaban insuficientes los modelos relacionados con la familia endogámica y sacralizada, las designamos como «nuevas familias». Entiendo que continuar hoy con dicha designación deja de lado su preexistencia respecto del momento actual, existencia tantas veces omitida con relación a la pregnancia de esa suerte de prototipo sano familiar que fue la familia burguesa en nuestra cultura, a la par que prescinde de considerar que *cada familia de primeras nupcias constituye también una nueva construcción*, no sólo la reiteración o encarnadura de un esquema antropológico de cuatro términos prefijados y finitos, como fuera la estructura elemental de parentesco definida por Lévi-Strauss (12).

Las familias monoparentales correspondían especialmente a la marginalidad, en los mismos tiempos en que las clases medias sostenían el modelo burgués como único y perenne. Por lo general, se trataba de mujeres con sus hijos, quienes sufrían carencias económicas muchas veces conectadas con la escasa inserción femenina en los procesos productivos, agravada por los requerimientos de la crianza no compartida de los hijos. A menudo las problemáticas de tales familias fueron interpretadas con relación a la presunta «descomposición» del modelo familiar prescrito. Eran evaluadas, y así se pensaban a sí mismas, como un retazo de familia, conjunto al que faltaba una parte, mutilado respecto de las expectativas globales y con frecuencia también propias. Su extensión, a partir del divorcio, a capas sociales altas y medias, su incremento también ligado a nuevas lógicas culturales, que las validan como configuración familiar viable y aun elegida por algunos, les dio más jerarquía y aceptación.

En cuanto a las familias ensambladas, retomaré algunas cuestiones planteadas en un trabajo anterior (23). Considero que el abordaje clínico de estas y otras diversidades familiares que pueblan el polifacético mundo de hoy, ha conmovido nuestras concepciones y nos ha confrontado con la impregnación ideológica de las teorías, haciéndose manifiesto que las mismas constituyen un producto histórico-social.

En el momento del ensamble, emerge una fantasmática en la cual tiende a reiterarse la posibilidad de quedarse sin lugar en la nueva configuración; dicha temática, que considero propia de múltiples familias compuestas por cónyuges con hijos de uniones previas, aparece en distintos integrantes: es decir, tiende a circular. Es cuando esto se fija en uno o más integrantes del grupo que nos encontramos con trastornos en el o los sujetos afectados, por quienes en ocasiones llegan a la consulta.

Dicha falta de lugar queda en muchos casos expresada a través de la dimensión concreta del espacio familiar. Así,

el conflicto con relación a la distribución de los hijos en los dormitorios es frecuente, tanto como ciertas vivencias de la pareja sobre la precariedad de su propio espacio en la vivienda familiar. Esto refiere a un vínculo conyugal a menudo endeble respecto de otras relaciones previas y dotadas de estabilidad, como las de cada integrante de la alianza con sus propios hijos: es así que ellos suelen aparecer también en la consulta de pareja, ante la posibilidad de una nueva separación.

Con frecuencia los integrantes de estas familias, tanto las monoparentales como las ensambladas, tienden todavía a pensar la nueva organización con los lugares de la familia de primeras nupcias, sostenida por varias generaciones como patrón ideal en nuestra cultura. Ello afecta la originalidad de la familia naciente, nunca mera reproducción de moldes anteriores.

En relación con esto, en los grupos ensamblados aquellos integrantes que no logran adecuarse a rígidas matrices preexistentes –hijos de matrimonios anteriores, hijos no convivientes, nuevos cónyuges– ven peligrar su posible pertenencia. La clínica muestra con frecuencia bandos contrapuestos integrados por cada uno de los cónyuges con sus propios hijos; la fractura de la nueva pareja, enfrentada por el sostén de los valores que presidieron las familias previas convertidos en baluartes no negociables; cierta descalificación de los hijos no convivientes, «casi hijos» o «menos hijos» que los siempre presentes: trastornos vinculados en gran medida al hecho de aplicar a la nueva familia las varas anteriores y de convertir esa original producción familiar en un intento de reconstitución de las familias previas perdidas, desmintiendo la transformación. Recordemos el difícil y siempre doloroso trabajo de elaboración del duelo ligado al proceso de divorcio.

Detendré en este punto estas consideraciones clínicas, para resaltar que ellas me conducen al requerimiento de nuevas formulaciones en psicoanálisis familiar, las que tendrán en cuenta no solamente las mutaciones sociales sino

las profundas transformaciones de nuestro pensamiento, hoy atravesado por nuevos paradigmas de la ciencia y por concepciones filosóficas propias de este tiempo.

Pensar y abordar la diversidad de las configuraciones familiares requeriría entonces tomar en cuenta en nuestras conceptualizaciones al menos las siguientes condiciones:

a) modelizaciones teóricas abiertas y complejas; b) creación de lugares nuevos; c) distintas modalidades de pertenencia; d) complejización de las redes de parentesco y de la trasmisión intergeneracional; e) precisiones del tabú de incesto; f) diversidad de modelizaciones.

a) Modelizaciones teóricas abiertas y complejas

Es decir, pensar a las familias como organizaciones abiertas en constante devenir.

Las concepciones estructuralistas que propusieron estructuras cerradas y semiabiertas se ven conmovidas por el pensamiento de la complejidad y concepciones filosóficas actuales, a la vez que por exigencias clínicas provenientes de las distintas configuraciones que asume la familia de hoy, algunas de las cuales señale.

La estructura deviene configuración abierta, definida en el intercambio con el medio y en constante fluir; en ella los lugares se van creando, alejándose de las posiciones previamente fijadas y finitas. Su productividad se ve acotada por efectos singulares de cierre y estabilidad, puntos en los que el flujo se estabiliza, los que ofrecen anclajes peculiares de cada configuración; dichos efectos sostienen así una organización que posee identidad, pese a su carácter de mutable.

Organización transformable que al mismo tiempo aparece abierta e incompleta, de tal modo se diluyen los marcados límites entre el adentro y afuera familiar. En dicha configuración ya no imperan las certezas: lo azaroso y lo incierto trastornan la predicción posible, e instalan un uni-

verso de probabilidad. Una organización que fuera estereotipada y poco mutable, se abre así a la invención y la productividad. Concepciones propias del pensamiento de la complejidad ponen de relieve el constante cambio y devenir, aun cuando van generándose en el propio fluir ciertas invariancias situacionales, que constituyen anclajes requeridos del pensar.

Caracterizar a la familia como organización abierta en constante devenir, supone también situarla en el entramado sujeto-vínculo-cultura. Constituye un profundo cambio para el psicoanálisis concebir la conexión sujeto-vínculo-cultura como una red en la cual las tres dimensiones se entretienen de modo indisociable y carecen de extraterritorialidad unas respecto de las otras. Es posible pensar estas dimensiones formando parte de un tejido, cada una de ellas con su peculiar configuración abierta; de tal manera no se indisciplinan ni se separan. Cada dimensión carece pues de exterioridad respecto de las otras, pero la excede en productividad, pudiendo constituir fuente recíproca de novedad (25).

En relación con lo antedicho, las representaciones propias del sujeto conllevan las marcas de lo vincular y lo social con simultaneidad. Dichas representaciones pueden ser abordadas en un análisis individual, a la par que emergerán en los dispositivos vinculares bajo otras figuraciones, ligadas: a) a la variación del punto de vista y las nuevas condiciones; b) a la productividad específica relacionada con la presencia de los otros, como he planteado recientemente (24). Entiendo que aquellas representaciones ligadas al cuerpo, las que implican la sexualidad, se hallan también marcadas por la trama sociocultural. Notamos que cada época implanta ciertas modalidades de relación con el cuerpo y formas predominantes que afectan las relaciones amorosas y sexuales; ellas no son pues ajenas a la historización, aun cuando así podamos percibirlas. Esto se fundamenta en un modo de comprender la producción de subjetividad siempre en el seno de lazos sociales que envuelven y trastocan de modo ineludible al cuerpo biológico.

La familia se sitúa como anudamiento peculiar de esa red en permanente fluir, nudo en el cual se entrecruzan condiciones intrapsíquicas, sociales y vinculares. En dicho entramado, son las distintas miradas o perspectivas las que destacan diferentes anudamientos. La metáfora de las redes, vigente junto a otras en el pensamiento actual, propone también un sujeto en trama, al considerar como punto de partida esa red donde los sujetos se anudan; red afectada por la incompletud y el devenir, en la cual vacío y vínculo –negatividad y positividad– se habilitan de modo simultáneo. La modernidad impulsó en cambio como modelo la separación entre sujetos, en tanto imperaba la metáfora de las unidades elementales, entendidas como mosaicos indivisos a partir de los cuales el universo era construido. En una concepción del sujeto en red, el elemento de partida no es el sujeto sino el vínculo, en tanto se trata de una red dinámica; lo vincular es despliegue y producción siempre en exceso y a la vez en déficit respecto de cada singularidad (22).

En la clínica de las estructuras semiabiertas o cerradas, clínica centrada especialmente en el descubrimiento, tendíamos a develar leyes generales y preexistentes, que generaban reiteraciones y redundancias en el discurso, índices en los que apoyábamos la interpretación: por entonces, caracterizábamos a la sesión familiar como estructura de repetición.

Un enfoque ligado a la complejidad nos permite trasladar el acento de la invariancia a la transformación y de la repetición a lo novedoso, sin dejar de lado la inercia y aquella desmentida de la transformación que favorece muchas veces el sufrimiento y el trastorno. De tal modo, las legalidades conforman restricciones del azar y junto a las redundancias, en la actualidad del discurso de la sesión surgen producciones impredecibles, no derivadas de legalidades previas.

b) Creación de lugares nuevos

Pienso que nuestras modelizaciones teóricas encaradas desde perspectivas complejas se alejan del esquema estructural que definiera un armazón lógico, la estructura de cuatro términos, al cual las familias habían de adecuarse y encarnar. A partir de los enfoques que voy delineando, ligados al devenir y la construcción, propongo pensar que la configuración familiar se va construyendo y produce nuevos campos y vinculaciones no siempre precisados por el mundo sociocultural. De tal manera, la familia no se define a partir de lugares preestablecidos y fijos, como fueran los del átomo de parentesco de Lévi-Strauss, es decir, padre, madre, hijos, familia de origen, sino a partir de operatorias y campos que más adelante delinearé.

Estas consideraciones habilitan la creación de lugares y vínculos novedosos y nos alejan de modelos únicos con posiciones previas. Dicha cuestión es prioritaria con relación a familias ensambladas. Si el único espacio y denominación posible en el esquema familiar para la «esposa de papá» es el de «madre,» esto genera ineludibles conflictos con otra mujer que es la madre, y lo mismo podríamos decir acerca del padre. Esta problemática suele tornarse acuciante para algunas nuevas esposas con relación a cuestiones relativas al género, cuando las mismas originan una fuerte delegación por parte del hombre del cuidado de los propios hijos en la nueva mujer-no madre, como señalan Walters y otros (26). Esta mujer queda ubicada en una posición a veces paradójica, ya que cumplir dicha expectativa marital y a menudo también propia, suele dar lugar a rechazos y violencia por parte de la otra mujer, convertida en «rival», y de los propios hijos del esposo, mientras que su incumplimiento deviene problemática conyugal y a veces pérdida de autoestima vinculada a vivencia de fracaso personal. Si bien las temáticas de la inclusión/exclusión parecen ineludibles en cualquier grupo humano y son intrínsecas, en su dimensión de conflicto, a aquellas operaciones que involucran al psiquismo, considero relevante que no sean nuestros modelos y concepciones los que ratifiquen los juegos de la exclusión.

Propongo entonces como cuestión central en la clínica de la familia ensamblada la construcción de lugares nuevos y diferenciados para cada uno de sus integrantes, lugares que no devienen inmutables, ya que continúan su transformación a lo largo de la vida familiar. Se conectan con originales modalidades vinculares y *se van definiendo a partir de los requerimientos que plantean las distintas funciones* del lazo familiar en cada momento vital.

La idea de construcción implica flujo, devenir, transformación. Cada familia crea sus vinculaciones y algunas reglas peculiares a su funcionamiento; el «lugar» no constituye tampoco un punto terminal inmodificable. Desde esta perspectiva, pienso que *los procesos constructivos no son privativos de las familias ensambladas u otras hoy consideradas modelos «transformados»; también la familia de primeras nupcias construye sus vínculos y crea sus lugares y desempeños*; es pues una nueva organización, aunque sujeta a regulaciones culturales más definidas, expresadas en un sistema hasta ahora estable de denominaciones y otro de actitudes y expectativas, que sufre una notable remoción. Es preciso «devenir» padres, tanto como «devenir» hijo —proceso de filiación—, y así para cada uno de los lugares y denominaciones restantes.

c) Distintas modalidades de pertenencia

Las modelizaciones aptas para pensar las diversidades familiares habrán de considerar distintas peculiaridades de una pertenencia definida por variables múltiples. En las familias de segundas o terceras nupcias el grupo habrá de incluir e integrar hijos diferenciados por distintas cualidades, como aquéllos que conviven y los que no; integrantes que provienen de diferentes familias de origen y se han visto atravesados por otras historias transgeneracionales; una pareja con escasa historia, y relaciones parentofiliales previas a la conyugalidad, a diferencia de aquella vinculación que constituyó el tiempo precedente y deseante del nacimiento de cada descendiente en la familia de primeras

nupcias. Es preciso concebir la pertenencia, alejándonos de lógicas binarias, con distintos grados y cualidades diferentes, estableciendo una diversidad intracategorial. No se trata pues de la tajante contraposición digital, pertenecer o no, sino de concebir diferentes formas e intensidades de pertenencia, lo cual se conecta nuevamente con la cuestión de los lugares, ya que éstos se diversifican y ofrecen posibilidades variadas de pertenencia. Habilitan de tal manera otras formas de tramitar la problemática de la exclusión, ese riesgo a veces elevado de una falta de lugar cristalizada en conformaciones familiares que se tornan expulsivas para algunos de sus miembros, con el consiguiente riesgo psíquico y vital de los mismos. Riesgo no privativo, por cierto, de las familias ensambladas.

d) Complejización de las redes de parentesco y de transmisión intergeneracional

Al variar la linealidad de las familias de origen, nos alejamos de los conjuntos cerrados o semiabiertos para abarcar redes de parentescos ensamblados, complejizadas cuando se consideran las distintas procedencias; redes que suponen diversidad de vinculaciones no biológicas e innominadas. Este tipo de combinatorias produce cambios de interés en lo que hace también a la transmisión de significaciones, modificada a partir de los entrecruzamientos entre las distintas procedencias y la conformación de diferentes constelaciones vinculares operantes en la transformación de lo transmitido.

La concepción propia del modelo de la «estructura familiar inconciente» formulado por I. Berenstein (3) sobre la alianza como operador de transformación de lo transmitido, mantiene según creo su vigencia en las diversidades familiares, en tanto enunciemos dicha operatoria como adscripta especialmente a los aparatos psíquicos constituidos: esto amplía la cuestión y abarca a las familias no conformadas a partir de una pareja; admite también la operancia de los hermanos y otros adultos en la misma función. Me refiero a

la metabolización no sólo de historias transgeneracionales sino de cuestiones actuales ligadas con preponderancia a la eficacia de las condiciones sociales. No obstante, el punto central a ser destacado es que esta operación *sólo cubre aspectos parciales de toda transmisión*. La familia es pues condición necesaria pero no suficiente para las producciones subjetivas, dada la operancia eficaz de múltiples condiciones no abarcables en las discursividades familiares.

La familia, como cualquier otra configuración vincular, no podrá mediatizar –a través de ofrecer semantizaciones que habiliten la simbolización– las condiciones sociales más que en algunos recortes (21). Destaco entonces: *ningún ámbito es «todo», y cada uno es excedido y restringido por los otros en su capacidad de determinación*.

e) Precisiones con relación al tabú de incesto

La elevada incidencia de familias con vinculaciones no consanguíneas propone nuevas cuestiones con relación al tabú del incesto, cuestiones de difícil respuesta. Pienso en la consideración de esta problemática colocando junto al tabú del incesto otras regulaciones que exceden el solo campo de la sexualidad y dan cuenta de otras facetas de la convivencia humana, como aquéllas que tienden a establecer la renuncia pulsional en el campo de la violencia, derivaciones del bíblico «no matarás». Desde este punto de vista, el tabú sexual se establece siempre entre el adulto y el niño, en tanto usufructuar la asimetría de la relación para seducirlo y, a través de ello, jugar el apoderamiento de su cuerpo y su ser, configura una de las formas extremas de la violencia y la perversión humana, exista o no consanguinidad. En lo que hace a la relación entre pares no consanguíneos –me refiero a las relaciones entre hijos previos de nuevos contrayentes; «hermanos (¿hermanos?) ensamblados»–, es el *caso por caso* el que irá dándonos respuestas, al menos en cuanto a la significación que dicho vínculo adquiera en cada contexto familiar, para cada pareja y sujeto. Ya en lo que hace a ciertas relaciones consanguíneas, el

tabú dejó amplio margen a la consideración de los sentidos particulares, al menos en algunos parentescos no centrales (primos hermanos, tío/sobrino, etc.)

f) Diversidad de modelizaciones

La rigurosidad moderna dio lugar a la búsqueda de definiciones completas, acabadas y únicas que parecían reflejar la realidad; hoy en cambio es posible la coexistencia de distintas modelizaciones para dar cuenta de diversas presentaciones de un mismo o semejante objeto. Cada una de ellas de naturaleza metafórica, en cuanto configuran aproximaciones a una realidad en sí misma inasible. La realidad no es una cosa en sí, que será alguna vez globalmente accedida por la ciencia; es, en cambio, una co-construcción, producto del encuentro entre ciertas facetas de la realidad y el sujeto del acto de conocer (15). En nuestro tema específico, ello implica que, más allá de buscar definir de modo exhaustivo *qué* la familia *es*, lo cual tiende a instituirse como paradigma sustancial, podemos proponernos: 1) una caracterización general de la familia, sin pretensiones de universalidad; 2) modelizaciones diversificadas; 3) múltiples dimensiones de análisis.

1) Caracterización general de la familia

En nuestro contexto la familia, desde un enfoque psicoanalítico, podría caracterizarse como una organización vincular abierta y compleja en la que se despliegan niveles inconcientes, configuración vincular transformable anudada en la trama sujeto-vínculo-cultura; acoge al descendiente humano en el momento de su nacimiento y se hace cargo de modo preferencial, aunque no exclusivo, de la función de constitución subjetiva, a través de dos operatorias centrales, las de sostén y corte, y de procesos de investidura libidinal y narcisista de los descendientes. Dichas funciones se sustentan en la asimetría entre psiquismos constituidos y otros en vías de constitución. La familia humana establece lazos afectivos que prosiguen de por vida y cons-

tituyen una de las vertientes posibles del apuntalamiento intersubjetivo del psiquismo. Contribuye, junto a otros dispositivos culturales, al establecimiento de la renuncia pulsional parcial posibilitadora de la convivencia humana. Conforman un campo sexual de alta singularidad, particularmente por las prohibiciones y prescripciones ligadas al tabú del incesto, considerado con las precisiones que colocan la prohibición de la violencia como otro de los ejes de regulación del territorio de lo familiar. La sexualidad es uno de los ejes centrales de las vinculaciones familiares, justamente por el ineludible papel del contacto corporal afectivo y ligado a los cuidados del niño en la conformación de su psiquismo. El ser humano no puede sobrevivir sin cuidados amorosos, y ello permanece como marca vincular de humanización. La familia supone la circulación pulsional y si bien puede manifestarse como proclive al desborde, dada la cualidad de los lazos de intimidad y proximidad, al mismo tiempo cuenta con dispositivos reguladores de la misma.

La familia es el terreno de una particular configuración de la sexualidad, ya que en ella coexisten, por un lado, la pareja conyugal, para la cual la sexualidad está no solamente no interdicta sino también prescrita; es así que un matrimonio no consumado sexualmente puede disolverse. Por otro lado, junto a dicha pareja los vínculos padres-hijos ofrecen otra perspectiva, dada la interdicción propia del tabú del incesto. Al mismo tiempo la sexualidad de los padres, atravesada por la castración y sujeta a represiones, es activa en lo que hace a la construcción de la sexualidad de los niños: a través de los procesos de crianza y de esa suerte de seducción inevitable que supone la asistencia específica, libidinizan el cuerpo del hijo, lo que estimula en éste canales erógenos vehiculizadores también de los deseos parentales que anticipan la identidad sexuada de aquél en vías de constitución. Cada configuración familiar ofrecerá especificidades a dicho campo, pensemos en las cuestiones propias de las familias ensambladas, a las que ya me referí al tomar en cuenta el tabú del incesto; en las familias de un solo progenitor –madre fecundada artificial-

mente, por ejemplo; en las familias encabezadas por una pareja homosexual; parejas con hijos adoptivos, etc.

Los desbordes a nivel de la sexualidad dan cuenta sobre todo de los excesos de la seducción por parte del adulto, cuya emergencia extrema serían el incesto y el abuso sexual. Por su parte, el niño en los tiempos de la constitución subjetiva está habilitado para exhibir y jugar la polimorfia de su sexualidad pregenital, sólo acotada por quien –adulto– ha transitado ya los caminos de la articulación simbólica: represión, castración, deseo.

En el abuso confluyen la violencia, desborde de la prohibición tanto de matar como de violar el espacio del otro devenido en ese caso objeto, con lo sexual fuera de cauce; podemos diferenciar esto de la sexualidad sadomasoquista acordada entre dos adultos.

En relación con la función erogeneizante quiero destacar que la familia burguesa asignó de modo estricto su desempeño a la madre u otras figuras femeninas sustitutas, mientras el padre permanecía alejado del cuerpo del hijo. El nuevo accionar del padre implica también el contacto corporal libidinizante, con su peculiar eficacia constitutiva.

He delineado de este modo perfiles posibles para concebir la familia. Por otra parte, hay *las familias*, diferenciadas no solamente según la época histórica sino también por su sede espacial, grupo social y étnico, entre otras variables.

2) *Modelizaciones diversificadas*

Modelizaciones diversificadas para familias diversificadas: reitero como ejemplo, lo inconveniente de pensar a la familia monoparental con un diseño ajustado a la familia ensamblada o de primeras nupcias. Por supuesto, no son tantas las diversidades que pueden presentarse en nuestro contexto peculiar, ni infinitas las concepciones y propuestas de abordaje posible.

3) *Múltiples dimensiones de análisis*

Se trata de establecer ejes diversos para el psicoanálisis de las discursividades familiares: el modelo del átomo de parentesco plantea la tramitación del tabú del incesto en tanto ordenador de la sexualidad humana como eje nuclear; se requiere, según creo, multiplicar los ejes de análisis de la configuración familiar, sin que ello implique el desconocimiento de aquél.

La pérdida de la centración en un único eje definitorio genera con frecuencia reticencias relacionadas con la posible carencia de especificidad de la definición. *Pienso con relación a esto que dicha especificidad, ya no derivada de un único rasgo central, deviene a partir de la singular combinatoria de distintos ejes.*

Presentaré a continuación algunas dimensiones de análisis de las conformaciones familiares que sustentan la operación clínica familiar y complejizan una caracterización psicoanalítica de dicho agrupamiento humano, sin pretender con ello agotar las instancias de análisis. Ellos son: las funciones del lazo familiar; la renuncia pulsional –incesto, violencia–; el «apuntalamiento intersubjetivo» del psiquismo; la cuestión de las asimetrías, la creación de lugares nuevos, la trasmisión entre generaciones y la conformación de la fratría. Consideraré estas cuestiones en un trabajo anterior (23), al caracterizar la clínica de la familia con niños; las retomo en el contexto más amplio del presente trabajo, pues ellas se me presentan hoy como dimensiones posibles y pertinentes para el análisis de distintas conformaciones familiares.

He presentado ya más arriba puntos referidos tanto a la trasmisión entre generaciones como a la construcción de lugares nuevos y la renuncia a la violencia y al incesto. Ahora, una breve consideración relacionada con los otros ítems propuestos. Destaco que todos ellos se encuentran en íntima articulación.

Funciones del lazo familiar: pongo de relieve dos operatorias centrales ligadas al *corte* y el *sostén*; las mismas sustentan tanto la constitución subjetiva como el apuntalamiento del psiquismo y la renuncia pulsional. Estas funciones han sido vastamente consideradas por el psicoanálisis como función paterna y materna, respectivamente. Tales denominaciones corresponden al modelo de familia preponderante en el momento en que nace y se desarrolla en primer lugar el corpus psicoanalítico; quizá hoy sea adecuado prescindir de las mismas.

Apuntalamiento intersubjetivo del psiquismo: las funciones de la familia no finalizan con la fase de crianza, centrada en la construcción del psiquismo infantil. Sus lazos continúan ofreciendo apuntalamiento al psiquismo singular. El paso del tiempo amplía los circuitos vinculares que soportan al sujeto, perdiéndose la prevalencia y jerarquía de las vinculaciones familiares de origen a favor de otras, extrafamiliares, o propias de la constitución de nuevos grupos de crianza. El vínculo en función de apuntalamiento deviene con frecuencia soporte de la resistencia a la transformación y sostén de la especificidad sintomal; en otra de sus vertientes se configura, en cambio, como agente de transformación (21).

Señalaré dos modalidades de la intervención en la clínica de familias que me parecen centrales y tienen como fundamento el eje del apuntalamiento intersubjetivo (24).

a) La intervención opera sobre los niveles imaginarios del lazo y la fusión; discrimina, favorece las autonomías singulares y habilita la renuncia pulsional parcial indispensable para la convivencia humana; b) estimula, en otras ocasiones, la configuración del lazo como apoyo, constitución y sostén, cuando el aislamiento y la fragmentación desfavorecen el apuntalamiento.

En cada proceso analítico familiar estas dos modalidades de intervención se alternan, aun cuando difieren en su predominio según los casos.

La cuestión de las asimetrías: considero peculiar de la familia la asimetría entre psiquismos constituidos y otros en vías de constitución, por lo general, padres-hijos. Dicha asimetría da sustento a las operatorias específicas antes descritas. Este eje es destacable en el análisis de la familia con niños y adolescentes precisamente por la apelación de los mismos a las funciones de corte y de sostén.

En la clínica de la familia actual con niños solemos encontrar que quienes ocupan las funciones ligadas a la parentalidad no logran sostenerlas; tienden a sobreestimar la independencia de los menores e incluso esperarán a veces, ya en el terreno de las patologías más severas, construir padres en esos hijos a los que debieran apuntalar, en un intento de inversión de la ineludible asimetría del vínculo parentofilial. Suele también extremarse la permisividad, lo cual conforma la contracara del autoritarismo.

Conformación de la fratría: las vicisitudes de la alianza fraterna constituyen otra de las dimensiones de análisis del grupo familiar. Destaco este eje en la aproximación clínica a las familias en proceso de divorcio, o en ocasión de segundos matrimonios de padre o madre. El grupo de hermanos puede ser fuente de contención en esos momentos críticos, a menudo generadores de vivencias de desamparo.

Para concluir: pienso que las aperturas propias del pensamiento teórico complejo permiten el enfoque de la diversidad, y dan paso a formas inéditas de aproximación clínica a las diferentes configuraciones familiares que habitan nuestro mundo, hoy.

Bibliografía

- (1) Abelleira, H; Blumenthal, D. (1994) «Ruptura conyugal en la familia. Del caos a un nuevo orden». Buenos Aires, *Actas Congreso FLAPAG*.
- (2) Aguiar, E.; Nusimovich, M. (1996) «Implicancias lingüísticas e ideológicas en los últimos 50 años en las investigaciones sobre segundos matrimonios y sus familias ampliadas». Buenos Aires, *Revista Informática FLAPAG*.
- (3) Berenstein, I. (1991) *Psicoanalizar una familia*. Buenos Aires, Paidós.
- (4) Bianchi, G. «Lectura psicoanalítica de los vínculos familiares, invariancias y transformaciones». Presentación al Congreso de IAGP, Buenos Aires, 1995.
- (5) Chang, F. (1992) *Vacío y plenitud*. Barcelona, Siruela.
- (6) Gaspari, R. (2000) «La familia: nudo problemático del Psicoanálisis» (cap. en prensa).
- (7) Green, A. (1990) *La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud*. Buenos Aires, Amorrortu, 1990.
- (8) Jelin, E. (1994) Familia: crisis y después... en *Vivir en familia*, C. Wainerman comp., Buenos Aires, UNICEF/Losada.
- (9) Kaës, R. (1991) «Apuntalamiento y estructuración del psiquismo», *RPPG*, 3/4, XV.
- (10) Kaës, R. (1993) *El grupo y el sujeto del grupo*. Buenos Aires, Amorrortu, 1998
- (11) Lakoff-Johnson (1998) *Metáforas de la vida cotidiana*. Cátedra.
- (12) Lévi-Strauss, C. (1981) *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona, Paidós, 1981.
- (13) Matus, S. Panel de cruce; Encuentros de psicoanalistas de pareja y familia, AEAPG, 1999.
- (14) Morin, E. (1973) *El paradigma perdido*, Barcelona, Kairós. 1992.
- (15) Morin, E. (1995) «Epistemología de la complejidad», en *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*, Buenos Aires, Paidós.
- (16) Najmanovich, D. (1995) «El lenguaje de los vínculos. De la independencia absoluta a la autonomía relativa», en *Redes. El lenguaje de los vínculos*, Buenos Aires, Paidós.
- (17) Najmanovich, D. Comunicaciones personales.
- (18) Prigogine, I. (1994) «De los relojes a las nubes», en *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*, Buenos Aires, Paidós.
- (19) Prigogine, I. (1993) *¿Tan sólo una ilusión?* Tusquets.
- (20) Puget, J. «Nuevas familias» ¿por qué perder la capacidad de asombro?, Conferencia Depar-

tamento de Pareja de AAPPG, 1997.

(21) Rojas, M.C. (1998) «Realidad psíquica, vincular y social. Funciones del lazo familiar», *RPPG*.

(22) Rojas, M.C. (1999) «La transferencia a la luz del Psicoanálisis de las configuraciones vinculares», *Actas Jornadas AAPPG*.

(23) Rojas, M.C. (1999) «Perspectivas vinculares en Psicoanálisis de niños», *RPPG*, 2.

(24) Rojas, M.C. (2000) «Vínculo: clínica, presentación al Foro de Psicoanálisis de las configuraciones vinculares», ficha de circulación interna AAPPG.

(25) Rojas, M.C. (2000) «La formación en Psicoanálisis de las configuraciones vinculares», *Actas Jornada FAPCV*.

(26) Walters y otros (1988) *La red invisible*. Barcelona, Paidós, 1996.

Resumen

Este trabajo considera inicialmente algunas cuestiones clínicas propias del abordaje de las familias en la actualidad, los que conducen a la actualización de concepciones del psicoanálisis familiar. Propone luego algunas condiciones para pensar y conceptualizar las diversidades familiares, tomando en cuenta perspectivas propias del pensamiento de la complejidad: a) modelizaciones teóricas abiertas y complejas, b) creación de lugares nuevos; c) distintas modalidades de la pertenencia; d) complejización de las redes de parentesco y de la trasmisión intergeneracional; e) precisiones del tabú del incesto; f) diversidad de modelizaciones.

Propone por fin una caracterización de la familia en nuestro contexto y desde una perspectiva psicoanalítica, destacando la diversidad de los ejes posibles y pertinentes para el análisis de las distintas configuraciones familiares.

Summary

This paper initially takes into consideration certain clinical issues related to the specific present approach to families, which leads to the up-dating of the conceptions on family psychoanalysis. The author then proposes some conditions to think about and to conceptualise on families diversities, taking into account the following perspectives inherent to the complexity thinking: a) theoretical open and complex model patterns, b) the creation of new places; c) distinctive modes of belonging; d) Complexity of the parentage net and inter-generation transmission; e) specifications on the incest taboo; f) model patterns diversities.

In the end, the author puts forward the characteristics of the family in our context and, from a psychoanalytic perspective, he outstands the diversity of possible and pertinent axis for the analysis of the different family configurations.

Résumé

Ce travail s'occupe au départ de certaines considérations cliniques propres au travail avec des familles actuellement, ce qui oblige à une actualisation des concepts relatifs à la psychanalyse des familles. Il propose ensuite certaines conditions pour penser et conceptualiser les diversités familiales, compte tenu des perspectives propres à la pensée de la complexité: a) des modélisations théoriques ouvertes et complexes; b) la création de nouvelles places; c) différentes modalités de l'appartenance; d) le fait que les liens de parentés sont chaque fois plus complexes et la transmission intergénérationnelle; e) des précisions concernant le tabou de l'inceste; f) des diversités de modélisations.

Finalement, le travail propose une caractérisation de la famille dans notre contexte et dans une perspective psychanalytique, en soulignant les différents axes possibles et pertinents pour l'analyse des diverses configurations de liens.

Interrogaciones

En agosto de 1999, durante la última visita del Dr. Kaës a Buenos Aires, se realizaron en la AAPPG tres encuentros: dos conferencias, ya publicadas en números anteriores de la Revista, y éste cuyo texto ahora ofrecemos, que se llamó “Charlando con René Kaës”, y que estuvo organizado en la forma de preguntas libremente formuladas, en particular por miembros de la institución. Las preguntas fueron entregadas todas juntas por escrito al comienzo de la reunión, por lo que, en algunos casos, resultaron agrupadas por su afinidad temática y respondidas en conjunto.

Pregunta 1

A partir de 1988, Janine Puget e Isidoro Berenstein propusieron un modelo del aparato psíquico donde se organizan zonas distinguibles, que llamaron espacios psíquicos, metáfora de un tipo de representación mental y de los vínculos que el Yo¹ establece con su propio cuerpo, con cada uno, con varios otros y con el mundo circundante. La idea de espacio sugiere ciertos límites, un cierto tipo de organización y zonas intersticiales, en las que no sería posible descubrir espacios diferentes. Otra metáfora sería la que nos hace pensar en un sujeto que vive y tiene raíces simultáneamente en varios mundos, cada uno de los cuales aparece sucesivamente en escena dependiendo del estímulo recibido tanto desde el interior de su mente como desde el afuera.

Uno de estos mundos, es el mundo interno, donde se encuentra el sujeto con esas representaciones, esas imágenes, esos sueños, esas fantasías. Allí se alojan las representaciones de su cuerpo, como su propio funcionamiento mental.

Otro de esos mundos, es el mundo interpersonal, donde el Yo se encuentra con otros, en una cierta relación de intimidad privilegiada. Con esos otros intercambia amor, ternura, agresión, odio. En ese mundo las relaciones tienen la característica de que la realidad de algunos intercambios instala marcas específicas, tal como las relaciones sexuales, económicas o de lenguaje. En dichos intercambios, construye su identidad sexual y se inserta en un árbol genealógico. Los modelos interpersonales más habituales serán los de pareja y familia, que se extienden a los grupos de amistad, donde también se crean estados emocionales de tipo primario. Este mundo, es el que está en el origen de lo que llamamos el sujeto del vínculo.

¹ Dada la dificultad que presenta la traducción distintiva de *Je* y *moi* al castellano, usaremos las mayúsculas habituales para la instancia *moi* (yo). [N. de la T.]

Otro mundo, es el mundo circundante o sociocultural, donde se establecen relaciones con uno o varios conjuntos representantes de la sociedad: valores, creencias, ideologías, principios morales, historia.

Dudamos entre dos posibilidades metapsicológicas y técnicas.

Una, la que afirma que los tres espacios son recorridos de la misma manera y que la significación tiene una sola fuente: el mundo infantil primitivo. Desde allí se despliega y sólo por medio de sucesivas transformaciones ocupa su lugar en los otros espacios. En esta formulación, cada espacio es la prolongación de tres modalidades de representación cuyo punto de partida es único el mundo interno.

La otra sostiene que los espacios son independientes, tienen su propio origen y su propia lógica. Entonces sus significantes y sus organizadores tienen especificidad, y la significación reconoce un origen independiente y propio de cada uno de los espacios. Quisiéramos conocer su punto de vista a propósito de este tema, desde su modelo conceptual.

René Kaës

Quiero agradecerles colectivamente, y a Marcos Bernard como portavoz, haber propuesto debatir sobre diferentes abordajes, porque hasta ahora más bien teníamos una relación donde ustedes me preguntaban sobre lo que pienso y esta vez me consultan sobre lo que pienso de los que ustedes piensan. Creo que de este modo avanzamos, porque no somos tantos los que utilizamos un modelo de tres espacios. Por ejemplo, Foulkes no lo utiliza y Bion tampoco. Creo que es propio de nuestra generación haber distinguido esos tres espacios, siendo naturalmente el tercero el que plantea más preguntas desde el punto de vista de la teorización psicoanalítica.

Por lo tanto, estoy de acuerdo con un modelo de tres espacios psíquicos y creo que una primera diferencia, me parece, surge no sólo en la forma de definir esos tres espacios sino en su articulación. En lo que me concierne, traté de articular esos tres espacios en un modelo cuya primera formulación fue, al comienzo de los años setenta, lo que llamé el *aparato psíquico grupal*. Distinguía un espacio intrapsíquico interno (principalmente los grupos internos), un espacio intersubjetivo sobre el que se funda la intersubjetividad (su paradigma es el grupo) y un espacio transpsíquico (que limité, es verdad, al área sociocultural), sobre el que se funda la transubjetividad. En este espacio incluiré sin dificultad una parte de lo que Janine Puget e Isidoro Berenstein llamaron en su teorización *contexto sociocultural*. Estoy de acuerdo con Janine Puget e Isidoro Berenstein sobre la proposición de que cada uno de esos espacios tiene sus propias leyes organizadoras.

Agregaré: sus propias leyes de transformación. En efecto, los procesos de transformación del vínculo intersubjetivo no son, por hipótesis, idénticas al proceso de transformación intrapsíquica. Creo que es una hipótesis para no perder de vista, aun cuando existen procesos comunes a esos diferentes espacios. Tomemos el ejemplo de los mecanismos de defensa: la producción de los mecanismos de defensa en el espacio intersubjetivo apunta a formaciones que corresponden a ese nivel propio de la organización psíquica, por ejemplo, las alianzas inconcientes, los pactos denegativos. E. Jaques había señalado, sin describirlas, lo que llamó *metadefensas*. Estas tienen una lógica y una función propia, que es asegurar defensas comunes a los sujetos, en tanto son sujetos de un vínculo (de grupo, de pareja, de familia o de institución). Por supuesto, las metadefensas, como los pactos denegativos, cumplen también funciones en el campo intrapsíquico. Son esencialmente este nivel y esta problemática los que retuvieron mi atención, y conduje mis investigaciones en un marco metodológico que me he esforzado en explicitar para posibilitar la discusión de mis proposiciones. Esto es, en pocas palabras, lo esencial de mi modelo. A partir de esas proposiciones,

ustedes me invitan a cuestionar el modelo propuesto por J. Puget e I. Berenstein. Primero tendría preguntas para formular: me pregunto si, en su proposición de los tres espacios, J. Puget e I. Berenstein enuncian leyes de organización propias de esos espacios y si proponen principios de transformación de esos espacios.

Acuerdo con Janine Puget e Isidoro Berenstein, y otros, cuando se sostiene que estos tres espacios están en relación recíproca según diversas modalidades. El problema es describirlos y articularlos. Por ejemplo, una de mis hipótesis respecto de estas articulaciones es la siguiente: un espacio está en condiciones de tratar por desplazamiento los problemas que no son resueltos en otro espacio. Es gracias a ese proceso de desplazamiento que puede operarse una transformación. Esto quiere decir que, para mí, el paradigma metodológico del grupo adquiere su valor por hacer posible el desplazamiento hacia el espacio intersubjetivo de lo que permanece no elaborado en el espacio intrapsíquico. En consecuencia, me parece importante la cuestión de definir las articulaciones entre esos espacios conservando al mismo tiempo sus principios y sus distinciones. Voy a continuar hablando de mi modelo, puesto que me invitan a hacerlo, preguntándome a la vez si tenemos divergencias o no a este respecto con J. Puget e I. Berenstein. Cuando propuse tomar en consideración un polo isomórfico y un polo homomórfico en el aparato psíquico grupal, distinguí un caso particular donde los espacios están confundidos (en ese polo isomórfico prevalece la ilusión grupal, coinciden las identidades narcisistas, las lógicas de la metonimia y de la sinécdoque). En el otro caso particular, el del polo homomórfico, prevalece la lógica de la metáfora y de la simbolización, ésta articula el espacio intersubjetivo y el espacio intrapsíquico en relaciones de diferencia: en ese caso no se toma al grupo como una persona y el sujeto no es idéntico al conjunto del grupo. He intentado despejar las implicaciones psicopatológicas de esta confusión de los espacios. Pienso que éste es un interés del modelo del aparato psíquico grupal.

Ciertamente un modelo debe permitir comprender las líneas de fuerza de una cuestión compleja y debe poder evolucionar. He utilizado este modelo como un paradigma teórico y metodológico para un abordaje de los sistemas de vínculos: el grupo es la ocasión más compleja para eso, porque es posible trabajar sobre dimensiones bastante puras de los tres espacios implicados por el vínculo. Ustedes hablan de *configuración vincular*. Con unos pocos matices, se trata prácticamente de lo mismo que *sistemas de vínculos*.

En Francia, el modelo del aparato psíquico grupal ha suscitado investigaciones que extendieron su validez a propósito de los vínculos familiares (el aparato psíquico familiar), de la institución (el aparato psíquico institucional), del equipo de trabajo, de la pareja, del grupo fraterno. Pero no se trata de aplicar sin matices un modelo, además es preciso, como ustedes lo hacen, preguntarse en qué el proceso del vínculo es diferente en el grupo, en la familia, en la pareja, en la institución. En el fondo, todo modelo transversal, a causa de su función unificadora, reclama un abordaje diferencial.

Para ser más preciso, quisiera evocar lo que comencé por poner a trabajar al situar este recorrido en el contexto cultural e ideológico francés. Una de las primeras formulaciones de mi trabajo fue el proyecto de descubrir los efectos del inconciente en esos tres espacios, pero más precisamente sobre los puntos donde se anudan esos tres espacios. Mi pregunta se dirigió en primer lugar a la cuestión del inconciente y a la detección de sus efectos en el discurso y en las transferencias. Casi no era posible abordar la cuestión de otro modo en Francia en los años sesenta, por ejemplo en términos sólo de identificación y de estructura del yo, principalmente porque entendimos la crítica de Lacan; esta influencia se trasluce en mi abordaje estructural (moderado por la problemática de las transformaciones) de los organizadores psíquicos del vínculo y de los grupos internos. Se trasluce también en nociones como sujeto del inconciente, y más tarde *sujeto del grupo*. Por correspon-

der el concepto de sujeto del grupo en la teorización a un punto de anudamiento de los efectos del inconciente, intento poner de manifiesto las articulaciones entre el sujeto del inconciente y su posición en la intersubjetividad.

Para ir un poco más precisamente en esta dirección, quisiera evocar con qué conceptos trabajé, de modo que pudiéramos confrontar cuáles son los conceptos pertinentes, eficaces, que funcionan en los tres espacios definidos por Isidoro Berenstein y Janine Puget. En cuanto al espacio intrapsíquico, he centrado mi análisis esencialmente en torno de dos conceptos: el concepto de grupalidad psíquica y el concepto de sujeto del grupo. Estos dos conceptos no pueden comprenderse sin tomar en cuenta la forma como son producidos y como ejercen un efecto sobre el segundo nivel, el de lo intersíquico o de lo intersubjetivo. En este espacio, lo que me ha interesado, es describir y conceptualizar lo que lo sostiene, y al mismo tiempo lo que le da su consistencia: son las alianzas inconcientes, las funciones fóricas, el régimen de las identificaciones mutuas, cruzadas, las estructuras de emplazamiento de las posiciones inconcientes de los sujetos en el vínculo, por lo tanto los organizadores psíquicos y las estructuras escénicas que contienen, y cuyo paradigma es la fantasía. En lo esencial, he intentado trabajar sobre los emplazamientos subjetivos prescritos por esos organizadores inconcientes.

Pienso que todas estas formaciones tienen un valor estructurante, apuntalador para constituir el primer espacio. Para mí eso es muy importante. Pienso que podemos tener diferentes puntos de acuerdo, con algunos matices. Se podría decir que al comienzo era el grupo. Ése es un postulado, porque no se sabe qué hay «al comienzo», pero de todas formas todos tenemos una representación de lo que es «al comienzo». En lo que concierne al nivel intersíquico e intersubjetivo, progresivamente he dado definiciones.

Cuando trabajé con los conceptos de Piera Aulagnier, pensé que su forma de concebir «el espacio donde el yo

puede advenir» describía notablemente esta articulación entre el espacio intersíquico y el espacio intrapsíquico, con la condición de que en el espacio intrapsíquico se introduzca la noción de Yo. En la primera fase de mis investigaciones, trabajé como un psicoanalista que construye una metapsicología, y que intenta comprender cómo se organizan los procesos, las funciones, las estructuras en el espacio intersíquico, y que olvida que esas estructuras, y esas funciones siempre están organizadas en una subjetividad y en vínculos intersubjetivos, es decir en espacios que interpretan la realidad psíquica.

Pregunta 2

¿Considera usted que los conceptos de «vínculo» y de «intersubjetividad» son sinónimos? En caso de que su respuesta fuese negativa, ¿cuál sería la diferencia? Le planteo esta pregunta a partir de la lectura de *El grupo y el sujeto del grupo*, donde encuentro que el concepto de «vínculo» casi no está mencionado.

René Kaës

En *El grupo y el sujeto del grupo*, puse el acento sobre la problemática de la intersubjetividad, sobre el sujeto del grupo como sujeto del inconsciente y mucho menos sobre el concepto de vínculo. Preciado esto, estoy absolutamente de acuerdo con usted en cuanto a que no hay sinonimia entre intersubjetividad y vínculo. La condición para que se produzca la intersubjetividad y la transubjetividad (es decir, la subjetividad que se constituye y se transmite *a través de* los sujetos), es que existan y persistan vínculos, que estén organizados y cargados de realidad psíquica. La problemática del vínculo es más amplia que la de la intersubjetividad e incluye otras dimensiones que la de la subjetividad, por ejemplo, la de las comunicaciones y de las regulaciones. Mis investigaciones sobre la intersubjetividad y sobre el sujeto del grupo me hicieron percibir que, de he-

cho, había trabajado también en una teoría del vínculo, concepto que utilizo cada vez más a menudo de una manera descriptiva para referirme a las diferentes formas concretas en que se manifiesta la intersubjetividad: familia, grupo, pareja, instituciones... Pero también las modalidades y los tipos de vínculo (vínculo de amor o de odio, simbiótico o edípico, etc...)

Para responder más precisamente a su pregunta, me parece útil introducir una distinción entre, por un lado, un abordaje del vínculo centrado en sus efectos en la formación y el funcionamiento del sujeto del inconsciente, y por otro lado, un abordaje centrado en el vínculo como lugar de una realidad psíquica específica. Evidentemente, es este segundo aspecto el que presenta problemas, suscita obstáculos y reclama proposiciones. Pero esos dos abordajes deben articularse: en realidad, el primero no puede proseguirse sin ayuda del segundo.

Pero, ¿a qué llamaremos vínculo? El vínculo es lo que anuda, une u obstaculiza, en todo caso hace mantener juntos a los sujetos de un vínculo. El vínculo une a sujetos distintos, separados, heterogéneos. La paradoja es hablar del vínculo como lo que los une, mientras que el vínculo supone un trasfondo de una separación, o de una herida que hace falta suturar. Podría decir que entiendo por vínculo procesos, estructuras, resultados que surgen de la asociación de los espacios psíquicos según diferentes modalidades. Y que para nosotros, psicoanalistas, deben articularse a los procesos, a las estructuras y a las formaciones de la ligazón intrapsíquica.

Pregunta 3

(Aquí, dos preguntas que el Dr. Kaës reunió por su afinidad temática, y que se refieren a proposiciones presentadas en la conferencia que tuvo lugar un día antes del presente encuentro y que el lector encontrará publicada en el número anterior de la Revista).

a) ¿Podría ampliar las características de la *tercera tópica*? Si entendí bien, se trata de heterogeneidad, de ectopía y de heterotopía.

b) En referencia al concepto de heterogeneidad del inconciente, ¿podríamos pensar al cuerpo biológico como un topos del inconciente individual y del vínculo, particularmente en lo que respecta a las enfermedades orgánicas?

René Kaës

Agrupé estas dos preguntas y agregaría una tercera que mencionaré llegado el momento, porque todas están organizadas en torno de la noción de tercera tópica. Pero estas preguntas plantean otra cuestión: ¿por qué una tercera tópica? Para responder más precisamente a las preguntas que me plantearon, tengo que explicitar esto.

Una tercera tópica es necesaria por varias razones: por razones clínicas, porque debemos tomar en consideración nuevas formas del sufrimiento psíquico y de su patología, la que precisamente afecta los límites internos y externos del aparato psíquico, los vínculos precoces, los fundamentos del narcisismo, los trastornos de lo originario, traumatismos sobrevenidos en el vínculo con el otro, con más de un otro, con conjuntos organizados, institucionalizados, etc. Todos esos sufrimientos y esas patologías hicieron necesaria la invención de dispositivos de tratamiento nuevos en el psicoanálisis. Esta clínica y esos dispositivos reclaman nuevas teorizaciones, que no pueden hallarse en las teorías construidas a partir de la experiencia única de la cura. Una tercera tópica es necesaria por razones teóricas, porque la segunda tópica, que no obstante nos abrió la vía a esas nuevas prácticas, es insuficiente para dar cuenta de las formaciones y de los procesos psíquicos que descubrimos a partir de nuestras nuevas prácticas plurisubjetivas. Aunque podemos validar muchas de sus hipótesis especulativas, resulta insuficiente para dar cuenta de la consistencia psíquica del vínculo y de la intersubjetividad y del sujeto del inconciente como sujeto de la intersubjetividad. Finalmen-

te, una tercera tópica es necesaria porque los datos freudianos que nos interesan en las dos tópicas son en parte enunciados especulativos, seguramente cargados de potentes cualidades heurísticas, pero que están sometidos a la prueba única de la experiencia de la cura individual. Ahora bien, como decía, tenemos herramientas metodológicas para ponerlos a prueba en dispositivos psicoanalíticos donde podemos controlar una cierta cantidad de variables.

No sólo la segunda tópica es insuficiente, sino que además es preciso reevaluar la primera. Es lo que intenté hacer ayer a propósito de los conceptos de pulsión y de la tópica del inconciente y es lo que intento hacer a propósito de la teoría del síntoma y del sueño. Por lo tanto, tenemos que extraer todas las consecuencias de nuestras prácticas psicoanalíticas para construir una teoría que proponga un modelo de inteligibilidad general del inconciente y de sus efectos de subjetividad. Necesitamos conceptos para construir esta tercera tópica.

¿El concepto de configuración vincular es suficiente? Es útil y lo adopto llanamente en la medida en que pone en evidencia y permite describir configuraciones vinculares, pero quizá es demasiado amplio y resultará insuficiente si no describe funcionamientos, procesos, efectos propios de las configuraciones vinculares. Tendremos pues que articularlas con sus raíces y sus efectos en el espacio intrapsíquico.

En lo que me concierne, fundo esta tercera tópica en una cierta cantidad de modelos, los que enuncié recién: el modelo del aparato psíquico grupal me proporcionó un paradigma de esto para dar cuenta de los procesos de formación de la realidad psíquica en los vínculos y en el espacio común y compartido del grupo. Describí su estructura a partir de la teoría de los organizadores, los procesos y principalmente las alianzas inconcientes, las funciones fóricas y los procesos asociativos como puntos de anudamiento entre los espacios intrapsíquicos y los espacios del vínculo, las modalidades particulares de las transferencias,

el trabajo psíquico de la intersubjetividad y de las conjunciones de subjetividad.

Debemos saber que la construcción de una tercera tópica pasa por o desemboca en una reevaluación de los conceptos fundamentales del psicoanálisis. Por lo tanto, tenemos que preguntarnos cuáles son los conceptos fundamentales del psicoanálisis y decidir si los conceptos que proponemos son o no compatibles con sus enunciados radicales, *sine qua non*, habida cuenta de que el inconsciente no es de una vez y para siempre accesible por sus efectos en la situación de la cura. Una tercera tópica implica por lo tanto que pensemos en una teoría general del psicoanálisis, cuestión que no se planteaba mientras la cura «individual» era la práctica exclusiva del psicoanálisis. En cuanto a mí, la cura sigue siendo la práctica preeminente, referencial del psicoanálisis, y pienso que, para los analistas que tienen una práctica en las configuraciones vinculares, es un pasaje necesario.

Esto en cuanto al nivel de la conceptualización teórica; pero hay además todo un campo de trabajo que atañe a la metodología y a la técnica, a la teoría de la metodología y a la teoría de la técnica. Por ejemplo, el concepto de encuadre: ¿funciona de la misma manera y produce los mismos efectos en el campo de la cura y en el campo del análisis de grupo, o de la terapia psicoanalítica de las familias, o en las instituciones? En las prácticas con las familias, ¿cómo pensar la especificidad del dispositivo en el que el analista es un extraño en un grupo real? ¿Cómo pensar el campo institucional, donde el encuadre funciona en interferencias con encuadres cuya función se sitúa en niveles lógicos diferentes: la autoridad política, el poder administrativo y médico, el de los servicios, de los grupos, de los asistentes, etc.? Uno de los términos de esta reevaluación corresponde a la problemática de las transferencias y de la interpretación: ¿funcionan según las mismas modalidades en la cura, en la familia y en el grupo? Sabemos que no. También debemos explicitar los modos de trabajo psíquico específicos del analista en estos diferentes dispositivos «fuera de

la cura». Existen muchas otras cuestiones que derivan de esto, como las que conciernen a la formación de los analistas: en función de esos conceptos, de esas prácticas, de esas técnicas, ¿qué cambia en la conducción de la cura y en su espacio psicoanalítico a partir de lo que sabemos de las alianzas inconcientes? Finalmente ¿qué podemos decir hoy en cuanto a nuestra comprensión del funcionamiento de la institución psicoanalítica? Estas son, evocadas sumariamente, algunas perspectivas para introducir esta tercera tópica.

Vuelvo ahora sobre lo que dije acerca de la heterogeneidad del inconciente, de la heterotopía y de la ectopía. Hablo primero de la heterogeneidad del inconciente. Con esto indico que en el inconciente existen procesos y formaciones que corresponden a diferentes niveles de formación. La heterogeneidad depende de las formaciones que resultan de procesos o de mecanismos de defensa diferentes, lo que se produce por la represión no tiene el mismo estatuto ni los mismos efectos que lo que se produce por la desmentida, la forclusión, la renegación. Evidentemente, todas esas formaciones y esos procesos pertenecen al sujeto del inconciente. Pero hay también una parte que pertenece al vínculo interindividual y a los vínculos transindividuales, parte que el sujeto alberga, de la cual hereda y que transmite. Si admitimos esta heterogeneidad de esas producciones del inconciente, a continuación podemos preguntarnos si esos diferentes contenidos se superponen en el mismo espacio psíquico, en una sola tópica del inconciente. Llamo heterotopía a la hipótesis según la cual el inconciente puede encontrarse localizado en diferentes lugares psíquicos en el cuerpo biológico y por lo tanto en el espacio psíquico interno, pero también en el espacio psíquico de otro, de más de un otro, y en sus vínculos comunes y compartidos. Pienso en los trabajos de N. Abraham y M. Torok sobre la cripta y el fantasma, en algunas proposiciones de S. Resnik en sus estudios sobre la psicosis, en la noción de depósito en J. Bleger, en lo que dice Lacan en el discurso de Roma cuando sostiene esa idea de que en la cultura y en el lenguaje existe lo que llama la parte transubjetiva del inconciente, lo que falta al sujeto. Por su parte, el concepto de

pacto denegativo también expresa esta noción de una heterotopía del inconciente.

La ectopía es un caso particular de la heterotopía. Designo por ectopía lo que no tiene lugar en uno mismo, lo que esta fuera de sí, y que puede tomar el estatuto del depósito o de una cripta. Las desmentidas y las forclusiones selladas entre generaciones, y que pasan a través de las generaciones (lo transgeneracional) contribuyen a la producción ectópica del inconciente.

Estas perspectivas introducen, no como dije alguna vez, a una cuarta revolución copernicana, sino a una concepción de la vida psíquica que seguiría más los enunciados de la revolución kepleriana. Freud consideraba que el psicoanálisis había realizado la tercera revolución copernicana al plantear al inconciente como el centro de la psique en lugar del yo conciente. Pero se trata siempre de una teoría del centro. Ahora bien, suponiendo que una parte del inconciente se encontrara en otros lugares psíquicos, en lo intersíquico y en lo transpsíquico, fuera del sujeto y sin embargo en él, se introduce la representación, cercana a la estética barroca, de una pluralidad de centros, de una politopía. El modelo de referencia no es pues Copérnico, que buscaba en el Sol un centro único del Universo, sino Kepler, que sostenía la idea de una pluralidad de centros en el cosmos. También se podría apelar a los modelos de la intertextualidad, o a la lingüística bakhtiniana, para dar cuenta de esta comprensión de la psique a partir de las prácticas de las configuraciones vinculares: hay otros textos detrás en los que el autor ha puesto una parte del sentido del texto que construye y cuyo manuscrito puede haber perdido.

Ampliemos nuestra proposición: lo que vale para la problemática del inconciente vale también, desde mi punto de vista, para todas las otras formaciones de la realidad psíquica, para todo lo que tiene una estructura de formación de compromiso, por lo tanto para el síntoma y para el sueño. Entonces, esto quiere decir que la teoría del sueño,

la producción misma del sueño podría ser interrogada desde el punto de vista en que la fabricación del sueño según Freud tiene un lugar intrapsíquico y también lugares extra-subjetivos. Lo que vuelvo a encontrar en esta idea de heterogeneidad, heterotopía y ectopía es la noción de desplazamiento, desplazamientos intertópicos, es decir de desplazamientos entre los espacios. Cómo un espacio, es decir, un conjunto de sujetos, tramita para otro lo que él mismo no puede tratar, elaborar o, por el contrario, cómo un sujeto es el que trabaja para los otros. Es por eso que hay que pagarles bastante caro a los analistas: ¡es todo un grupo el que trabaja en él para una sola persona! Lo que vale para el inconciente y lo que vale para las formaciones de la realidad psíquica que tienen la estructura de una formación de compromiso, vale también para los sistemas y las instancias. Por ejemplo, una parte del preconciente del sujeto se construye con el trabajo del preconciente de la madre. Se podría retomar a propósito de la segunda tópica lo que concierne a las instancias. Por ejemplo, la forma como los ideales colectivos intervienen para administrar los ideales de cada uno.

Ahora quisiera articular a estos desarrollos la pregunta que me plantearon ayer sobre la bidireccionalidad de la energía psíquica.²

Pregunta 4

De hecho se trata de dos preguntas que están muy ligadas una a la otra.

a) La primera alude al concepto de alianza inconciente que usted propuso el martes³ como una nueva categoría

² Un día antes había tenido lugar la conferencia «Pulsión e intersubjetividad», que publicamos en nuestro número anterior. Al final de la conferencia se le planteó al Dr. Kaës la cuestión que ahora propone retomar, por lo que se relee aquella pregunta. [N. de E.]

³ Referencia a la conferencia «La perspectiva vincular en psicoanálisis».

para una reformulación de la metapsicología psicoanalítica. Recordando que usted la había definido como una formación psíquica intersubjetiva, ¿cuál sería la relación de alianza inconciente con el concepto freudiano de investidura (*Besetzung*)? Para Freud, la *Besetzung* es una forma de energía unidireccional (quiero subrayar esto), que desde el ello o el reservorio energético, inviste una representación o un otro. ¿La alianza inconciente es un conjunto de investiduras? ¿Moviliza otro tipo de energía psíquica, primariamente bidireccional?

b) La segunda pregunta lleva esta problemática al campo de la pulsión. ¿Tendría una pulsión social o gregaria una energía y una modalidad diferentes a las que movilizan las pulsiones descritas por Freud? En efecto, la pulsión, según Freud, es un recorrido unidireccional desde el sujeto a ciertas representaciones. En su opinión, ¿existirían fenómenos intersubjetivos que movilizarían energías primitivamente bidireccionales donde no se puede distinguir claramente una fuente y un objeto? Pienso sobre todo en la pareja y en la relación madre-hijo. Finalmente, a partir de la noción de una tercera tópica, teniendo en cuenta un inconciente ectópico, ¿no habría fenómenos intersubjetivos que van más allá de la explicación de la hipótesis pulsional, incluso en su versión más amplia?

René Kaës

Ayer no pude comprender bien hasta qué punto su pregunta estaba en el centro del debate. Al releerla y asociar sobre sus preguntas, entendí mejor dónde estaba el debate con relación a Freud. Creo que entendí mejor por qué J. Laplanche no acepta mi posición sobre el apuntalamiento, porque él continúa con la teoría de 1905 y que ésta es una teoría unidireccional. Ahora bien, los desarrollos ulteriores

sis. Algunas reformulaciones metapsicológicas a partir de las prácticas psicoanalíticas plurisubjetivas», publicada en esta Revista, Tomo XXII, N° 2, 1999. [N. de E.]

de Freud respecto del apuntalamiento de la pulsión implican los aportes de 1910, principalmente las investigaciones sobre el trastorno de la visión, y todo lo que se agregó luego en 1915, y en especial la introducción de la noción de desamparo fundamental. En un artículo publicado en 1984, propuse la hipótesis de un doble apuntalamiento de la psique. En aquel momento no se me ocurrió pensar esta cuestión en términos de energía pulsional primitivamente bidireccional. Creo estar de acuerdo con esta perspectiva, se trata de una concepción a la vez post-freudiana pero de la que Freud, lo mantengo, tiene la intuición cuando da vida ante nosotros a esta escena de la satisfacción del bebé sobre las rodillas de la madre y de la madre misma satisfecha por la satisfacción del bebé. Esta escena prefigura los desarrollos ulteriores de Freud sobre la extensión del modelo del apuntalamiento, inicialmente utilizado para construir el concepto de pulsión. Es lo que intenté sostener en mi conferencia de ayer, y antes con el concepto del doble apuntalamiento de la pulsión.

La primera pregunta que usted me plantea concierne al concepto de alianza inconciente. En efecto, construí el concepto de alianza inconciente en continuidad con mi concepción del apuntalamiento, pero también apoyándome en el concepto de contrato narcisista, tal como lo propone Piera Aulagnier para dar cuenta de un conjunto de investiduras recíprocas entre el conjunto y el sujeto. Pensé que esta conjunción de investiduras recíprocas es la condición necesaria para la formación y el desarrollo de la vida pulsional, de la vida fantasmática y de los procesos constitutivos del inconciente. Esta es la respuesta a su pregunta y le agradezco haberla recentrado desde un punto de vista metapsicológico, de una manera mucho más precisa. No sé si está de acuerdo o no con la respuesta que le doy. Eso puede ser un debate.

Pregunta 5

En *El grupo y el sujeto del grupo* usted plantea tres hipótesis con relación al inconciente. La tercera hipótesis

propone al grupo como lugar de producción del inconciente en razón de la relación con las exigencias propias del conjunto en cuanto tal. Quisiera saber si prosiguió desarrollando esta proposición en lo que respecta a la especificidad del inconciente.

René Kaës

Bueno, para dar una respuesta a esta pregunta necesitaba todo el desarrollo anterior. Sí, puedo dar algunas precisiones acerca de la idea del grupo como lugar de producción del inconciente. Debo poner el acento en las exigencias de represión, represión del deseo del asesinato del padre y de los hermanos, en las exigencias de represión estructurante, en cuanto a la prohibición de la realización incestuosa y en cuanto al renunciamiento a la realización directa de los fines pulsionales. Cito aquí a Freud en «El malestar en la cultura». Por lo tanto, vean cómo la pulsión vuelve otra vez como una cuestión sobre la que el conjunto tiene un derecho de investidura, en la forma del renunciamiento impuesto. Entonces, al lado de las exigencias de represión, hay exigencias de renegación y de desmentida y vi que en la revista de ustedes publicaron el artículo de Marie Thérèse Couchoud, que habla precisamente de una situación de terapia madre-hija en la que lo que no está reprimido, o bien, lo que está renegado en la madre aparece en forma de delirio en la hija, manteniendo una y otra una alianza inconciente para garantizar el estatuto conjunto de la renegación y de la represión.

Pregunta 6 (dos preguntas)

a) ¿Puede el vínculo crear nuevas marcas ligadas a lo que es originario, por ejemplo establecer la represión primaria cuando ésta es deficitaria en el sujeto?

b) En muchos casos, en personas que han sufrido traumas de origen social, sobre todo los ligados a la represión política durante la dictadura militar, se pueden

observar patologías personales y vinculares veinte años después de vivida la situación traumática. El análisis de este tipo de situaciones muestra que lo que fue forcluido o renegado en aquel momento y los vínculos que estuvieron sometidos a un pacto denegativo («de eso no se habla»), reaparecía tanto en la vida de las personas que fueron afectadas directamente como en la de sus hijos mediante síntomas y conductas que indican la presencia de lo que no pudo ser dicho. Hemos tenido ocasión de observar la conducta de silencio sobre los hechos que habían vivido que asumían las personas que acababan de sufrir en forma directa una situación represiva muy traumática. A veces nos quedábamos perplejos ante ese silencio a propósito de lo que suponíamos se debía hablar. En el momento mismo del mecanismo de desmentida o de renegación donde se instala el silencio, ¿es un momento conciente en que se decide ocultar lo que resulta intolerable para el yo? ¿Cuál sería entonces el mecanismo intrapsíquico en juego?

René Kaës

Me parece que estas dos preguntas están ligadas y por lo tanto voy a intentar responder evocando, pero solamente evocando, el interés del trabajo del grupo con los psicóticos. Esto plantea precisamente la pregunta, ¿en qué el trabajo del grupo tiene una pertinencia particular en las experiencias de ruptura de la membrana de paraexcitación tales que el yo y la parte preconciente del yo se encuentran desorganizadas de tal modo que precisamente la vida pulsional está hiperexcitada sin ligazón con un objeto o reducida a lo inerte, anonadada? Me parece que en efecto el grupo está precisamente en condiciones de proporcionar la función de paraexcitación de suplencia y relaciones identificatorias que acompañan a la formación de las funciones de paraexcitación o que las reparan en la medida en que está sostenido desde afuera y en que la pulsión de muerte que llega a arrasar al aparato psíquico no es contrarrestada por el aparato paraexcitador externo. Pienso que la utilización de situaciones de grupo, y más particularmente ese

tipo de grupos como el psicodrama psicoanalítico, es un instrumento notable en el tratamiento de esas renegaciones, de esas desorganizaciones del aparato de simbolización, del aparato de pensamiento debido a que el psicodrama propone desplazar sobre la escena de un juego (voy a hacer un juego de palabras en francés) el espacio donde el yo puede reconstituirse.⁴ Para retomar la pregunta que atañe a los traumatismos de origen social, aunque no en la experiencia argentina, estoy familiarizado por diferentes dispositivos con situaciones análogas, principalmente en las últimas guerras europeas, y por lo que vivió mi generación durante la guerra de Argelia, y porque mi generación, siendo yo niño, vivió también la segunda guerra mundial, la desaparición o la reaparición de los que habían sido enviados a los campos de concentración. Efectivamente, esta necesidad interna de una generación de silencio es notable en todas esas situaciones. ¿Por qué? Hay sin duda varias razones. Quisiera dar una que aparece a menudo en la clínica y que está ligada a «perplejo», a la perplejidad. Yo utilizaría un término aún más fuerte en mi contratransferencia. Cuando trabajo en situación psicoanalítica de grupo en el que se utiliza el psicodrama para elaborar situaciones traumáticas, regularmente en la transferencia yo soy el asesino, soy la madre mala, soy el que tortura y soy el que es convocado a hacer una alianza de silencio con los que vivieron esta experiencia traumática, a la vez para protegerme y para protegerlos para que esta experiencia de contacto con la experiencia traumática no sea nuevamente destructora. Debo asumir la responsabilidad de toda la carga traumática, la carga de la investidura, de la contrainvestidura traumática que, en cierta manera es una carga desligada de la palabra. Debo tomarla en mí, hospitalizarla y esperar los sistemas de representación desplazados que van a permitir proporcionar representaciones utilizables o no. Pero algo habrá sido dicho en el desplazamiento por el juego, por la figuración, por el trabajo de puesta en figurabilidad, en lo que consiste esencialmente el trabajo del psicodrama en su ligazón con la palabra. El psicodrama es

⁴ Se refiere a la homofonía entre «jeu» (juego) y «Je» (Yo). [N. de la T.]

el relato de un sueño y para que este relato de sueño se produzca, es preciso que la experiencia traumática no produzca una pesadilla; la condición para que el sueño exista es que las implicaciones traumáticas de la sexualidad y las implicaciones traumáticas intrapsíquicas y de todas las formas de la sexualidad hayan sido superadas por una simbolización primaria en la que el sueño puede entonces operar. Lo que falta a esta generación son las herramientas de la simbolización primaria. Si intervenimos de una manera demasiado intrusiva, reforzamos, hay pues un tiempo de silencio que es psíquicamente necesario para la elaboración ulterior. Y a todos nos resulta difícil soportar esto porque quisiéramos que las víctimas protestaran inmediatamente y porque quisiéramos nosotros mismos ayudarlos a trabajar lo que estaba en juego. Cuando se trata de un trauma colectivo, ¿en qué relación está el problema psíquico con el problema político? La dimensión política tiene quizás interés por razones políticas en que el necesario proceso psíquico produzca silencio. Pero si somos intrusivos en el campo psíquico ¿qué es lo que posibilitamos para la generación ulterior? Esta es una cuestión que corresponde a la forma como se articulan los tres espacios.

Pregunta 7

¿Ampliaría el concepto de la función represora del porta-palabra en los mecanismos de renegación y forclusión?

René Kaës

He contextualizado la pregunta con relación a lo que acabo de decir. En el modelo de Piera Aulagnier, la segunda función del porta-palabra es efectivamente una función organizada para el advenimiento de la represión. La madre aporta las palabras de las prohibiciones estructurantes. Evidentemente, sólo puede aportarlas si ella misma está en relación con la metáfora paterna. Entonces, en efecto, cuando esta segunda función no se produce, la palabra materna

sostiene la renegación, es decir la creencia en la renegación de la castración. Bueno, ésta es una respuesta relativamente clásica. ¿Qué podemos hacer con esta pregunta en la situación que acaba de ser evocada hace un instante a propósito del trauma? No tengo una respuesta muy compleja, pero indico simplemente que puede ser útil referirse a una palabra que sostiene la renegación cuando esta palabra es intrusiva y por lo tanto no permite la represión. Bueno, eso es una línea de investigación que, con relación a lo que se dijo, supone que el trauma no sea el trauma del sujeto traumatizado y no sea captado por quien lo trata. Aquí rindo homenaje al trabajo de Janine Puget y Wenders sobre los mundos superpuestos porque se puede incluir en su problemática esta cuestión de la elaboración del trauma.

Pregunta 8

A menudo usted utiliza, además de los conceptos tradicionales de «representación de cosa» y de «representación de palabra» [*«représentation de mot»*], el de *«représentation de parole»*. En una entrevista publicada en 1992 en Buenos Aires usted indicó al respecto que el hecho de hablar, el hecho activo de hablar, tiene un efecto movilizador y de transformación de la representación de cosa y de la representación de palabra, y entre esas diferencias, está el fenómeno de representarse y decirlo. ¿Podría explicar en qué consiste esta *représentation de parole* y de qué manera el hecho de hablar moviliza y transforma las representaciones de cosa y de palabra? La *représentation de parole*, ¿se organizaría según las leyes del proceso secundario o más bien se organizaría como los procesos terciarios, tal como los propone A. Green, es decir como procesos de puesta en relación entre procesos primarios y secundarios?

René Kaës

Gracias por esta pregunta, es central en la epistemología del psicoanálisis y en los modelos de referencia de la con-

ducción de la cura. Para Freud la palabra *MOT* [palabra-término] tiene dos estatutos diferentes. En primer lugar, se trata de designar ese tipo de representación que une la cosa a un símbolo y que separa la cosa de la palabra. Hay otra problemática de la palabra [*parole*] en Freud que es la del acto de palabra, la del hecho de hablar y no simplemente de tener un sistema de significación. El primer estatuto de la palabra [*parole*] en Freud, encuentra en Saussure un modelo lingüístico que el psicoanálisis vía Lacan pudo trabajar de una manera interesante. Pero existe otro modelo de lingüística que permite dar cuenta del otro estatuto de la palabra [*parole*], el que está más bien ligado a las investigaciones de Bakhtine, donde se trata del hecho de hablar, del acto intersubjetivo de hablar que evidentemente incluye el estatuto de la palabra-término [*mot*] como distancia con relación a la cosa y que por lo tanto pone el acento en la palabra dirigida a alguien, a un otro de un otro (siendo el analista el mediador del otro del otro). Esta palabra dirigida es una palabra que produce efectos, apunta a producir efectos. Es una palabra ACTO. Porque es una palabra ACTO, es el nivel donde en la cura aparece la motricidad, que es un componente del preconciente. Por lo tanto, lo que justifica una distinción entre palabra-término [*mot*] y palabra hablada [*parole*] son los movimientos musculares de la fonación, la aplicación corporal de las huellas mnémicas, la transferencia y el dirigirse de la palabra. Podemos tener una intuición inmediata de estas distinciones cuando en el diván uno se cuenta su sueño a sí mismo: ¿produce esto los mismos efectos que cuando uno cuenta su sueño al analista? En efecto, las representaciones de palabra hablada corresponden con precisión a lo que Green llama los procesos terciarios, que son justamente procesos que articulan lo primario y lo secundario, pero creo que por mi parte prefiero articular las representaciones de los actos de palabra con la transferencia. Lo proferido implica un tono, un estilo, un dirigirse que lleva la huella de la forma como hemos recibido la palabra, como hablamos con el porta-palabra.

Pregunta 9

Su idea del apuntalamiento en el otro, en el grupo, ¿amplía o transforma el concepto de la transferencia? En ese caso, ¿qué consecuencias tendría esto en la clínica, la técnica, la teoría y la metapsicología de los vínculos?

René Kaës

En ese caso creo que se trata de procesos diferentes sobre los que se puede establecer una relación. La transferencia es clásicamente la reactualización de las escenas de relación con los objetos de la sexualidad infantil, es también una reestructuración y se puede decir además que también es una invención, una creación de lo que no pudo constituirse. Estos tres aspectos de la transferencia son diferentes del proceso del apuntalamiento. Ya hemos dicho algo sobre el apuntalamiento. Lo que podemos decir es que la transferencia es particularmente difícil cuando hubo una falla en el proceso del apuntalamiento y volveremos sobre el problema del co-apuntalamiento, del apuntalamiento recíproco y de la bidireccionalidad. Cuando se produce una falla en esta constitución de la pulsión, podemos esperar efectos en la transferencia, pero se trata de dos procesos que tienen consistencias y finalidades diferentes.

Pregunta 10

El trabajo del preconciente tal como usted lo describe en sus últimos trabajos, ¿considera la posibilidad de una transformación al nivel de la fantasía inconciente, en cuanto a un incremento de la complejidad estructural, sin la necesidad de llegar a la adquisición de conciencia? ¿Puede haber crecimiento psíquico sin que lo inconciente se haga conciente?

René Kaës

Ya he hablado del trabajo del preconciente. Estoy de acuerdo, no puede haber crecimiento psíquico sin que una parte del inconciente devenga conciente por el trabajo del preconciente; pero el crecimiento psíquico implica además que todo no devenga preconciente y que todo lo que es preconciente no devenga conciente. Estoy seguro de que los artistas están de acuerdo conmigo. Pero quizá también los psicoanalistas...

Pregunta 11

En *El aparato psíquico grupal* usted trabajó el concepto de representación social, ligado a la organización de las representaciones psíquicas y a las fantasías. Luego, aparentemente abandonó este concepto. Este ha sido y es incluso hoy trabajado a partir de orientaciones psicoanalíticas. ¿Considera entonces que los conceptos de representación social y de sistemas sociales de representación ya no son necesarios en su teoría, dado que quedarían subsumidos en el concepto de organizador sociocultural y de organizadores de la representación?

René Kaës

En cuanto a las representaciones sociales, ya no he recurrido a esta problemática en la medida en que se trata de un concepto de la psicología social, que no da cuenta de los componentes inconcientes de esas formaciones. Pero está claro que a lo que apunta esta noción de representación social no debe excluirse del campo de la investigación psicoanalítica: en la medida en que este concepto permite dar un contenido a los sistemas de representaciones comunes y compartidos y en que éstos concurren a la estructuración conjunta de la vida psíquica inconciente y de la organización sociocultural, conservo esta noción, con la condición de reconstruirla en el campo del psicoanálisis. Por

ejemplo, me he interesado mucho en la función del cuento en el trabajo psíquico y en la función del cuento en el funcionamiento de los grupos. Escribí varios artículos sobre el modo como el cuento es utilizado como apoyo del trabajo del preconciente, es decir, para mencionarlo rápidamente, sobre esas formas de figuración y de pre-simbolización en las que puede apoyarse un proceso de simbolización intrapsíquica. En 1980 escribí un libro sobre la ideología. En esta obra estudio cómo se constituye la ideología en el campo intersubjetivo y cómo funciona según lógicas y procesos distintos, pero no obstante articulables. No trabajé la ideología en el campo político porque primero quería establecer los conceptos en los campos que conozco mejor, sobre la base de la cura individual y del trabajo psicoanalítico en situación de grupo. También hice una investigación sobre la utopía, y la estudié como género filosófico, sistema social y construcción psíquica. La clínica en la que construí mis análisis fue principalmente la de los niños, los adolescentes y los adultos en grupo. En todas estas investigaciones, ¿qué es lo que me interesa? Son las predisposiciones significantes utilizables en la función interpretante que esos sistemas de representación sociales (y culturales) aportan al sujeto. Este puede utilizar ese «ya-ahí», ese «tesoro de los significantes», como decía Lacan en el Congreso de Roma, ya sea para abrir la vía del inconciente hacia el preconciente o del preconciente hacia lo conciente, ya sea para cerrar esta vía. Es así como la ideología garantiza dos funciones principales: una función estructurante y una función alienante. De todos modos, la ideología siempre tiene que ver con la omnipotencia de la idea. Por lo tanto, tiene como correlato su puesta a prueba de la castración: la ideología siempre tiene que ver con el ideal, es el discurso del ideal en tanto éste asegura una función unificadora en el grupo y por lo tanto, como el mito, la ideología tiene una función identificante. La ideología tiene también una relación con el ídolo, es decir que la ideología es una «ideología», una «idea-logía» y una «ido-logía». De estos tres discursos está hecha la ideología. Atraviesa el campo intrapsíquico, interpsíquico y transpsíquico. Estas formaciones colectivas y principalmen-

te la ideología tienen una función particular en todas las situaciones donde las rupturas, los derrumbes, no se pueden elaborar como crisis; en ese caso juegan una función de sutura. La ideología, al dar una respuesta por adelantado a la cuestión de la causa, supone por anticipación la crisis resuelta. Por lo tanto, viene a funcionar en la renegación cuando los ideales están amenazados, cuando el ídolo o el fetiche no ha cumplido su función. El trasfondo del desarrollo de la ideología alienante es la insuficiencia de la función paterna en su aspecto estructurante. Cuando un discurso ideológico se instala de esta forma, y cuando organiza los pensamientos y los ideales de tal modo que éstos se alienan en la omnipotencia de la Idea y del Idolo (del fetiche), los que sufren la ideología o se autoalienan en ella, tienden a responder simétricamente por efectos de idealización, de omnipotencia de la idea, y de fetichización en su propio grupo o a través del jefe que lo representa.

Pregunta 12

Usted desarrolla la idea de los conjuntos transubjetivos, de los pactos denegativos y de las alianzas inconcientes. Estas ideas nos son muy útiles en la comprensión de los procesos psíquicos y en el psicoanálisis extramuros. Entendemos que inscribe estas formaciones, en ciertos casos, en el concepto de negatividad. Dado que este concepto está impregnado de la filosofía de Hegel, ¿no piensa que esto fuerza al psicoanálisis hacia un modelo filosófico idealista que no es necesario para comprender las ideas que usted propone?

René Kaës

¿Cómo el concepto de negatividad puede estar impregnado por una filosofía, y principalmente por la filosofía de Hegel? Su pregunta obliga a pensar precisamente la relación entre la elaboración psicoanalítica y una *Weltanschauung* totalizante. Lo propio de Hegel es justamente

haber roto las bellas totalidades. Creo que se puede hablar de negatividad y de negativo en el campo del psicoanálisis sin necesariamente correr el riesgo del idealismo. Debo responderle rápidamente sobre este punto: la problemática psicoanalítica de lo negativo se construyó en primer lugar a partir de la clínica y sobre las elaboraciones de Freud, sobre el rechazo, la negación, sobre la renegación y sobre el clivaje. Pienso particularmente en el análisis que Freud hace de la *lengua fundamental* de la fantasía en el análisis de Schreber y de las diversas maneras de contradecir la proposición central de la homosexualidad masculina. La construcción psicoanalítica de la categoría de lo negativo se apoya sobre los trabajos ulteriores, post-freudianos, que se centraron en la elaboración de la falta en la alucinación negativa. Me parece que ninguna de estas categorías de lo negativo está particularmente marcada por el hegelianismo. Pero es verdad que el hegelianismo, que marcó a Lacan, se vuelve a encontrar en ciertas utilizaciones de la noción de negativo en psicoanálisis. En lo que a mí respecta, no creo que Hegel esté presente cuando hablo de la negatividad. Pero nunca se sabe, ¡voy a releer lo que escribí sobre la negatividad!

Juguete e infancia *

Griselda Santos **

Catalina Saragossi ***

- (*) Este trabajo es una producción de la investigación «El juguete como objeto semiótico» UBACYT Ps 024. Además de las autoras, participaron de la misma la Lic. Nora Fornari como investigadora principal y la Lic. Ruth Kazez, durante un año, como auxiliar de investigación.
- (**) Miembro Adherente de AAPPG. Profesora Adjunta a cargo de tareas de investigación en la Primera Cátedra de Psicología Evolutiva de la Niñez, Facultad de Psicología, U.B.A.
Timbó 1881 (1406) Capital Federal.
Tel. 4632-4234. E-mail: gsantos@psi.uba.ar
- (***) Profesora Adjunta a cargo de tareas de investigación y de Extensión Universitaria en la Primera Cátedra de Psicología Evolutiva de la Niñez, Facultad de Psicología, U.B.A.
Viamonte 2909, 12 «A» (1213) Capital Federal.
Tel. 4961-9686

...«no se “utiliza” un juguete, se utilizan variaciones posibles»... «es un objeto particular que no podrá ser funcional, previsible, realista, sin aberración; puesto que será tanto más juguete en la medida que deje un “juego”, un vacío de determinación que permitirá inventarlo... hacer jugar el objeto»...

Juliette Grange, en *Juegos y Juguetes*
(1981)

Detenerse a mirar la vidriera de una juguetería pone en contacto con una variada y sofisticada oferta de despliegue tecnológico en el que se reproducen, en pequeña escala, objetos que representan valores de nuestra época actual: desde telescopios en miniatura y carritos de supermercado, hasta reproducciones de los últimos modelos de automóviles, pasando por los juguetes electrónicos y las innumerables variedades de *Barbies*, muñecas y muñecos de peluche. Los juguetes se multiplican en variaciones diversas de lo mismo y promueven desde fascinación hasta extrañamiento. Una cuestión es si ese mundo de objetos que convoca —en adultos y niños— a un territorio signado por la fantasía donde los objetos pueden ser modificados como tales, hegemoniza de manera casi absoluta la posibilidad del juego. En el juego de un niño, por definición, el juguete no es el objeto determinado que parece ser, su materialidad será una y mil veces transformada imaginariamente: un tablero de damas puede convertirse en una carpa para cobijar a un soldado malherido y en otro momento resultar un túnel a ser atravesado por un superhéroe. En ese sentido, el juguete, como signo, es frágil y efímero, es re-inventado en cada acto lúdico. Pero, como objeto que circula fuera del juego ¿cuál es su posición? Despejar este interrogante nos conduce a otras consideraciones. En su dimensión de objeto producido por los adultos para ser manipulado, poseído o coleccionado por el niño, el juguete porta múltiples significaciones. Por un lado vehiculiza la carga simbólica de las condiciones de su época y los valores de la cultura dominante. Así, el saber tecnológico propone objetos liga-

dos a la informática y a la electrónica, teléfonos celulares, computadoras de juguete, por mencionar sólo algunos de aquellos juguetes que reproducen objetos del mundo de los adultos. Este universo de juguetes, caracterizado por la profusión y la sobresignificación, promueve varios interrogantes: ¿la sobreabundancia, modifica los vínculos con ellos? Una nena dice: «los juguetes me aburren...», refiriéndose a que no sabe a qué jugar, qué elegir entre tantos objetos superpuestos. ¿Acaso pierden la capacidad provocativa necesaria? ¿limitan la manipulación transformadora del niño que juega y los introduce en una imitación de la vida adulta? Barthes (1994, {1957}) refiriéndose a los juguetes franceses con estas características dice «...al prefigurar *literalmente* el universo de las funciones adultas preparan al niño para que las acepte, en su totalidad»... (pág. 60) y abre así a conjeturar que promueven la adaptación del niño antes que estimular la posibilidad de re-crear ese mismo mundo. La bastardilla, del autor, acentúa la característica de concretud que deja poco espacio a inventar y apropiarse del mundo. Más bien se estimula a ser propietario del juguete como objeto, propuesta que, en todo caso pensamos atraviesa a todos los juguetes cuando quedan posicionados como objetos para usar y consumir. Nos parece que la reproducción aludida, en un punto siempre es «desfasada» porque remite a una parcialidad y no a una realidad íntegramente significada. Como producto semiótico, que incluye otro nivel de significación, alberga la posibilidad, en ciertas condiciones, de hacer «jugar» en él una interpretación del mundo.

Por otro lado, la insistencia en presentarlos como objetos maravillosos que representan todo lo que un niño anhela tener ¿responde a una representación de niño que tienen que sostener los adultos? ¿suscita una relación más ligada a su posesión, a tenerlos, que a la apropiación lúdica?

A su vez, también es de considerar que se ponen en juego las relaciones afectivo-imaginarias del adulto con el lugar del niño a quien se los destina. El juguete es portador de sentido y opera como signo de algunos elementos de

nuestra realidad. En esa dirección, su proliferación y sobredimensión daría cuenta de una yuxtaposición en la que el juguete es jerarquizado como objeto.

Ahora bien, la tendencia crítica a considerar a los juguetes más elaborados, sofisticados y complejos como obstaculizadores de las posibilidades creativas del niño, propone –como reacción– reemplazarlos por juguetes despojados de esos atributos, por otros de materiales naturales (madera, tela) y formas simples, juguetes ecológicos, etc. Con relación a esta oposición entre juguetes complejos y estructurados versus juguetes que retrotraen a la naturaleza –sin introducirnos en la subjetividad de los niños cuando juegan– entendemos que sustituir una tendencia por otra, deja por fuera un aspecto del problema. La preocupación por *cómo debe ser* el juguete, e incluso *cómo debe ser* el juego del niño responde, en todo caso, a una intencionalidad del adulto respecto al mismo para que cumpla las expectativas depositadas en él.

¿El juguete es cosa de niños?

Que el juguete puede no ser sólo *cosa de niños*, nos condujo a plantearnos una investigación, que denominamos «El juguete como objeto semiótico», dirigida a indagar en los adultos las relaciones entre juegos y juguetes de su infancia y la de sus hijos. Pensamos que los juguetes, por su referencia a «niño», son una vía privilegiada para indagar algunas problemáticas del vínculo entre el adulto y el niño. Ya mencionamos que, como objeto producido *por* los adultos *para* los niños, el juguete se inscribe en el proceso de producción y transmisión de significaciones perteneciente a un universo social. En esa línea, como *práctica social*, da cuenta del lugar que ocupa el niño en una cultura determinada. Por ejemplo, entre los aztecas, ya desde el nacimiento se depositaban juguetes a un lado del pequeño: si era varón, escudos, lanzas o instrumentos de trabajo; si era niña, telares y utensilios de cocina en escala reducida. Se esperaba que, cuando fuesen grandes, se con-

virtieran en bravos guerreros o trabajadores y las niñas en buenas esposas y madres (Díaz Vega, 1997). Pero ¿cuál es la diferencia con los objetos-juguetes licuadoras, armas, camiones, juegos electrónicos, etc. que se agolpan en las jugueterías actuales? ¿qué transformaciones se han producido? ¿a qué niño están destinados?

Fuimos planteando que los juguetes portan los valores del grupo y de su época, no sólo a través de las modificaciones del material, de la estética o de la inclusión de tecnología, sino fundamentalmente porque admiten una *práctica social* que remite a un sistema de relaciones complejas que incluyen propuestas identificatorias. Este sistema implica una dimensión de significación asociada con ideales y modos de transmisión. Una diferencia que se puede señalar, es el cambio producido en los modos de transmisión, actualmente descentrados de los vínculos familiares y hegemonizados por otras instancias. Son varios los autores (Denieul, Renaud, Grange, Broughere, 1981; Benjamin, 1989) que ubican en el siglo XIX los primeros objetos-juguetes que llegan a los niños por fuera del sistema familiar. Es decir cuando se incorporan, como otros objetos de consumo, al circuito mercantil. Estos estudios proponen pensar los cambios del juguete en la actualidad con los cambios sociales y culturales que se han producido. En ese sentido la modificación no es sólo del objeto-juguete, como materia y forma, sino de su circulación y del sistema de relaciones que remite a un status de niño en nuestra cultura.

En este aspecto es interesante el trabajo de J. Grange (1971) cuando investiga la trayectoria histórica del trompo desde una perspectiva etnológica. Este juguete, en sus inicios, era un instrumento de juego ritual comunitario. Sus dimensiones, forma y material respondían a ese sentido. Su transformación material, en el curso de los tiempos, está asociada con el cambio del lugar social que ocupa; su tamaño y forma actual se corresponden con un juguete individual, destinado a un niño pequeño. En esa dirección, esta antropóloga define el objeto-juguete como «...una *función* que se desempeña en el interior de un nudo complejo

de relaciones diversas (el “mismo” objeto puede, en contextos diversos, ser diferente)» (pág.142). Además, propone un análisis del juguete desde el punto de vista de la materia maleable y el espacio simbólico al que remite. Conceptualiza la evolución del juguete como un proceso que marca el paso de un «objeto símbolo» a un «objeto signo». El primero, sólo existe en el conjunto y tiene como referencia a una concepción del mundo que ordena la realidad, permite ser soporte de representaciones simbólicas. Como «objeto signo» define a aquel que, en general de hechura compleja, es superficie de representaciones y responde a una representación de elementos aislados, fragmentada de la realidad. Se correspondería con la mayoría de los juguetes actuales, objetos individuales de materiales y estructura compleja que jerarquizan lo visual.

El juego y el juguete

A su vez, como objeto catectizado, la riqueza simbólica del juguete no está, como ya planteamos, en su naturaleza material. Se despliega en la transformación que puede operar quien lo manipula: el juguete es durante el juego *sostén de representaciones*, al mismo tiempo que se presta para tomar en él la significación que el niño quiera darle, siendo de ese modo también incorporado a una distinta legalidad.

Nuestra postura teórica supone que el juguete participa en el juego pero *no lo determina*: opera como un disparador que, en una peculiar combinatoria, sostiene una historia en juego. El juguete convoca la propia fantasmática y es transformado en su dimensión de significación consensuada cuando se «pone en juego» lo subjetivo de quien juega (una simple canoa puede transformarse en barco pirata capaz de arrojar temibles bombas sobre una fortaleza que minutos antes había sido una estación de servicio). Los intercambios representativos que el niño realiza en su jugar ordenan su propio mundo subjetivo, articulado con esos objetos, productos de su cultura, que le permiten construir una visión personal de sí y del mundo.

También pensamos que cuando el juguete es más significado o estructurado se introducen otras variables, un ejemplo puede ser la manipulación del objeto. No es lo mismo un juguete que requiere de la visión y la opresión de un pulsador que aquél que compromete el cuerpo en otra dimensión. Si bien en nuestra investigación no hemos indagado qué efectos tiene el objeto juguete actual en la subjetividad de quien juega, porque no es un objetivo planteado, nos resulta interesante abrir una futura indagación en ese sentido.

Al situar el objeto-juguete como centro de múltiples relaciones y representaciones, nos encontramos con problemas complejos. Cuando nos propusimos investigar el juguete, esta complejidad de los niveles en juego nos condujo a ubicar algunas intersecciones y dejar de lado otras. Decidimos recortar de este universo los objetos «fabricados» y ofrecidos al niño como juguetes, para centrarnos en su magnitud semiótica, es decir, como intersección de relaciones que dicen algo diferente del juguete mismo. Dejamos de lado los que construye el mismo niño, o sus padres, y aquellos otros objetos no juguetes, que el niño vacía de su significado habitual para transformarlos en objetos lúdicos. Nos interesamos, pues, en *el juguete como portador de representaciones socio-simbólicas, pero articulado con las representaciones que de sus juegos y juguetes, a su vez, tiene el adulto que los ofrece a sus hijos*. Pensamos que el juguete se sitúa en un punto de convergencia entre el niño y su universo, mediatizado por los vínculos libidinales con los otros humanos y en un nudo de transferencias. Consideramos entonces que una variable que podía ser analizada era el adulto como generador y mediador de objetos juguetes.

A propósito de la investigación

En la dirección, ya planteada, nos propusimos indagar la historia libidinal de los adultos con sus propios juguetes y la propuesta de los mismos a sus hijos. ¿Qué lleva a un

adulto a elegir determinados juguetes? Buscando respuestas a esta pregunta nuestra investigación incluyó dos niveles de indagación:

1. Observación en jugueterías de los juguetes que adquieren los adultos para los niños.
2. Administración de una entrevista semiabierta, orientada a indagar sobre:
 - Juegos y juguetes de su infancia.
 - Universo de juegos y juguetes de sus hijos.

La muestra estuvo constituida por 26 sujetos de entre 21 y 50 años, 22 madres y 4 padres, de un medio social urbano, con hijos de 18 meses a 10 años.

Con relación a la observación en jugueterías, es interesante destacar que el 35,7 % de los adultos que compraron juguetes requirieron el asesoramiento del vendedor. Se podría pensar que a él se le adjudica un conocimiento especializado sobre el objeto lúdico y su adecuación a la edad e intereses del niño. ¿Es desplazado el «saber» hacia los «especialistas»? En este caso se privilegiaría el saber sobre el objeto-juguete por sobre el saber que tiene el adulto ligado afectivamente con el niño. Corea, C. (1999) plantea que la publicidad borra diferencias entre el adulto y el niño cuando los ubica a ambos como consumidores en situación de paridad, en ese caso no hay una diferencia entre el saber del niño y el adulto. Nosotros pensamos que, de manera semejante y en líneas generales, en la consulta al otro interviene una jerarquización del conocimiento sobre el objeto que lo sitúa en un ordenamiento que desdibuja el propio saber sobre el niño.

Por otra parte se observa una cierta recurrencia en los juguetes que se solicitan. Se puede conjeturar que las similitudes de juguetes, en cuanto a tipos y características, posibilitan a los niños de una cultura elaborar significaciones compartidas (Rossie, 1994), reforzadas, en este caso, por los modos de producción y circulación de aquellos. Las muñecas y los accesorios ligados a lo estético (set de belle-

za), a lo maternal y a lo cotidiano configuran un alto porcentaje de los juguetes que los adultos compran a las niñas. Si bien esto está en consonancia con las preferencias propias de las niñas en el período de latencia, en la estructuración de la propia identidad, pensamos que esta elección también está representando expectativas asociadas al género. La cantidad, variedad y estructura de los objetos-juguetes modifican los modos de representar lo femenino. Por ejemplo, la variedad de muñecas y muñecos de peluche, tal vez permite hipotetizar, de acuerdo con algunos autores (S. Bleichmar, 1997) que está asociada con representaciones que aluden a la diversidad de matices del amor. La maternidad, la sexualidad, la ternura, la dependencia y la autonomía complejizan actualmente lo femenino. La variedad de oferta de muñecas proporciona una multiplicidad de alternativas: aquellas que por sus características pueden ser ubicadas en el lugar de hija/o, bebé; las que, como las *Barbies*, facilitan la escenificación de relaciones amorosas, actividades ocupacionales, sociales, de ideal estético; los muñecos de peluche, que parecen estar asociados con afectos tiernos y de cuidado maternal.

Respecto de los varones, observamos que los juguetes directamente ligados a la temática bélica (armas, tanques) ocupan un bajísimo porcentaje y pensamos que ésta se halla desplazada en otros juguetes, sobre todo muñecos y accesorios de seres de otras galaxias, en los cuales esa temática aparece encubierta en cuestiones de poder y dominio. Podríamos decir que está sobredimensionado el plano de los superpoderes. Sin embargo, son juguetes y muñecos, quienes los portan, lo que implica otra manera de involucrar el cuerpo.

Un bajo porcentaje de juguetes adquiridos corresponde al desarrollo de habilidades. Entre éstos se incluyen: juegos de encastre y para armar, pelotas, patines y patinetas.

Los juegos de mesa, cuya temática está centrada en la competencia, se ubican en una franja intermedia. Observamos una cierta disociación entre lo enunciado en las entre-

vistas y estos datos, pues no hay en ellas ninguna referencia a estos juegos.

Indagación del comportamiento de los adultos con los juguetes

Indagamos a qué jugaban de niños, qué características tenían esos juegos, qué recordaban de sus juguetes y, en el marco del vínculo con su hijo, el lugar del juego y del juguete.

En cuanto a los datos obtenidos en las entrevistas nos interesa puntualizar:

Todos los entrevistados respondieron a la pregunta sobre juegos y juguetes de su infancia con un relato; es decir con un argumento que organizaba el recuerdo de manera singular. No hubo ninguna respuesta que mencionara solamente el nombre del juego o del juguete, por el contrario, fueron relatos caracterizados por una fuerte carga emotiva. Podemos decir que, al indagar la historia personal de juegos y juguetes de los adultos, se penetra en la *historia mítica* de la propia infancia: aspectos inconcientes y emociones intensas se producen en estos relatos. A su vez, si consideramos que en nuestra cultura los juguetes son objetos especialmente destinados a los niños, en ese sentido connotan el amor hacia ellos. Aluden, fundamentalmente, a vínculos con los otros (hermanos, amigos, familiares) y a relaciones afectivas representadas en las relaciones con los objetos-juguetes. Por ejemplo, una entrevistada dice: ...«jugábamos con mi hermana largas horas... con las muñecas, hermosísimas, que nos traía papá cuando se iba de viaje...»

Por otro lado, al referirse a los juegos del hijo, las respuestas son diferentes según la edad de éste. Es interesante que la mayoría de los entrevistados, para hablar del juego hace referencia a los juguetes *con* los que el niño juega. «...juega *con* autitos, muñecos... (Zodiaco, Xman, Powers, no sé cuáles, etc.), *Barbies*, etc....» De este modo, para

referirse al juego del hijo dicen con *qué* juguetes lo hace y en ese caso el juguete reemplaza al nombre o tipo de juego. El desplazamiento que hacen los adultos del juego al juguete sería una manifestación de cómo éstos han ocupado el espacio lúdico.

En cambio, en los niños menores de dos años, aparecen los padres como sostén del juego y partícipes directos; son proveedores de juguetes u objetos que son usados como tales. Son quienes los introducen y esto se corresponde con que los niños no formulan aún demandas específicas. La significación que en esta circunstancia toman los juegos, los juguetes y objetos utilizados, refiere a la historia del adulto implicado.

Para los adultos, los juguetes, en *cantidad y variedad*, son el soporte del juego del niño. La motivación manifiesta es que éstos son ofrecidos al hijo para estimular funciones, jugar y entretener. Nos resultó significativo que no hubo ninguna respuesta que incluyera el compartir. Podríamos pensar que están dirigidos a un niño que juega solo dentro del espacio de su casa, separado de los adultos. La calle, antes lugar espontáneo de encuentro y socialización, ha pasado a ser, en el medio urbano, sólo un espacio de circulación y tránsito desde el ámbito cerrado de su casa a otros: escuela, clubes, instituciones y eventualmente la casa de algún amigo. Se desplaza el juego compartido a la cantidad y variedad de juguetes. La ocupación laboral de los adultos, la ausencia concomitante y el espacio reducido, parecen situar al niño solo o en espacios institucionales organizados; en esas condiciones los objetos juguetes ocupan las categorías mencionadas.

En general se los reconoce como una posesión de los niños y a través de ellos se recrean, no sólo aspectos de la propia historia infantil de los adultos representada por los juguetes, sino también actuales. Nos referimos a que pareciera que los adultos quieren que sus hijos tengan acceso, a través de los juguetes, a un mundo complejo. Desde allí se le adjudica al juguete la capacidad absoluta de determinar

y/o favorecer la subjetividad del hijo. El valor se centra en el objeto mismo; su eficacia parece estar en él, no hay otras referencias. Se le atribuye tanto la posibilidad de incrementar la capacidad cognitiva del niño, las habilidades motoras, creativas, como la de estimular impulsos agresivos o anular creatividad, imaginación y autonomía. Podríamos pensar que esta suposición también está implícita en algunas críticas a los juguetes actuales. «...Preferimos los juguetes poco estructurados porque estimulan la imaginación y la creatividad...», dice H., padre de una niña de 4 años.

Algunos entrevistados expresaron críticas a muñecas *Barbies*, a juguetes de guerra, industriales y juguetes virtuales o propuestos por la televisión. Aunque con diferentes argumentos, lo común del cuestionamiento es que no son valorizados como tales por ellos e invaden el espacio lúdico de sus hijos. Pensamos que la inclusión de juguetes en lo familiar, desde un medio no-familiar (publicidad, ofertas comerciales, etc.), transforma una direccionalidad mediatizadora de los padres. Es decir, *la demanda de juguetes de los hijos responde, en general, a las propuestas de los medios y la publicidad*. Este modo introduce una integración del niño en la cultura donde la familia es desplazada como intermediaria. Es el niño quien propone y esta modificación en la dirección de la circulación de los juguetes mueve procesos de elaboración singulares, que transforman las relaciones. Los padres hacen, o no, lugar a objetos extraños, ajenos a su propia representación de juguetes. Hay quienes entran en la alternativa de ofrecer lo «complejo» para que sus hijos no queden al margen de una sociedad tecnificada y, en el otro extremo, están quienes excluyen la televisión de su hogar y ofrecen solamente juguetes construidos por ellos. La crítica a los juguetes industrializados se centra especialmente en aquellos de material plástico que no admiten la impronta del niño, sus marcas personales, y a su vez portan la cualidad de ser reemplazables y descartables. Resulta interesante que la preocupación por los modos de introducción de los juguetes en el espacio familiar la planteen, en general, los más

jóvenes. Relacionándolo con estudios y ocupación de los entrevistados, también podríamos conjeturar que esta actitud crítica responde a un perfil de esta muestra, donde son frecuentes las racionalizaciones acerca de los valores mercantilistas de la cultura hegemónica. Fundamentalmente se cuestiona a un modo de transmisión de valores, asociados con la violencia, la femineidad-masculinidad, la virtualidad, la incidencia de los medios en la propuesta de juguetes y el estímulo a reemplazar los objetos a través de materiales y modelos perecederos (consumismo).

A la pregunta «¿qué juguetes proponés y por qué?» observamos, como ya enunciamos, que no se registra en la motivación manifiesta el valor «para compartir». La mayoría ofrece una multiplicidad de juguetes con la intencionalidad de estimular el desarrollo del hijo. En segundo lugar, «para que jueguen» y unos pocos lo hacen para que los niños «se entretengan solos». Estos últimos casos coinciden con madres que trabajan dentro de la casa o estudian. En algunas entrevistas aparece la sobreoferta como modo de reparar la carencia de juguetes o algún otro anhelo de la propia infancia, tal como ser el centro de interés de los adultos. En otras, la sobreoferta aparece más ligada a compensar la actual ausencia de los padres. La mayoría aspira a valores como libertad y autonomía del niño. Nos referimos a la expectativa de que a través del juguete estimulante, el niño sea un ser libre y «pueda solo». Simultáneamente, analizando otras motivaciones pareciera que el ideal responde a producir sujetos autosuficientes, no dependientes. En la lógica social actual, la oferta permanente de juguetes a los niños –desde los medios, publicaciones, publicidad, etc.– contribuiría, por un lado, a que establecieran una relación menos dependiente con el objeto: siempre hay otro juguete, tentador, que desaloja al anterior y facilita el debilitamiento de los lazos libidinales del niño con los juguetes. Por otro lado, paradójicamente, lo ubican como dependiente del objeto, pero por su condición de nuevo y último, más que por la característica de sostén de las propias fantasías. En este caso el juguete se transforma en *objeto*. Aunque en esta situación el niño está posicionado como desti-

natario privilegiado de los mismos, la mayoría de los adultos entrevistados, aun quienes responden puntualmente a la demanda de los niños, proponen maneras singulares de selección y regulación, orientados por los valores mencionados y por su propia historia infantil.

Para finalizar, un punto central es el cambio en el status del juguete. Dicha transformación plantea cuestiones complejas:

1. Adquieren otra incidencia los medios, la imagen y la oferta que, a su vez, generan demanda de juguetes, no necesariamente de juego. Esto modifica la circulación y la asimetría que caracteriza la relación adulto-niño. Transforma los modos tradicionales de transmisión familiar y en su interpelación produce efectos.

2. Esta demanda a su vez se articula con el lugar que ocupa el niño, el incremento del interés hacia él como proyecto actual y el regalo de juguetes como referentes del amor hacia ellos.

3. La creencia en que el objeto juguete *determina* la subjetividad; promueve, por un lado, la sobreoferta para estimular las capacidades del niño y su creatividad, y por otro, la excesiva selectividad como modo de restringir sus impulsos agresivos.

4. Para los adultos, los juguetes de los hijos son *el soporte* del juego, ofrecidos en cantidad y variedad a un niño que ocupa mucho «espacio»; dirigidos a quien se supone colmar a través de los juguetes anhelados.

5. Cuando el juguete se reduce a ser un objeto de consumo, su condición de *juguete* se desdibuja.

Bibliografía

- Alvarado, M y Guido, H. (compiladores) (1993) *Incluso los niños. Apuntes para una estética de la infancia*. Bs.As. La marca. 1993.
- Barthes, R. (1994) *Mitologías*. Mexico. Siglo XXI.
- Benjamin, W. (1969). *Escritos. La literatura infantil; los niños y los jóvenes*. Bs. As. Nueva Visión, 1989.
- Bleichmar, S. (1997). Seminario Anual. Hospital de Niños «Ricardo Gutiérrez». Publicación interna.
- Corea, C.; Lewkowicz, I. (1999) *¿Se acabó la infancia?* Edit. Lumen.
- Díaz Vega, J. L. (1997). *El juego y el juguete*. Mexico. Trilla.
- Fornari, N.; Santos, G.; Saragossi, C. (1996) «Mitos y creencias en la relación adulto-niño. Instrumento de indagación. Laboratorio de juego». *Anuario de Investigación* N° 4 Fac. de Psicología, U.B.A. 1996.
- Guía de juguetes. A.I.J.U.* (1992). Altamira. Madrid.
- Grange, J. (1971) «Una tarea imposible», en Jaulin, R (comp), *Juegos y juguetes*. México. Siglo XXI, 1981.
- Jaulin, R (compilador) (1979) *Juegos y juguetes. México. Siglo XXI, 1981*.
- Rossie J. Pierre (1994). «Symbols and communication through children's dolls. Example from North Africa and the Sahara», en *Communication and Cognition, Vol 27 (3), 301-320*.
- Samaja, J. (1993) *Epistemología y Metodología*. Bs.As. Eudeba. 1995.
- Santos, G.; Saragossi, C. (2000) «El juguete como objeto semiótico», en *Revista del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología*. Fac. de Psicología, UBA (en prensa).
- Veron, E. (1990) *Semiosis de lo ideológico y del poder*. Extensión Universitaria. Facultad de Filosofía y Letras. U.B.A

Resumen

Los juguetes portan los valores del grupo y de su época, no sólo a través de las modificaciones del material, de la estética o de la inclusión de tecnología, sino fundamentalmente porque admiten una práctica social que remite a un

sistema de relaciones complejas que incluyen propuestas identificatorias. Este sistema implica una dimensión de significación asociada con ideales y modos de transmisión. Se investigó el juguete como objeto privilegiado para abordar diversas problemáticas entre el adulto y el niño. Con esta finalidad se indagó la articulación de las representaciones de los juegos y juguetes de la infancia del adulto y el universo de juegos y juguetes de sus hijos. El análisis de este material permite enunciar algunas conclusiones.

Summary

Toys support the values of the group and their times, not only through the changes in the materials used, in their aesthetics or on account of the inclusion of technology, but essentially because they allow a social practice which leads to a system of complex relationships which includes identifying proposals. Such a system involves meanings associated with ideals and modes of transmission. A research on the toy was done as a privileged object to approach different problems between the adult and the child. To this purpose, the articulation between the adult's games representations and their toys in childhood, and the whole variety of games and toys used by their children, was examined. The analysis of said material enables us to draw certain conclusions.

Résumé

Les jouets sont porteurs des valeurs du groupe et de leur époque, non seulement à travers les modifications du matériel, de l'esthétique ou de l'inclusion de la technologie, mais surtout parce qu'ils admettent une pratique sociale qui renvoie à un système de relations complexes qui incluent des possibilités identificatoires. Un tel système implique une dimension de signification associée à des idéaux et à des modes de transmission. Des recherches ont été effectuées concernant le jouet en tant qu'objet privilégié

permettant d'aborder diverses problématiques entre l'adulte et l'enfant. Dans ce but l'on a travaillé sur l'articulation des représentations des jeux et des jouets de l'enfance de l'adulte avec l'univers des jeux et des jouets de ses enfants. L'analyse de ce matériel permet d'énoncer quelques conclusions.

El trastorno vincular sobreadaptativo

Mirta Segoviano *

(* Lic. en Psicología. Miembro de la AAPPG y docente titular en el
Instituto de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares.
Monroe 2613, 1° 6 (1428) Buenos Aires
E-mail: msegoviano@ciudad.com.ar

El objetivo de este trabajo es, por un lado, a partir de la concepción del origen de la sobreadaptación como indicadora de un trastorno vincular primario en la relación madre-hijo, proponer algunas hipótesis acerca de la metapsicología de ese vínculo perturbado. Por otro lado, señalar algunos aspectos particulares del tratamiento que permiten la transformación *en el vínculo analítico* de esos trastornos vinculares primarios. Estos aspectos incluyen privilegiar la significación que adquieren los actos y otros modos no verbales de comunicación, tanto para «escuchar» al paciente como para «decirle», a la vez que ponen de relieve una vertiente peculiar de la transferencia.

El vínculo primario

Partimos de entender a la sobreadaptación como indicadora de un trastorno vincular primario, es decir, de una alteración en la relación entre la madre y el bebé, instalada tan profunda y básicamente en el psiquismo de éste que condiciona toda su relación con su propio cuerpo y con el entorno.

Dentro de esta óptica más general, precisaremos algunas premisas más particulares. Consideramos la evolución del psiquismo como iniciándose en la unidad indiferenciada madre-bebé que, a la manera de una moratoria, continúa en lo psicológico la unidad que ambos formaban antes de la separación de los cuerpos consumada en el nacimiento. Durante esta época del desarrollo, el ajuste entre las necesidades del bebé y la respuesta psíquica de la madre, su disponibilidad psicológica respecto de esas necesidades, aseguran al bebé precisamente aquella continuidad entre un antes y un después del nacimiento que de otro modo sería una ruptura intolerable para sus posibilidades de supervivencia. Dicho de otra manera, lo que fue unidad corporal continúa, traducida ahora al nivel de lo psicológico, en la forma de un vínculo que funciona como un albergue psíquico tan indispensable para la vida como lo fuera antes el albergue corporal de la madre. Prueba de esto son el

marasmo y el *hospitalismo* cuando este vínculo falta o su insuficiencia funcional resulta excesiva.¹

Homeostasis del vínculo y sobreadaptación

La homeostasis de este vínculo primario es, pues, de vital importancia para la evolución psíquica del bebé. Esa homeostasis es la garantía de una continuidad entre lo que, desde el punto de vista de un observador externo, es el adentro y el afuera-madre del bebé, pero que suponemos en el bebé como un todo-uno, que lo representa(rá) a él mismo. De este modo, homeostasis del vínculo es equivalente a instalación y desarrollo del sentimiento de la continuidad que, primero entre lo que llamamos adentro-afuera, será, *si todo va bien*, el apoyo y el modelo del sentimiento de una continuidad interna: la continuidad entre sus propios procesos psíquicos y somatopsíquicos.

La amenaza a la homeostasis en el vínculo madre-bebé procede del desajuste entre las necesidades en juego y la posibilidad de su satisfacción, entendiendo que unas y otra, aun cuando se trata de una relación disimétrica entre psiquismos de muy distinta complejidad, son aportadas por ambos. La disimetría juega su papel en los muy diferentes efectos que la perturbación homeostática es capaz de producir en una y en otro.

Es claro que la homeostasis sólo puede lograrse por *la adaptación suficiente* de los psiquismos en relación, pero, mientras que para el del bebé la adaptación es su condición de supervivencia, para el de la madre es el ejercicio de una función, la función *alfa*, tributaria de su disposición a la *rêverie*.

Si esta última función es deficitaria, la fallida adaptación psíquica de la madre a las necesidades psicológicas del bebé amenaza a la homeostasis. El bebé podrá even-

¹ Cf. Marcos Bernard (1992).

tualmente adaptarse a esta falla, pero esa adaptación será una *sobreadaptación*.

Sobreadaptación y disposición a la enfermedad psicósomática

Aunque este punto no será desarrollado aquí, el enfoque que daré al estudio de la sobreadaptación incluye concebirla en una relación privilegiada con la disposición a la enfermedad psicósomática tal como, en este punto en particular, lo postulara David Liberman: «sobreadaptación y enfermedad corporal son dos aspectos de una misma patología. La sobreadaptación formal a las exigencias, sin cuestionamiento, unida al hecho de que estos pacientes constantemente estimulan a que los demás descarguen responsabilidades sobre ellos, es el primer vector y en el que recae el nódulo de la patología.» (1993, pág. 30).

Características del trastorno vincular sobreadaptativo

Una paciente adulta, sobreadaptada, relata el siguiente recuerdo infantil:

«Habían abierto un nuevo almacén. Yo tenía cuatro años. Lo sé porque mucho tiempo después la hija del dueño fue mi compañera de colegio y una vez le pregunté al padre desde cuándo tenían el negocio. El lugar quedaba a dos cuadras de casa, pero había que dar vuelta a la manzana de enfrente y cruzar otra calle. Mi mamá me mandó ahí a comprar algo. Yo no entendía la explicación de dónde quedaba, cómo tenía que ir. Después de insistir con la explicación y como yo seguía sin entender, me pegó porque decía que yo la estaba cargando. Después me llevó a la terraza de mi casa, desde donde se podía ver el negocio. Cuando me lo mostró, entendí y fui».

Quisiera señalar aquí, apoyándome en esta viñeta, algunas características de lo que llega a instalarse como una

modalidad relacional típica de la disposición a la enfermedad psicosomática. Una, más general, en cuanto al tipo de funcionamiento *en circuito cerrado* propio de la sobreadaptación exigida; otra, correspondiente a la cualidad de la perturbación psíquica que impide la adaptación de la madre; una tercera, relativa a la fuerte reluctancia a las modificaciones que toma esa modalidad relacional.

Primera característica: inversión del apuntalamiento y dominio

Recordemos que para el bebé la continuidad psíquica entre él y su madre es condición de supervivencia. Aunque el relato de la paciente se refiere a una niña de cuatro años, su psiquismo de todos modos necesita todavía para desarrollarse de la adaptación por parte de la madre, y por otro lado, la niña se evidencia ya sobreadaptada, por lo que podemos tomar este recuerdo, que ejemplificaría una nueva exigencia de sobreadaptación, como un modelo general de relación, válido también, *mutatis mutandis*, para lo que suponemos sucede ya con el bebé.

La madre atribuye a la pequeña una capacidad de comprensión y de organización mental superiores a las que corresponden a su edad. Cuando estas condiciones son desmentidas por las posibilidades de la niña, la madre *interpreta* este desajuste como *un ataque voluntario* hacia ella, y a la suposición inicial de un desarrollo mental superior al que la hija realmente posee, agrega ahora la suposición de una doble intención en ésta, la intención de engañarla.² Este funcionamiento de la madre, según el cual, si la realidad impugna la representación, eso no hace más que aumentar la distancia entre la representación y la realidad, tiene consecuencias muy especiales en la hija.

² La violencia que en el recuerdo aparece como *ser golpeada por la madre* sólo duplica, en todo caso, la violencia psíquica ejercida sobre la niña.

Para el hijo, tal distancia equivale a *distancia* entre la mente de la madre y la mente de él, es decir, discontinuidad, ruptura, quiebre, peligro de aniquilación. El *trabajo psíquico* que la madre es incapaz de realizar para mantener una continuidad psíquica entre ambos deberá ser compensado por un *forzamiento psíquico*, un *como si de trabajo psíquico* en el hijo, una de cuyas manifestaciones, como veremos, aparece en él como una exacerbación de la pulsión de dominio.³

Desde la madre, la continuidad psíquica entre ella y el hijo parece amenazada por la inadecuación de éste. Ahora bien, probado por parte del hijo que su falta de ajuste a la representación psíquica que la madre tiene de él sólo produce un alejamiento mayor, la única alternativa que tendrá será ajustarse cada vez sin demora a lo que haya probado que *evita males mayores*, es decir, que experimentará la urgencia de tranquilizar a la madre o, en el nivel más indiferenciado, de «tranquilizar el vínculo», *siendo*, entonces, lo que la madre le supone ser: una «madre» capaz de tranquilizarla a ella.

Esta modalidad de la oferta de apuntalamiento que la madre hace, aprovecha la cualidad del *doble apoyo* (R. Kaës, 1978, 1984) e invierte los términos puntal/apuntalado. Tal inversión del apuntalamiento, que es una exigencia de la madre, sólo podrá ser *no contradicha* por el niño mediante ese *como si de trabajo psíquico* que lo haga parecer mayor de lo que es y capaz de la continencia que la madre solicita, *como si* fuera entonces capaz de *transformar* las excitaciones propias y las de la madre.

³ Es evidente que la única percepción que el niño necesita para operar tales maniobras defensivas es la de los estados anímicos de la madre, es decir, la más elemental, muy anterior a la separación niño-madre en su aparato psíquico. Y es justamente esta no separación, la única forma psíquica existente en el inicio del desarrollo –cuando ya este circuito patológico comienza a instalarse–, la que mejor garantiza su sensibilidad a esas modulaciones.

No siendo posible tal transformación, las excitaciones propias podrán ser objeto, en todo caso, de un sobreesfuerzo para lograr su control, de un autodomínio que, de conseguirse, tendrá el efecto de tranquilizar a la madre, al menos en cuanto a *evitar males mayores*. Una parte de lo que no pueda ser controlado será destinado a la *desaparición* mediante maniobras defensivas más drásticas.

De tales *males mayores* el niño tiene la experiencia. Sin embargo, en la medida en que el aprendizaje le permite transformar esa experiencia en una *anticipación*, es en ese momento cuando el borde entre lo temido-verificado y la fantasía que lo anticipa *para evitarlo* se vuelve la trampa que sella a la sobreadaptación como circuito cerrado. El niño ya nunca sabrá si *realmente* consiguió evitar males mayores; simplemente lo supondrá siempre, tanto como estará condenado a siempre intentarlo.

El logro del autocontrol aportará, evidentemente, un beneficio narcisista, y este beneficio incluirá la suposición del logro de un control sobre la madre, pero no realmente sobre la madre, sino sobre su posible desborde, sobre la desorganización que podría sufrir el vínculo: es un control sobre la desorganización del yo/no-yo.

Y la clínica muestra hasta qué punto la tendencia a ejercer un importante control sobre el ambiente es un complemento habitual de la sobreadaptación. Tanto como lo es el tratamiento del propio cuerpo como un afuera perturbador, que es preciso dominar, someter a la organización que corresponde a lo psíquico: todas las señales corporales que no respondan a este tratamiento, aún podrán, como decíamos, ser desconocidas.

Hasta donde el niño sea capaz de ejercer esta dominación, seguramente lo hará, implementando una «solución» mucho más vital que una verdadera desaparición. Y esto dependerá del resto de las condiciones que, en cada caso, resulten de los factores constitucionales del niño y de las condiciones de cada vínculo madre-niño en particular.

Uno de los precios de la sobreadaptación será la confusión persistente de los espacios psíquicos, del yo y del no-yo, del singular y del compartido, por la dificultad que el sobreadaptado enfrenta para operar diferenciaciones cuando es la indiscriminación la que supuestamente permite calmar a la madre, o bien mantener toda la situación vincular alejada de un peligroso desborde.

Segunda característica: el pensamiento delirante primario en la madre

Puesto que suponemos el origen de la sobreadaptación en un intento inicial del hijo de «encajar» en lo que es una representación inadecuada de parte de la madre, nos detendremos un momento en la naturaleza de esa incongruencia y en *la interpretación* que la madre produce del desajuste entre el hijo real y la representación mental que se hace de él.

La madre del paciente sobreadaptado es repetidamente presentada como una persona infantil, inmadura, dependiente, frágil. No es raro que presente, incluso ya desde la crianza o después, trastornos psiquiátricos severos, como paranoia, psicosis maniaco depresiva, etc.

Por otra parte, el análisis del recuerdo infantil que presentamos más arriba nos ha mostrado cómo la exigencia de sobreadaptación se produce en la necesidad de la hija de *evitar males mayores*.

Decíamos que había una suposición inicial acerca de la hija como teniendo una capacidad de comprensión y de organización mental superiores a las que corresponden a su edad. Esto indica inmediatamente cómo *una imperiosa necesidad de amparo en la madre* distorsiona su percepción en el sentido de dar por satisfecha esta necesidad al precio de un forzamiento del principio de realidad. Luego, frente a la impugnación de esta representación ilusoria, la madre *interpreta* el desajuste como *un ataque* hacia ella: la afirmación de la propia inmadurez por parte de la hija respondería a su intención de engañarla.

Pensamos que la violencia capaz de empujar al hijo a la sobreadaptación es ejercida, en todos los casos, por un pensamiento delirante de la madre. Y puesto que no siempre este pensamiento delirante alcanza su expresión clínica en una psicosis, lo que está por lo menos presente en la madre es aquello que Piera Aulagnier (1975) ha denominado *pensamiento delirante primario*, según el cual se ubicaría en el deseo del Otro –en el ejemplo, el supuesto deseo de la hija de burlarse de ella–, la causa y el origen del propio displacer/sobreexcitación.

Un efecto en el hijo de tal pensamiento delirante de la madre, queda indicado por un sentimiento de permanente amenaza de ser el responsable, el culpable, de un displacer en el otro, sin que ese sentimiento pueda alcanzar, por lo general, ningún tipo de explicación «racional» en él. Esto lo hace «esclavo», para usar la expresión de una paciente, de tener que «adivinar» y satisfacer los supuestos deseos del otro, o de los otros.⁴

Es notable cuán a menudo encontramos en los pacientes sobreadaptados, con enfermedades psicósomáticas declaradas o no, que el sobreesfuerzo que se imponen es mucho más para «no tener la culpa» de un eventual fracaso o frustración en el otro que para destacarse por sus resultados. Y, recíprocamente, cuando alcanzan resultados muy satisfactorios, el mayor contento parece ser haber obtenido una prueba –por lo demás, siempre provisoria– de no ser los responsables de un «disgusto anunciado». Así, cualquier «más» es, en primer lugar, sólo una refutación de un terrorífico «menos» omnipresente y siempre amenazante. De este modo, el logro no alcanza a vivirse como un placer, ni como un derecho al placer, sino que resulta una obligación.

⁴ La misma paciente que así lo enunciaba, y que para el momento en que podía describir tal sentimiento como de esclavitud estaba notablemente mejor, durante varios años en su tratamiento estuvo pendiente del tono de mi voz al saludarla cuando llegaba para su sesión, a fin de conocer al primer contacto la cualidad afectiva con que la recibía.

Un paciente adulto contaba con disgusto –y esto era en él su forma de protesta por esta configuración vincular sin salida, en la que aún se sentía atrapado– que «cuando traía de la escuela una buena nota, mamá decía “no hiciste más que cumplir con tu deber”».

Así, el orgullo narcisista por el logro nunca resulta un verdadero convencimiento de la capacidad de producir una *modificación* en la realidad: «el premio» sería simplemente «mantenerse en una relación adecuada con *una realidad tal cual* el consenso la supone ser».

El propio narcisismo primario parece haberse instalado muy defectuosamente, seguramente a causa de esa cierta cualidad de «utilitario» que ha tenido el vínculo primario –expresión del *contrato narcisista primario* (Piera Aulagnier, 1975; René Kaës, 1993)–, que además afecta la posterior relación con la realidad: «La adaptación rígida a la realidad, en la que se prestigia desmedidamente el *principio de realidad*, pero disociado y en oposición al *principio del placer*, nos llevó a afirmar que estos pacientes “padecen de cordura”» (Lieberman, op.cit., pág.30).

Tercera característica: violencia de la alianza inconciente. Destino del pacto denegativo.

«Nací antes de los siete meses, pesaba un kilo y medio. Soy muy impaciente, muy, de nacimiento».

Con esta frase responde una paciente psicósomática, en una de las primeras entrevistas, a un señalamiento que le hago.

Creo que la formulación es muy ilustrativa. Por ella, además de avalar lo que acabo de decirle –dada su sobreadaptación, no podríamos esperar otra cosa–, se asume como responsable del propio nacimiento prematuro. Es decir que, antes de nacer, ya sus características psicológicas, su impaciencia, ponían su vida en peligro. No sería alguna dificultad de la madre lo que ha determinado aquello que reconoce como su impaciencia, sino que ésta sería un de-

fecto psíquico «constitucional», «autoengendrado», que puso en crisis una continencia materna que resulta así inquestionada.

Entendemos esta autorresponsabilización cuasi-delirante como un producto vincular: seguramente esa madre ha dado indicadores a la niña de no ser capaz de tolerar lo que pudiera implicar un cuestionamiento hacia ella y, si una tal representación no debía aparecer en el vínculo, no aparecería en la mente de la hija. En cambio, sí aparecían en ésta, además de los síntomas psicósomáticos que padecía desde hacía tiempo, con los que «había aprendido a convivir» y a los que «ya no les prestaba atención», esas ideas «raras» que la llevaron a la consulta, porque la asustaban, puesto que cada vez tomaba más fuerza el temor de que la comida (los envasados, la carne si era del día anterior) estuviera en mal estado, y que pudiera entonces envenenar a su familia, su esposo y su hijito.

Tomaremos la noción de *alianza inconciente* y en particular la de *pacto denegativo*, acuñado por René Kaës (1989, 1993), como lo que nos permite avanzar en la comprensión de tales resultados.

Este último concepto corresponde a «lo que se impone en todo vínculo intersubjetivo para ser consagrado en cada sujeto del vínculo a los destinos de la represión o de la negación, de la renegación, de la desmentida, del rechazo, o del enquistamiento en el espacio interno de un sujeto o de varios sujetos» (1995, pág. 329).

En el tipo de vínculo que analizamos, éste es el destino que sufrirá aquello que, además de ser impensable para la madre, y por lo mismo, impensable para el hijo, ha resultado a la vez, por la violencia que la amenaza de su puesta en sentido ejerce sobre éste, *prohibido de pensamiento*.

En un grupo terapéutico de mujeres afectadas somáticamente, una paciente dice:

«Yo le dije a mi mamá que no existían los Reyes Magos. Los reyes no existían... yo tenía 6 años, tenía amigos con hermanos más grandes, que nos avivaban» «mi mamá, cuando yo tenía 6 años, era maníaco depresiva. Mi papá murió cuando yo tenía 11. *Los médicos decían que se curaba con un hermano.* No fue así. (...) Estuvo internada. Cuando mamá estaba mejor, me llevaban a verla... *se peinaba con cintas rosas, enamoraba a todos los médicos.* A los seis años, sabía que tenía que ser firme. A los 11 años, murió mi papá y tenía un hermano de 2 años. (...) *A mi mamá no había que darle problemas, y yo traté...*»

En este ejemplo, donde el esfuerzo sobreadaptativo en la hija resulta tan evidente, he destacado en itálicas fragmentos que ilustran los efectos del pacto denegativo.

El recuerdo de la escena aparece desprovisto de afecto en cuanto a la psicosis diagnosticada en la madre y en cuanto a lo que la niña debió enfrentar: son datos «científicos», «descriptivos». Si alguien se siente impactado por el relato de semejante situación, no será ella, serán los otros miembros del grupo, el analista... En cambio, lo que se presenta teñido afectivamente es:

«se peinaba con cintas rosas, enamoraba a todos los médicos... A mi mamá no había que darle problemas, y yo traté».

Esta mujer adulta, que en la actualidad roza los sesenta años, sigue viendo a su madre, por otra parte ya muerta, como la veían los «ojos de niña inocente» que «no le darían problemas a su mamá». Veía a mamá, entonces, *como mamá quería ser vista*, puesto que, en cambio, con respecto a la inexistencia de los Reyes Magos no encontraba dificultades para tener otros referentes y «enterarse» de una realidad diferente a la que la mamá le presentaba. Pero, con respecto a lo que sí le daba problemas a la mamá, eso había que suprimirlo, *y ella trató*.

Hemos postulado la presencia en la madre de un *pensamiento delirante primario*. Por éste, la causa de su displacer será atribuida «al deseo del Otro de imponérselo», y situada eventual y secundariamente en algún otro, algunos otros. En los casos que nos ocupan tomamos en consideración la atribución de la causa del displacer en la madre a un deseo del hijo.

Este *pensamiento delirante primario*, que podemos atribuir en principio a la madre, y que precede naturalmente a la existencia del hijo, tiene que haber sido aquí ya motivo de una exclusión, gracias a un *pacto denegativo en el vínculo de la pareja parental*, puesto que la presencia de un padre no modifica, sino que con la mayor frecuencia *avala y refuerza* en este caso la percepción desajustada respecto de la realidad de la inmadurez del hijo. Tal pensamiento puede incluso estar presente en ambos padres, aun cuando sus efectos resultaran diferentes en uno y otro.

Ahora bien, el niño no tiene realmente la posibilidad de tranquilizar a la madre mediante una *transformación* de las excitaciones de la madre, como tampoco tiene la posibilidad de *autotransformación* de las excitaciones propias. Lo único que podría hacer con aquello que, procedente de él, amenace con sobreexcitar a la madre, es, cuando no consiguiera dominarlo, *desconocerlo*, ponerlo en negativo, tal que para él, como para la madre, es decir en el vínculo, no exista; por lo que no podrá ser trabajado en y por el vínculo madre-hijo.

Este destino de desconocimiento, de mágica «desaparición» para todo lo que amenace poner en crisis a la homeostasis del vínculo, es una exigencia tanto de las limitaciones de la capacidad transformadora –de *rêverie*– de la madre, como de la urgencia del niño por encontrar en el vínculo el necesario cese del displacer, gracias a la relación con la madre.

Mientras que la homeostasis vincular es amenazada por las excitaciones, que deberán «desaparecer», el vínculo mis-

mo es amenazado por *pensamientos que no deberán aparecer*. No deberá aparecer, por ejemplo, el pensamiento de la incongruencia entre lo que el niño percibe e interpreta como su incapacidad producto de su inmadurez –interpretación que bien puede obtener de otros enunciados de la madre o de los de otros de su entorno, representantes significativos del discurso de «la realidad»– y la interpretación que la madre hace de esa inmadurez. A esto lo llevan su inmadurez psíquica, pero también su dependencia, y además el beneficio narcisista secundario a que nos hemos referido. Aunque este último no llega verdaderamente a ser tal en función de la puesta en cuestión que sufre el narcisismo primario debido al lugar que, en cuanto al punto que tratamos, ocuparía el niño: un lugar que no termina de definirse como efecto de la satisfacción de un deseo, en la medida en que aparece marcado por la necesidad.

Ahora bien, él sólo puede *no saber* de dónde procede la incongruencia. No puede afirmar, por ejemplo, «mi madre está loca y yo padezco en mí mismo los efectos de su locura», y mucho menos afirmarse para rescatar su percepción y su pensamiento, en esa postulación. Y esto estigmatizará fuertemente la posibilidad de confiar en sus percepciones y sus pensamientos como acordes con las interpretaciones consensuadas de la realidad. De allí que «apegarse» al *principio de realidad* en detrimento del *principio del placer*, al punto de «padecer de cordura» sea la única garantía contra la acuciante amenaza de producir por su cuenta una interpretación delirante, que sería hacerse cargo de una locura que es de otro. Después de todo, según la madre, todo logro es un mismo y único logro: mantenerse adaptado a la realidad.

En la paciente que acabamos de mencionar llama la atención la falta de cuestionamiento a lo que afirma como dicho *por los médicos*: «que se curaba con un hermano». No nos interesa juzgar aquí hasta qué punto esta afirmación es acorde con las opiniones que hayan podido dar entonces los profesionales a cargo del tratamiento de la madre, pero sí en cambio cómo aún en la actualidad tal

«solución» no ha sido sometida a su propio juicio por una persona adulta, inteligente y bastante informada. El uso de «un hermano» en lugar de «otro hijo», podría ser un dato más acerca de la confusión entre ella y la madre, pero resulta particularmente ilustrativo en cuanto al punto privilegiado de esta confusión, porque en lo que ambas quedan indiferenciadas es en cuanto a la necesidad de un tratamiento (aquí, un evento) para la locura: ¿quién es el sujeto de la frase «se cura con un hermano»? ¿Quién está loca?

Una paciente sobreadaptada, estudiante brillante, decía de sí misma que se sentía incapaz de *crear*, mientras que, como al descuido, más por instalarlo en la escena vincular del análisis que por afirmarlo como una convicción, solía decir «estoy loca, estoy muy loca».

Postulamos que ese pacto denegativo sellado por los padres e impuesto al hijo tiene como uno de sus destinos el enquistamiento en el espacio interno de este hijo. Y que es la violencia –que tal pacto, al decir de R. Kaës, *porta y transporta*–, la que eventualmente produce la enfermedad somática. Esta violencia es además la que, cuando este pacto corre el riesgo –como ocurre preferentemente en el tratamiento analítico– de ser desanudado, se manifiesta en la transferencia y también en las relaciones intersubjetivas fuera del análisis como un afecto de furia que no termina de encontrar su objeto.

El pacto ha sido enquistado en y por el hijo porque nada hubo que pudiera darle otro destino. El hijo se vio enfrentado a contradicciones que en un punto amenazaban romper la relación yo-madre-realidad y es esta *ruptura puntual* lo que ha sido enquistado, como una medida extrema de intento de control que, aunque costosa, permite el salvataje de esa relación en términos generales. La relación yo-realidad aparece marcada así por una rigidez que denuncia la fragilidad de su consistencia, toda vez que *hay un mediador* (madre) no completamente confiable. Si intentáramos un enunciado acerca de la vivencia que esta relación refleja, diríamos que la persona sobreadaptada teme permanen-

temente «estar tratando con un loco que puede ser el representante del mundo, de la realidad total». Contribuir al despegue entre este representante y lo por él representado, esa realidad que ha permanecido de algún modo como *inciertamente conocida*, es, diríamos, la filigrana del proceso terapéutico.

El tratamiento psicoanalítico de pacientes sobreadaptados

En primer lugar, es preciso tomar en cuenta que la sobreadaptación, *el único modo* como ha sido posible para el yo de estos pacientes establecer y mantener una relación con el entorno y con la realidad, es algo con que nos encontraremos al primer contacto: la consulta instala inmediatamente la escena de una relación bipersonal asimétrica, donde el otro ocupa un lugar de autoridad, de saber y de poder. Tal distribución de lugares, que ha sido fuente de sufrimiento en el pasado, es también simultáneamente aquella a la que no se puede dejar de recurrir. Y esto es ya una reedición de lo que ha sido para ese yo, que pese a todo no ha claudicado, la trampa que podría repetirse.

Este carácter tan elemental de lo que primero se jugará en el vínculo terapéutico imprime un sello particular a la transferencia, a la vez que nos obliga a prestar especial atención a aquello que, puesto que todavía no tiene palabras, aparecerá como acciones que reclaman acciones.

Además de la palabra

«Mi vieja es una niña de 50 años. ¿No molesta que le diga “vieja”, no?».

Esta frase es enunciada por una paciente psicósomática, al comenzar una segunda entrevista.

La primera oración dice cómo es vivido el otro del vínculo primario: se ha dependido de alguien que, contraria-

mente a lo que indicaría su edad, y sobre todo, su rol, es una niña, por lo tanto, la dependencia, esa misma que ahora se impone, no se ofrecerá sin problemas.

A continuación, esa pregunta que por un lado se dirige a *un* otro en particular, *esa* analista y su idiosincrasia propia, por otro lado es más bien genérica: no dice «¿A usted le molesta?», dice «¿No molesta?». Es como preguntar si, genéricamente, «es molesto» dentro de una cultura, de un mundo del que esa persona-analista sería representante, o que incluso esa persona, por sí sola, podría constituir. Se trata, pues, de la escenificación del vínculo primario con la madre, pero con una madre que podríamos llamar genérica, es decir que, más que a una persona, remite a una función.

La pregunta, trivial por su contenido, es absolutamente significativa de un estado de cosas: señala la necesidad de un saber hacer, saber *estar en relación con* un mundo de relaciones que no se conoce. El analista es así convocado *en su propio saber hacer dentro de una escena psíquica* que es la única posible.

Durante su largo tratamiento, esta paciente me llevaría a preguntarme una y otra vez *qué hacer*. Pedidos de cambio de horario para su sesión realizados una o dos horas antes y justificados con lo que para ella eran «razones de fuerza mayor»; solicitud durante meses de utilizar el baño del consultorio sistemáticamente al entrar y al salir de la sesión; y tras unos años de tratamiento, también preguntas al irse, ya en la puerta, del tipo «¿Sabe dónde hay una mercería por acá?» o «¿Vio el vestido rojo que hay en el negocio aquí al lado?»

Estas conductas, como aquella primera pregunta, sólo responden a la necesidad de instalar una escena: el actor-analista responde o no responde, responde a la pregunta dentro de esa escena o propone otra escena, según la cual él no responde preguntas, sino que interpreta las escenas.

El problema principal se sitúa, creo, en la dosificación de la violencia que implica la presencia de *lo otro*, cuando originariamente esta presencia ha sido traumática, ha estado marcada por la *violencia secundaria* (Piera Aulagnier, 1975), y cuando la lectura que hará el paciente, según su actual modo de relacionarse con el mundo, responde a una lógica binaria.

De lo que se trata, entonces, es de *saber hacer* en el sentido de no responder en espejo, y esto, por encima de todo, se refiere precisamente a la lógica binaria.

La transferencia primordial

Aquí, si el analista ha de resultar él mismo aquel albergue confiable que faltó, capaz de filtrar los estímulos para adaptarlos al paciente, ha de probarse también filtro de sí mismo, continente, capaz de posibilitar y promover una transformación. Le será preciso, evidentemente, apelar a otra cosa que a la interpretación cuando ésta pueda ser sentida como un *rechazo* al vínculo que el paciente intenta *con la persona-analista*, toda vez que esa modalidad vincular es la única que él puede establecer.

Propongo que esta modalidad de la transferencia es uno de los niveles de establecimiento de toda transferencia. Es el nivel que remite a la necesidad y a la expectativa de un encuentro que, en sentido estricto, *no es un reencuentro*, sino un encuentro original, con una situación que tiene el carácter de relación originaria, se refiere a la necesidad de un encuentro con otro que es una *persona de la que se depende*, pero que no representa a la madre que se tuvo, o al padre que se tuvo, al hermano/a que se tuvo. Es una transferencia de *lo que era necesario y no se tuvo*, según la interpretación de lo que, en la realidad psíquica resultante del vínculo paciente-analista, surge como aquello que produce el sufrimiento del paciente. Es lo que, entendiendo a la satisfacción de la *necesidad* como una precondition y origen del surgimiento del deseo, llamaríamos una *transferencia primordial*.

Este nivel transferencial participa también de la llamada «transferencia neurótica». Pero, por ser en ésta sólo un aspecto, puede fácilmente permanecer invisible, mientras que en los pacientes sobreadaptados, sin ser la única forma de transferencia, es no obstante la privilegiada.

Finalmente, ¿de qué otra cosa se trata cuando, ante un paciente desbordado por la angustia, *hablamos*, y sabemos que *el contenido* de lo que decimos apenas será escuchado? ¿No le comunicamos simplemente que «lo que dice tiene (para nosotros) sentido» y que este sentido puede esperar en nosotros, disponible hasta que él mismo esté disponible para el sentido?

Así, por la transferencia primordial quien transfiere supone que el sentido existe en la relación con aquél que es objeto de tal transferencia, y que allí puede ser albergado y puede hallarse disponible, en espera para ser encontrado/creado. Supone, pues, que existe un otro o más de un otro en relación con quien/es el sentido se puede encontrar/crear.

Bibliografía

- Bernard, M. (1992) «La formación del grupo interno». *Actualidad Psicológica*, Noviembre de 1992.
- Castoriadis-Aulagnier, P. (1975) *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires, Amorrortu editores. 1977.
- Kaës, R. (1978) «El apoyo grupal del psiquismo individual» en *Temas de Psicología Social*, año 4, número extraordinario, Buenos Aires, 1981.
- (1984) «Apuntalamiento y estructuración del psiquismo» en *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, Tomo XIV N° 3-4, año 1991 y Tomo XV N° 2, año 1992.
- (1989) «El pacto denegativo en los conjuntos trans-subjetivos», en *Lo negativo. Figuras y modalidades*. A. Missenard y

otros. Buenos Aires, Amorrortu editores, 1991.
— (1993) *El grupo y el sujeto del grupo*. Buenos Aires, Amorrortu editores, 1995.

Lieberman, D. y otros (1983) *Del cuerpo al símbolo. Sobreadaptación y enfermedad psicosomática*. Santiago de Chile, Ananké, 3ª edición, 1993.

Resumen

El objetivo de este trabajo es, por un lado, a partir de la concepción del origen de la sobreadaptación como indicadora de un trastorno vincular primario en la relación madre-hijo, proponer algunas hipótesis acerca de la metapsicología de ese vínculo perturbado. Por otro lado, señalar algunos aspectos particulares del tratamiento que permiten la transformación en el vínculo analítico de esos trastornos vinculares primarios. Estos aspectos incluyen privilegiar la significación que adquieren los actos y otros modos no verbales de comunicación, tanto para «escuchar» al paciente como para «decirle», a la vez que ponen de relieve una vertiente peculiar de la transferencia.

Summary

Based on the concept of the origin of over-adjustment as indicative of a primary linking disturbance in the mother-child relationship, it is the aim of this work to propose some hypotheses on the metapsychology of said disturbed link, on the one hand.

On the other hand, it intends to point out some specific aspects of the treatment that enable the modification, within the analytic link, of those primary linking overturns. These aspects involve the privilege of the meaning that the acts and other non verbal means of communication acquire, concerning both «listening» to the patient as well as «telling» him, thus standing out a particular source of the transference.

Résumé

En partant de la conception de l'origine de la sur-adaptation comme indicatrice d'un trouble du lien primaire dans la relation mère-enfant, l'objectif de ce travail est, d'une part, de proposer quelques hypothèses sur la métapsychologie de ce lien perturbé. D'autre part, de signaler quelques aspects spécifiques du traitement qui permettent la transformation, à l'intérieur du lien analytique, de ces troubles des liens primaires. Ces aspects incluent le fait de privilégier la signification qu'acquièrent les actes et d'autres moyens non verbaux de communication, aussi bien pour «écouter» le patient que pour «lui dire», en même temps qu'ils mettent en relief un versant particulier du transfert.

El tatuaje y el escudo de Perseo

Juan Eduardo Tesone *

(*) Médico psiquiatra y psicoanalista, miembro de la Société Psychanalytique de Paris, docente de la Faculté de Médecine la Pitié-Salpêtrière, Université de Paris VI y docente de pre y postgrado de la Facultad de Psicología de la UNMDP.
Córdoba 3359, P.B. 1; 7600 Mar del Plata.
Tel/Fax (0223)4953223. E-Mail: jetesone@cpsarg.com

«Todo cuadro es una cabeza de Medusa.
Se puede vencer el terror a través de la
imagen del terror. Todo pintor es Per-
seo.»

Caravaggio

El término *tatuaje* encuentra su origen en las islas de la Polinesia y revela el vínculo del tatuaje con el pensamiento animista atribuido a las sociedades mal llamadas «primitivas». En dichas islas todo lo que existía en la tierra estaba animado por los *Atuás*, es decir los espíritus. Dibujarse (*ta*: dibujo) el espíritu sobre el cuerpo mediante un *ta-atuás* permitía beneficiarse con los favores de ese espíritu, o protegerse de sus castigos. El tatuaje para los primitivos habitantes de Tahití era un reflejo cutáneo de un modo de funcionamiento social.

En nuestras sociedades contemporáneas el acto voluntario de tatuarse se convirtió en un gesto individual y en ese sentido es un acto privado. Pero la traza en la piel, su grafismo, sin embargo, es leída colectivamente y denota frecuentemente la pertenencia a un grupo etario, cultural u otros.

En la historia del tatuaje encontramos que no sólo los míticos marineros hicieron un uso del mismo. Si bien no existen pruebas fehacientes, es legítimo suponer que el tatuaje haya aparecido con el *homo sapiens* hace 50000 años, desde la prehistoria y la aparición del grafismo en los muros de las cavernas. El tatuaje existiría desde que el hombre escribe. Es importante subrayar el lugar inicial del cuerpo como signo desde las sociedades de *sapiens* en Europa (Vialou, D., 1998). Encontramos pruebas tangibles del tatuaje en Egipto, a través de las momias. Por ejemplo, y como valor anecdótico, la sacerdotisa Hathour Amounet, que era una concubina real (2160 A.C.), tenía tatuajes en su hombro izquierdo, en el vientre, en la región subpubiana y en la cara interna de los muslos. Inicialmente abstractos, los tatuajes se vuelven figurativos en la época del Nuevo

Imperio. A menudo figuraciones del dios Bes, reservado a las mujeres, son interpretadas por los egiptólogos en términos de erogeneidad y de refuerzo del poder de seducción femenino. El tatuaje está entonces en este origen lejano ligado a Eros (Tenenhaus, H., 1993). Las tres grandes religiones monoteístas condenarán más tarde todas las prácticas de ornamentación y de modificación voluntaria de la imagen del cuerpo, intentando reprimir toda significación erótica. El tatuaje se convierte en signo de poder divino, castigo y protección al mismo tiempo, como lo hizo Dios con Caín: «Dios puso un signo sobre Caín para que el que lo encuentre no lo mate». Si Dios puede tatuar al pecador, le está prohibido al hombre tatuarse a sí mismo. En el Levítico encontramos: «No harán incisiones en vuestra piel y no imprimirán figuras sobre la misma.» Los íconos serán extra-corpóreos y reservados a las imágenes divinas.

Le debemos al navegante inglés James Cook el renovado interés que surge por el tatuaje en el siglo XVIII. Con una minuciosidad de cartógrafo describe la práctica del tatuaje en las islas polinesias y transcribe por primera vez al inglés el término *Tatoo*, palabra con la cual lo denominaban los indígenas. El tatuaje se pondrá de moda y harán venir a Europa a los más grandes tatuadores polinesios. Eduardo VII, George V y VI de Inglaterra, Federico de Prusia, el conde Tolstoi, el zar Nicolás y muchos otros experimentarán su arte. Sin embargo, la imagen del tatuado se degrada en Europa en el siglo XIX, en la medida en que los grandes criminólogos, como por ejemplo Lombroso, lo consideraban «un carácter anatómico-legal específico del criminal». Habrá que esperar los años 1930 hasta que Locard afirme que el «acto del tatuaje no permite concluir una categoría especial de hombres» (citado en Tenenhaus, H., 1993).

Cuando se habla del tatuaje en la historia, no se puede soslayar el ignominioso uso que hicieron los nazis en los campos de concentración, con el tatuaje de números llamados eufemísticamente «de identificación», en realidad de desobjetivación, de los prisioneros. Pero se trata, evidentemente, de una marca impuesta, de una afrenta hecha a la

humanidad a través del exterminio de una comunidad. Marca de la muerte, ya no ligada a Eros como en los primeros tiempos, sino a Tánatos.

En mi presentación clínica me limitaré por lo tanto a los tatuajes voluntarios y su basamento inconciente. Desde una perspectiva psicodinámica, y más allá de los valores culturales comunes que suelen desplegarse en la elección de los tatuajes, me parece importante subrayar el carácter heterogéneo y polisémico de los mismos desde un punto de vista metapsicológico. A la manera de la imagen de un sueño, el tatuaje es ante todo la expresión gráfica de una producción psíquica del sujeto. El tatuaje voluntario deviene un acto de lenguaje a medio camino entre una escritura que se aproxima al jeroglífico, con sus simbolismos, y la oralidad discursiva. Representación substitutiva, la imagen impresa en la piel adquiere valor metonímico del mundo interno, pero no necesariamente valor metafórico.

Un adolescente de 17 años que llamaré Daniel, me es derivado por una depresión importante. Aislado, confinado en la habitación de su casa en una actitud a la vez pasiva y de repliegue narcisista, sin contactos con otros adolescentes salvo los que le brinda la escuela. Escuela a la que a pesar de su estado logra concurrir. Los padres están sumamente preocupados por su hijo mayor, al que describen como un chico que fue siempre tranquilo en su infancia, obediente, más bien taciturno. En el momento de la consulta no demuestra interés por ninguna actividad social, manteniendo como único interés la música y sus largos *solos* de guitarra. Duerme muchísimo, no hace deportes, no sale con amigos, no estudia. Sin embargo, su buena capacidad intelectual le ha permitido pasar de año en una escuela privada donde inicia el último año de la secundaria. Las únicas salidas que logra hacer es ir con su padre a la cancha de Boca, donde concurren regularmente dado que poseen un abono. La familia se trasladó a Mar del Plata desde hace unos años, cuando Daniel tenía 8 años. Los padres son comerciantes y comparten el horario de apertura del negocio familiar. Más allá de la indicación de la colega que me

lo derivó para psicoterapia, el padre ve con buenos ojos la propuesta, porque me aclara que, habiendo realizado él mismo una psicoterapia hace unos años, pudo comprobar los beneficios que le aportó. Daniel tenía antecedentes de hipotiroidismo, por lo cual era medicado desde los 13 años. La consulta se produce poco tiempo después de que un amigo de Daniel, de 16 años, hiciera una tentativa de suicidio, lo que había conmovido a toda la familia.

Daniel es un adolescente introvertido, tímido, liso, que no deja escapar ni sus palabras ni su pelo castaño claro que corta casi de raíz, mirada apagada, lánguida, de estatura que parece más baja que la media por la actitud de sus hombros caídos. Su tono es monocorde pero no diría que de tonalidad gris. Algunos colores asoman en el primer encuentro. Se muestra inicialmente un poco escéptico en cuanto al interés de la entrevista, pero al mismo tiempo curioso por la propuesta de decir todo lo que le pasa por la cabeza y en particular, que lo dicho formará parte del secreto profesional, del cual estarán excluidos incluso sus padres y un hermano menor. No estaba habituado a confidencialidad; en nombre del amor y de la transparencia de las relaciones familiares, los pensamientos debían ser debatidos en el grupo familiar. Familia en donde habían predominado la acción y la violencia como forma de intercambio.

Es bien sabido que el adolescente se confronta con varios duelos y que existe un proceso de elaboración de la pérdida que es propio de esta edad y exige un trabajo psíquico importante. El adolescente debe hacer el duelo de sus padres de la infancia y de la omnipotencia que les confería, perdiendo conjuntamente con la omnipotencia de los mismos la protección frente a la muerte. Debe hacer el duelo de su cuerpo infantil que lo mantenía protegido de la eclosión pulsional que surge con violencia en la pubertad. Por reactivación y reedición de la problemática edípica, se confronta con el duelo de su propia omnipotencia, el duelo de la bisexualidad andrógina y de la castración simbólica. No es poca cosa. Cuántos adultos conocemos que nunca lo han logrado. De las múltiples vías que se ofrecen al adoles-

cente, desde la preferible elaboración simbólica hasta la solución patológica como la manía, la psicopatía, la tendencia al pasaje al acto, etc., Daniel había inconscientemente encontrado la «solución» depresiva. Era la expresión de su lucha frente a la emergencia de un mundo interior amenazador y caótico. La fragilidad de sus objetos internos, el vacío representacional de Daniel, lo ponían al borde del abismo, donde podía caer en todo momento. Su inmovilidad era la manera que había encontrado para intentar frenar el vértigo al que se sentía compelido.

Con la regularidad variable que caracteriza a los adolescentes, Daniel invistió la psicoterapia y la posibilidad de hablar de sí mismo. En poco tiempo Daniel logra dejar su habitación y abrirse al mundo. El fútbol y la música serán los dos pilares que le permitirán abandonar con menos temor su largo soliloquio. Retoma el fútbol y empieza a jugar con amigos al papifútbol. Organizan un equipo y al final del año participan de un torneo promocionado por una marca comercial, ganando el equipo un viaje de egresados. Esta idea le agrada doblemente. Habiendo ya organizado y pagado su viaje de egresados a Bariloche, el premio obtenido le permitirá viajar al año siguiente nuevamente, como en un segundo viaje de egresados, posibilidad que le facilita acariciar la fantasía de egresar una segunda vez, retardando de esa manera el paso del tiempo. El tema recurrente de la psicoterapia había sido su angustia frente al agujero negro que se abría luego de finalizada su escuela secundaria. Las perspectivas eran inmensas, se abrían ante él no tanto como una elección de apertura sino como una caída en un mundo que, decía, «podía triturarlo». Expresión que revelaba a la vez su percepción real de los riesgos del mundo contemporáneo y su renovada angustia de castración. Logra rápidamente hacerse de dos amigos con los cuales va a compartir salidas, charlas y su pasión por la música durante todo el año. Asiste a recitales de rock, y transita por grupos de punk-rock, heavy-metal y grupos con letras más divertidas, de protesta –me dice– como SKA-P, Madness y Kapanga. Me cuenta que en su infancia sufrió mucho pues pasaba desapercibido en el grupo: «cuan-

do era chico había en la escuela dos grupos, uno que estudiaba y otro que hacía deportes. Yo no estaba ni en uno ni en el otro. En la clase era como que no estaba». Me aclara que le gusta sin embargo que lo miren, que lo tengan en cuenta.

Luego de un largo recorrido, decide estudiar periodismo, elección que contemplaba su deseo de ir a estudiar a Buenos Aires, proyecto que le permitiría simultáneamente volver a la casa de sus abuelos, donde había vivido hasta sus 8 años. Se planteó para Daniel la angustia de separarse de sus amigos, que representaban su anhelado grupo de pertenencia. Uno de ellos tenía pensado ir con sus padres a vivir a España, otro se quedaría en Mar del Plata y él se iría a Buenos Aires. Por una cuestión de tiempo no podré hablar de todos los matices de una psicoterapia que se reveló sumamente rica. Hablaré tan sólo de la función metapsicológica que adquirieron sus proyectos de tatuaje. Frente a la angustia de separación, los tres amigos decidieron que se harían el mismo tatuaje de símbolos que representaban grupos de rock: la flor de lis, símbolo de un grupo de rock americano (Heavy-Metal) y el logo de otro grupo de punkrock. Me cuenta acerca del local donde se practican los tatuajes y de la técnica empleada, y agrega que probablemente se haga un tercero: una serpiente. Le pregunto si necesita el acuerdo de los padres y me responde que de todas maneras la semana siguiente cumple 18 años y que podrá tomar la decisión solo. Es decir que me anuncia que su cuerpo le pertenece y que tiene la libertad de marcarlo y, aunque no lo formula, está implícito que incluso posee hasta el poder de destruirlo. Me anuncia que se hará hacer primero dos tatuajes, dejando el tercero, el de la serpiente, para más adelante, pues la madre le exige que primero apruebe matemáticas, materia que tiene previa desde 4º año, situación que se le había ocultado al padre. Me trae un sueño: «se mira frente al espejo y tenía todo el torso y el pecho tatuados, de la cintura para arriba». Me dice que esa imagen le gustaba, que era un sueño que le aportó tranquilidad. En cambio otro sueño que trae le resulta más inquietante: «Se ve frente al espejo con barba y no le gusta».

Es notoria la importancia de la función del espejo con relación a la angustia de castración en los dos sueños. Tener todo el pecho y el torso tatuados «de la cintura para arriba» es el *todo lleno* de la imagen gráfica que no deja espacios vacíos, que no deja agujeros. En la obliteración de la mirada de lo que pasaría por debajo de la cintura, Daniel elude la confrontación con la angustia de castración. La tranquilidad del primer sueño está dada justamente por la negación de dicha angustia. En el sueño de la barba, en cambio, aparece con claridad su angustia de crecer, de asimilar los cambios en su cuerpo y en su sexualidad que traduce la aparición de la barba. Por sus tatuajes me dice «me gusta que mi cuerpo cambie». Así, es él quien produce los cambios en su cuerpo, ilusión de dominarlos y no el cuerpo que cambia a pesar suyo. Un tercer sueño completa el ciclo: «Va a jugar al fútbol y estaban por hacerle un tercer tatuaje, el de la serpiente. Eran su profesor de matemáticas y un amigo del padre quienes lo iban a hacer». En este último sueño aparece un claro sentimiento de angustia con relación a la castración. El profesor de matemáticas, figura persecutoria, aún más en la medida en que compartía con su madre la exclusión del padre respecto de la información acerca de la materia previa, se asociaba al padre para dejarle una marca indeleble en el cuerpo. Que la imagen elegida fuera una serpiente no es casual, dado su alto poder evocador de la negación de la castración, cuya cúspide se alcanza con la cabeza de la Medusa, de la cual emanan múltiples serpientes y cuyo valor fálico fuera destacado por Freud en su artículo sobre la Gorgona (Freud, S., 1940). La imagen era un compromiso entre su angustia de castración, cuyo agente en el sueño estaba representado por una figura paterna en complicidad con su profesor de matemáticas, y al mismo tiempo su negación, pues le deja una marca que no se puede borrar ya más, al servicio de negar la pérdida.

De una manera general, podemos decir que la excitación pulsional está en búsqueda de representaciones. Cuando las representaciones psíquicas desfallecen, la inscripción de una representación gráfica en la piel puede cumplir una

función parcialmente substitutiva de una representación. A mitad de camino entre la representación psíquica y el objeto externo, en un entre-dos, no totalmente en el afuera pero tampoco en su interior. Cumple una función simbólica pero no necesariamente metafórica.

«En los sueños no sentimos horror porque nos oprima una esfinge, soñamos una esfinge para explicar el horror que sentimos» dice Borges (Borges, J. L., 1960). El aparato psíquico no admite que el afecto quede flotando. El representante afecto de la pulsión es pirandeliiano, como en *«Seis personajes en busca de autor»*, el afecto busca una representación en donde poder anclarse, de lo contrario es la emergencia desbordante de la angustia. La serpiente del tatuaje absorbe la angustia de castración que no logra ser contenida por una perlaboración psíquica metabolizable de la misma. La imagen del tatuaje pasa a ser la representación del compromiso de la angustia de castración y de su negación.

En nuestro paciente Daniel, la capacidad representativa del proceso primario que se expresa a través del sueño estaba desbordada por la pulsionalidad homosexual y por la angustia de castración. La potencialidad representativa del sueño estaba excedida en su capacidad de simbolizar los conflictos de la bisexualidad psíquica. El tatuaje como soporte de una proyección psíquica en su propio cuerpo, le permite vivir la representación como en un afuera de sí y a la vez en su propio cuerpo, exterioridad aparente que la vuelve más tolerable. Es un afuera de la psique, una interioridad exteriorizada pero no perdida en el sin límite del mundo externo, sino contenida por un envoltorio que funciona como interfase entre el mundo interno y el externo. Continencia de su psiquismo buscada también a través del envoltorio sonoro de la música rock. El tatuaje como transición entre el poder contener los conflictos en el interior de la vida psíquica, propio del pensamiento metaforizable, y la expulsión fuera de sí, en un no reconocimiento de la producción fantasmática como propia. Es una primera tentativa de elaboración de una economía psíquica desfalle-

ciente y de la cual el cuerpo paga su tributo. El tatuaje como pictograma, como expresión del pensamiento originario (Castoriadis-Aulagnier, P., 1975). El tatuaje como figuración de un impensado a mitad de camino de un pensable con el fin de que advenga decible. La piel en su condición de envoltorio psíquico, de un Yo-piel (Anzieu, D., 1987), de frontera entre el mundo externo y el mundo interno contiene en la inscripción del tatuaje la re-presentación de relaciones de objeto fragilizadas y fragilizantes. Para poner fin a la angustia, ya sea de castración, de pérdida del objeto o de fragmentación. En el caso de Daniel, dichas relaciones de objeto estaban dadas por la presencia en los tatuajes de los grupos rock, íconos a la vez de un rito iniciático, de la pertenencia a una identidad grupal y una tentativa de elaboración de la separación de sus amigos y de los vínculos de contenido homosexual tan frecuentes en esa época de la vida. Lucha incesante contra su depresión primaria. Guardar el símbolo del objeto inscripto en la superficie del cuerpo en un entre-dos metonímico, entre un interior perforado que deja escapar al objeto interno y un exterior que lo aspira al vacío. La marca indeleble del tatuaje como una certeza de no cambio frente a las transformaciones que se operan en el cuerpo, de atemporalidad, «tener como incrustado en el cuerpo un tiempo quieto» (Pelento, M. L., 1998) que no esté sometido a los avatares del deseo inconciente del sujeto ni a las incertidumbres del deseo del otro y del mundo externo inasible.

La piel fracasa parcialmente en su condición de espejo que permite reconocer y evaluar el afuera, de investirlo suficientemente y verse al mismo tiempo invistiendo su propia imagen, pero ofrece una superficie de inscripción a la producción inconciente del sujeto. La piel le ofrece al adolescente una superficie que permite que, a través de la traza en ella, comience a dar un sentido al caos de lo irrepresentable de sus propias transformaciones.

Pregunto: ¿el adolescente, en el fondo, se hace tatuar para sentirse mirado? La pregunta no es superflua y la respuesta es menos evidente de lo que parece a simple

vista. Un rápido pasaje por la mitología me permitirá precisar, espero, lo que quiero decir.

Perseo (Grimal, P., 1978), con el fin de evitar los avances del tirano Polydectes sobre su madre Danáe, se compromete a aportar a aquél, la cabeza de Medusa. La Medusa –me permito recordar– es una de las tres Gorgonas. Su cabeza estaba rodeada de serpientes, tenía manos de bronce y alas de oro que le permitían volar. Su lengua salía violentamente hacia fuera, por encima de un mentón barbudo. Era objeto de espanto por su mirada penetrante y resplandeciente que convertía en piedra a todo aquél que la mirara. Perseo logra decapitarla gracias a su astucia, a su coraje y también gracias a la ayuda de Hermes y de Atena, que le brindan un arma, una espada y un escudo. El arma de Medusa salía de lo ordinario: una mirada que petrifica a todo ser viviente que la afronta, aunque más no sea por inadvertencia. Es así que el escudo de bronce de Perseo adquiere una importancia capital. Pulido como un espejo, le refleja a Medusa su propia mirada logrando así que con su propia mirada reflejada se petrifique. Evitando su mirada paralizadora, la decapita. Freud, en su artículo sobre la cabeza de Medusa destaca que el horror que produce la Medusa convierte en equivalentes *decapitar* con *castrar*. El terror a la Medusa es entonces un terror a la castración relacionado con la vista de algo. Y ese algo, Freud lo atribuye al efecto en el niño de la comprobación, a través de la mirada, de la diferencia de los sexos. Es notable cómo las serpientes en la cabeza de Medusa, señala Freud, a pesar de ser horribles en sí mismas, mitigan el horror, pues sustituyen la multiplicidad de símbolos fálicos que encubren el temor a la castración.

Propongo que para Daniel, el tatuaje de la serpiente, representante metonímico del falo, significa lo mismo que sostenía Freud en dicho artículo: no te temo, te desafío, tengo el falo. O sea que el tatuaje está para ser visto como si tomara un valor fetichista contra la castración; pero al mismo tiempo para ocultar, como si quisiera decir: «cuando miran mi tatuaje no ven el resto de mi cuerpo». Niega la

diferencia de sexos. Es decir: el cuerpo revela lo que la psique pretende borrar y negar, la bisexualidad psíquica, y particularmente la femineidad incluida en toda virilidad. Platón no concebía la distinción entre belleza y horror. El tatuaje fascina y horripila. A través del tatuaje de la serpiente, Daniel intentaba vencer el terror de la castración a través de la imagen del terror. Ya no era más él quien se angustiaba: como un dardo, la angustia era proyectada en aquél que mirara detenidamente su tatuaje, a condición de que no mirara el resto de su cuerpo. Como el escudo de Perseo, su tatuaje reflejaba la mirada de un otro que pudiera recordarle la diferencia de los sexos, defendiéndose de su temor a quedar petrificado por su propia angustia de castración proyectada. El tatuaje adquiere así un valor defensivo de un sistema de represión vacilante. Funcionaría como una tentativa de elaboración a mitad de camino entre la metonimia y la metaforización de la falta, adquiriendo, aunque más no fuera provisoriamente, un valor fetichista en el sentido de lograr desviar la mirada, la del otro, pero simultáneamente la propia. Su valor metapsicológico correspondería a lo que Anzieu propone como *significante formal* (no lingüístico) (Anzieu, D., 1987), es decir, representantes de contenidos psíquicos que expresan la lucha por la sobrevivencia psíquica. El tatuaje y su valor representacional para Daniel eran una tentativa de bordear el vacío representacional al cual temía ser aspirado y de proteger su yo corporal de caer en ese vacío, reforzando un sistema de represión vacilante.

Para finalizar, diré que la adolescencia tiene una potencialidad traumática en el sentido freudiano del término, es decir, el riesgo que corre el sujeto de ver su capacidad de elaboración y de reorganización libidinal desbordadas por la tarea que la adolescencia requiere. En ese sentido, el proceso de la adolescencia implica una exigencia de trabajo psíquico con el fin de contener, dar sentido y organizar las transformaciones que afectan a la adolescencia y que se producen a pesar suyo. Donde el adolescente es pasivizado frente a un cambio que padece y no domina, generado por la reedición de su complejo de Edipo pero también por el

proceso de separación-individuación y la confrontación con el espacio sin límite de lo extra-familiar. Es la puesta en escena pero también la tentativa de puesta en sentido de un afecto indecible. A veces las representaciones intrapsíquicas escasean para pre-figurar ese cambio, y el tatuaje es una tentativa de ofrecer en la superficie del propio cuerpo el anclaje a una representación de un afecto errante que lo desgarran en tanto aún no decible.

Bibliografía

- Anzieu, D. (1987) «Les signifiants formels et le Moi-Peau» en *Les enveloppes Psychiques*, Paris, Dunod, 1987.
- Borges, J. L. (1960) «El Hacedor» en *Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974.
- Castoriadis-Aulagnier, P. (1975) *La violence de l'interprétation, du pictogramme à l'énoncé*. Paris, P.U.F.
- Freud, S. (1940) «La cabeza de Medusa», Buenos Aires, *Amorrortu E.*, vol. XVIII, 1997.
- Grimal, P. (1976) *Dictionnaire de la Mythologie grecque et romaine*. Paris, P.U.F.
- Pelento, M. L. (1998) «Los tatuajes como marcas» en *Revista de Psicoanálisis*, vol. LVI, Buenos Aires, 1998.
- Tenenhaus, H. (1993) *Le tatouage à l'adolescence*. Paris, Bayard, 1993.
- Vialou, D. «Sexualité et art préhistoriques» en *Le propre de l'homme*, Paris, Paris-Lausanne, Delauchaux et Niestlé, 1998.

Resumen

Desde una perspectiva psicodinámica, y más allá de los valores culturales comunes que suelen desplegarse en la elección de los tatuajes, me parece importante subrayar el carácter heterogéneo y polisémico de los mismos desde un punto de vista metapsicológico. A la manera de la imagen de un sueño, el tatuaje es ante todo la expresión gráfica de

una producción psíquica del sujeto. El tatuaje voluntario deviene un acto de lenguaje a medio camino entre una escritura que se aproxima al jeroglífico y la oralidad discursiva. Representación sustitutiva, la imagen impresa en la piel adquiere valor metonímico del mundo interno, pero no necesariamente valor metafórico. La excitación pulsional está en búsqueda de representaciones. Cuando las representaciones psíquicas desfallecen, la inscripción de una representación gráfica en la piel puede cumplir una función parcialmente sustitutiva de una representación. A mitad de camino entre la representación psíquica y el objeto externo, en un entre-dos, no totalmente en el afuera pero tampoco en su interior. Para Daniel, adolescente de 17 años, su tatuaje, como el escudo de Perseo, reflejaba la mirada de un otro que pudiera recordarle la diferencia de sexos, defendiéndose de su temor de quedar petrificado por su propia angustia de castración proyectada. El tatuaje era una tentativa de bordear el vacío representacional al cual temía ser aspirado y de proteger su yo corporal de caer en el mismo, reforzando así un sistema de represión vacilante.

Summary

From a psychodynamic point of view –and beyond the ordinary cultural values that are usually involved in the choice of tattoos– it is important to underline their heterogeneous and polysemic character, from a metapsychological perspective.

Essentially, the tattoo is -as the image in a dream-the graphic expression of a psychic production of the subject. The voluntary tattooing becomes a language act, which stands half way between a writing close to a hieroglyphic on the one hand and the oral discourse on the other. As a substituting representation, the image marked on the skin, acquires the metonymical value of the inner world, but not necessarily the metaphorical value. The driving force searches for representations. Whenever psychic representations weaken, the inscription of a graphic representation

on the skin may function as a partial substitution of a representation. Half way between the psychic representation and the external object, in a certain «entre-deux», that is to say, not completely external but not absolutely internal either.

For Daniel, a 17 year old adolescent, his tattoo, –as Perseo’s shield– reflected the glance of one another that could remind him about the differences between the sexes, therefore defending himself against being petrified by his own projected castration anxiety. The tattoo was an attempt both to border the representational gap into which he was afraid to be drawn and also to protect his corporal ego from falling into it, thus reinforcing an unstable repression system.

Résumé

Dans une perspective psychodynamique, et au-delà des valeurs culturelles communes qui sont mises en jeu d’habitude lors du choix d’un tatouage, il me semble important de souligner son caractère hétérogène et polysémique du point de vue métapsychologique. A la manière de l’image d’un rêve, le tatouage est avant tout l’expression graphique d’une production psychique du sujet. Le tatouage volontaire devient un acte de langage à mi chemin entre une écriture qui se rapproche du hiéroglyphe et l’oralité discursive. Représentation substitutive, l’image imprimée sur la peau acquiert une valeur métonymique du monde interne, mais pas nécessairement une valeur métaphorique. L’excitation pulsionnelle est à la recherche de représentations. Lorsque les représentations psychiques sont défailantes, l’inscription d’une représentation graphique sur la peau peut remplir une fonction partiellement substitutive d’une représentation. A mi chemin entre la représentation psychique et l’objet externe, dans un entre-deux, pas complètement à l’extérieur mais pas non plus à l’intérieur. Pour Daniel, adolescent âgé de 17 ans, son tatouage, comme l’écusson de Persée, reflétait le regard d’un autre

qui pourrait lui rappeler la différence des sexes, se défendant ainsi de sa crainte d'être pétrifié par sa propre angoisse de castration projetée. Le tatouage était une tentative de contourner le vide représentationnel dans lequel il craignait d'être aspiré et de protéger son moi corporel de tomber dedans, en renforçant ainsi un système de refoulement chancelant.

**La imagen:
mediación en el sueño,
mediación en el grupo ***

Claudine Vacheret **

- (*) Una versión de este trabajo fue presentado en Roma, en el Coloquio *Sueño y grupo*, organizado por la Universidad La Sapienza, 4-5 de junio de 1999, y también publicada en la Revista electrónica “Funzione Gamma” en junio de 1999.
- (**) Profesora Adjunta en la Universidad y Miembro de la Société Psychanalytique de Paris.

En este trabajo me propongo hablar del lugar y el papel de la imagen que sirve de mediación en el sueño y de la misma imagen que reencontramos como mediación en el grupo. La imagen de que se trata es la de una cordada de alpinistas en la montaña. A esta imagen se refiere una paciente en una cura individual en lo que será una etapa de absoluta importancia en el desarrollo de su análisis; y esta misma imagen será elegida por una participante en un grupo de fotolenguaje¹ este invierno, un grupo de jóvenes en formación. Me he interrogado sobre el simbolismo de esta imagen, que condensa a la vez pulsión de vida y pulsión de muerte, en el grupo. No hablaré de estereotipo, ni de arquetipo como lo proponía Jung. Me referiré a la teoría freudiana, en el célebre texto «El yo y el ello», donde Freud habla del pensamiento en imágenes. Escribe: «El pensamiento en imágenes es sólo un modo muy imperfecto del devenir conciente. Además, en cierto modo, está más próximo a los procesos inconcientes, tanto desde un punto de vista ontogenético como filogenético». Vale decir que, para Freud, el pensamiento en imágenes atañe tanto al sujeto y su realidad psíquica interna como a la dimensión colectiva y lo que se transmite de generación en generación en una cultura dada. En uno y otro caso, el pensamiento en imágenes es más cercano a los fenómenos inconcientes.

Esto lo sabemos desde el texto de 1900 sobre «La interpretación de los sueños». La representación de palabras del lado del proceso secundario permite el relato del sueño, un relato manifiesto. La regla de asociación libre moviliza las representaciones intermedias, que permiten remontar hasta la fuente, hasta el origen inconciente la representación de cosa, el afecto, la angustia, el deseo inconciente, es

¹ El fotolenguaje es una técnica en la que se utilizan carpetas con fotos en blanco y negro clasificadas por temas y publicadas bajo distintos títulos como: Trabajo, Economía, Tiempo libre, Relaciones humanas, Formación y desarrollo personal, Mujeres en desarrollo, Situaciones límite, Valores en discusión. El método se acompaña de una serie de consignas destinadas a los formadores y coordinadores, reunidas en un libro llamado *Fotométodos*, Ed. Chalet, París, 1978.

decir una representación todavía en estado de cosa. Cómo poner en palabras esa cosa, sino por la mediación de un pensamiento en imágenes. El pensamiento en imágenes no es sólo un pensamiento en imágenes visuales, aun cuando, como sabemos, hay una primacía de lo visual sobre los otros sentidos. El pensamiento en imágenes puede ser un pensamiento en imágenes auditivas, olfativas, gustativas, táctiles. Lo que caracteriza este modo de pensamiento intermedio, es que se especifica por el vínculo de contigüidad entre estas imágenes en lo que llamamos la cadena asociativa. Si se activa una forma de imagen sensorial, ésta se une a otras imágenes por asociación. Un sonido evoca una escena, un olor evoca un recuerdo. Es la historia de la pequeña Madeleine de M. Proust, una imagen gustativa evoca toda una serie de recuerdos del pasado, de su infancia.

Vemos que lo que caracteriza a esta cadena de imágenes asociadas es el hecho de que siempre están ligadas a afectos. Sostengo la idea de que la imagen y el afecto son una pareja inseparable. Por esta razón hablo de imagen y no de representación, porque la representación, como sabemos, puede ser separada del afecto, como ocurre en la clínica de las personalidades obsesivas que pueden contarnos recuerdos muy impresionantes sin afecto, sin emoción, consiguiendo escindir el afecto de la representación de la escena traumática. Ahora bien, la imagen que se manifiesta en el pensamiento en imágenes, siempre está unida a un afecto porque el pensamiento en imágenes, si está próximo al inconsciente también está por lo mismo cercano a la experiencia perceptiva, corporal, que inscribe huellas en la psique, huellas sensoriales, del orden de las primeras percepciones ligadas a las primeras emociones, en la experiencia precoz del sujeto, en el vínculo primario entre la madre y el niño.

Planteadas estas referencias teóricas, voy a presentar la viñeta clínica de un grupo en el que utilizo el fotolenguaje, y la de una sesión de cura psicoanalítica.

Hace poco, en un grupo fotolenguaje, una participante presenta la foto de un alpinista que sube una montaña, en la nieve, con crampones. Se lo ve de espaldas. Es el primero de la cordada, la cuerda lo ata al segundo alpinista que no es visible en la foto. En el segundo plano vemos la cima a alcanzar. La joven que ha elegido esta foto y la presenta al grupo dice: *«Fui animadora de grupos, de los turistas que llevaba en invierno de paseo, en verano a descubrir la montaña. Era mi primer trabajo, y me gustaba mucho esa actividad, el encuentro con los otros y el contacto con la naturaleza, realmente me daba placer, no tenía la impresión de trabajar.»* Otra paciente dice: *«A mí también me gusta la montaña y hago paseos. Para mí esta foto representa el esfuerzo, y la gran satisfacción que se siente al llegar a la cima, al amanecer».* Una tercera paciente expresa: *«Para mí, este invierno con todo lo que ocurrió, me angustia; es la imagen de un hombre, de una cordada que será arrastrada por una avalancha».* La actualidad y las imágenes vistas en la televisión invaden entonces al grupo que queda silencioso, inundado por la angustia de muerte. Estas ideas parecen sorprender a la persona que eligió esa foto, que sólo veía buenos recuerdos para ella, que sólo tenía una visión muy positiva de su foto, una visión agradable y serena. Vemos aquí al grupo representar su papel regulador. La visión positiva de la foto es inmediatamente contrabalanceada por otra visión, más inquietante, más angustiante, que representa un riesgo de muerte. A la pulsión de vida se opone la pulsión de muerte. El grupo pone en juego la intrincación de las pulsiones. Cuando el sujeto que presenta su foto se deja guiar por el principio del placer, el grupo le recuerda el principio de realidad. Inversamente, cuando un sujeto tiene una visión muy negativa de su foto, los miembros del grupo le propondrán otras imágenes más vivas, más tranquilizadoras.

A esta función de regulación, muy conocida, del grupo, debemos agregar la importancia de la articulación entre el imaginario individual y el imaginario grupal. El trabajo intrapsíquico de toma de conciencia para un sujeto en el grupo es favorecido por los intercambios intersubjetivos a

propósito de un objeto mediador, en este caso, la imagen que representa la foto. En efecto, en el fotolenguaje la foto, que es un objeto cultural, deviene una imagen, portadora de un imaginario individual, a partir de la cual se despliega un imaginario grupal alimentado por la cadena asociativa de las imágenes de las que cada uno es portador. Estos intercambios intersubjetivos permiten al sujeto tomar conciencia de la parte que le corresponde, a partir de los intercambios de imaginarios propuestos.

Lo mismo ocurre en el intercambio analista-analizando. He aquí el relato del sueño de una paciente de 30 años, en análisis desde hace tres: «Había una gran montaña y sobre una ladera había dos cordadas que gravitaban sobre la pendiente. En una cordada estaban los viejos, en la otra estábamos yo y mi amigo». En ese momento, agrega: «Usted también estaba en esta cordada, yo me sentía atada a usted. En esta cordada hacíamos pie, no corríamos peligro de ser arrastrados en la caída, de caer. En la otra cordada, estaban mi tío y mi tía que es mi madrina. Esta cordada de los viejos me inquietaba, los sentía en peligro, prontos a arrastrarse en la caída.» Comenta diciendo: «Es como en este momento en mi familia, *la locura ronda y la familia amenaza derrumbarse*». En efecto, el tío que aparece en su sueño acaba de ser internado en un psiquiátrico, y su madrina sufre un cáncer de seno, del que va a morir efectivamente unos meses más tarde. En la realidad, ella los siente frágiles. Asocia en torno de estas dos cordadas, que ponen por delante un pensamiento en imágenes. Frente a esta nueva imagen en el desarrollo de su cura, voy a poder interpretar la transferencia, porque ella tiene este sueño en un momento en que las sesiones van a interrumpirse por vacaciones. Yo también la dejo y ella corre el riesgo de deslizarse y hundirse. Ella se sentía aludida por las dos cordadas. Imagina que la cordada de los viejos podría ser también «sus padres». Se representa entonces varias configuraciones en trío:

- su padrino, su madrina y ella, o bien
- su padre, su madre y ella, o también
- su amigo, ella y yo.

En ese momento, sus padres también están fragilizados por la situación familiar, como lo están los personajes del sueño. En efecto, su padre está muy angustiado ante la idea de ver a su hermano entrar a un hospital psiquiátrico, mientras que su madre está muy preocupada por ver a su hermana sufrir tratamientos agotadores como las quimioterapias, tras la operación del cáncer de seno.

Su sueño es de hecho una pesadilla, porque se despierta con la idea de que la cordada de los viejos está a punto de caer.

Agrega: «*en la familia, no estamos sólo encordados, estamos encadenados unos a otros*». En muchas ocasiones, más tarde en el análisis, volveremos sobre esta imagen de la cordada que metaforiza y condensa varios elementos. Si retomamos cada elemento de la metáfora comprobamos que: la cuerda es a los alpinistas lo que los vínculos de sangre son a los miembros de la familia. La cuerda representa el vínculo familiar, pero también el vínculo con el analista en la transferencia. La cuerda juega entonces el papel de una seguridad, de una garantía. Reúne y retiene, protege del peligro.

La cuerda simboliza además otro aspecto del vínculo. La cuerda «*encadena*» a las personas entre sí, como en la depresión que amenaza a la familia, a propósito de la caída de uno de los miembros en la locura. La cuerda podría representar también, en un modo muy regresivo, el cordón umbilical.

La cuestión que se plantea es: ¿por qué esta metáfora tiene tal impacto, tal intensidad emocional y tal valor dramático (en el sentido de *drama* en griego, es decir, acción) para mi paciente, lo que le da un lugar absolutamente central en el recorrido analítico?

Esta forma de imagen juega un papel de mediación entre la realidad interna, intrapsíquica y la realidad externa, la historia familiar contemporánea y los vínculos intersubje-

tivos que la caracterizan. Además, esta imagen de la cordada va a devenir una imagen central a la que se referirá a menudo en la continuación de su análisis. Esta imagen devendrá una mediación entre ella y yo, como la foto del alpinista elegida y presentada en el grupo.

Podemos decir que:

– la imagen es la mediación entre:

- el adentro y el afuera,
- entre el sujeto y el grupo,
- entre el sujeto y el otro (el analista),
- entre el sujeto y él mismo.

– La imagen es mediación entre lo consciente y lo inconsciente. La imagen es una producción preconsciente en el espacio psíquico predilecto de lo imaginario. Las producciones imaginarias son preconscientes.

– La imagen es la ocasión de unir la neurosis infantil y la neurosis actual por medio de la transferencia en la cura.

– La imagen permite al grupo representar el vínculo, el vínculo entre los miembros del grupo. La cuerda representa a la vez el vínculo que es amenaza de alienación, que encadena, pero también el vínculo que reasegura, garantiza la seguridad y la continuidad. La cuerda representa el vínculo, es decir, la relación con lo que ella pone en juego en cuanto a ambivalencia con el objeto, peligroso y asegurador a la vez.

La naturaleza puede ser una madre buena nutricia pero la naturaleza también puede ser una madre que mata, violenta, devoradora, devastadora, como la montaña tan claramente nos ha mostrado este invierno en varios de nuestros países de Europa.

Necesitamos pensar en imágenes, porque la metáfora es una de las vías que se abren hacia la simbolización. La imagen de la cordada es un medio de figuración que el

sujeto necesita tanto como el grupo para representarse la necesidad del vínculo con otro para vivir, al mismo tiempo que la peligrosidad del vínculo con el otro, en todo lo que evoca la muerte o la angustia de muerte, muerte física o muerte psíquica. Este modo de pensamiento invoca el proceso de la regresión del que Freud dice que sólo conserva las imágenes de percepción (cap. VII de «La interpretación de los sueños»). El pensamiento en imágenes deja en nosotros huellas distintas de las palabras, nacidas del proceso secundario, moviliza el proceso primario que nos interesa y nos afecta de modo muy diferente. La imagen es objeto de un intercambio de imaginarios, pero también de un intercambio identificatorio entre la paciente y la analista en la cura, entre la participante y los otros en el grupo de fotolenguaje.

Vemos claramente que en ambos dispositivos clínicos a los que me refiero, las imágenes externas (la foto) remiten a imágenes internas, y las imágenes del sueño, producto del inconsciente, evocan por condensación y por desplazamiento varios personajes de la vida y de la realidad de la paciente. Las imágenes son mediación entre la realidad externa y la realidad psíquica, las imágenes permiten hacer vínculos en la realidad intrapsíquica del sujeto porque ellas son objeto de intercambios subjetivos.

En la cura, la imagen de la cordada deviene un objeto cultural común a la paciente y a la analista, vemos claramente de qué se habla cuando hacemos referencia a ella ulteriormente. De igual modo, la imagen tiene para el grupo la función específica de figurar una amenaza de derrumbe, por el hecho de que es el último día y la última sesión del grupo. Tenemos así una figuración del fin del grupo que entraña una angustia de muerte: roto el vínculo, los miembros del grupo ya no volverán a encontrarse. La imagen habla de la situación «ahora y aquí» que intenta representar. Las imágenes tienen además la característica de ser maleables, como lo puso en evidencia Marion Milner. Se transforman, se modifican, evolucionan, en función del aporte de cada uno.

– El imaginario de la paciente y el imaginario de la analista van a permitir desembocar en una representación del triángulo edípico, pudiendo así la pareja de los padres unidos entre ellos evocar una fantasía originaria, la fantasía de una escena primitiva fusionada o mortífera.

– El imaginario del grupo modera el imaginario de la participante que eligió esa foto. El grupo matiza su imaginario, oponiéndose la pulsión de autoconservación a la pulsión destructora. Poco a poco, la imagen del buen recuerdo evoluciona y se transforma a medida que cada uno interviene sobre esa foto. La imagen se transforma y se deforma, tranquilizaba y ahora da miedo. Todas las facetas de la realidad psíquica pueden ser evocadas y representadas. El pensamiento en imagen permite intercambios de identificación en apoyo, en apuntalamiento sobre los intercambios de imaginarios.

La imagen como mediación, en el dispositivo individual y en el dispositivo grupal, es la ocasión de movilizar el proceso primario del lado del inconsciente, en un movimiento de regresión necesario para cualquier figuración inicial. Es a partir de este modo de figuración que se puede desembocar en un auténtico proceso de simbolización. Llamo simbolización al proceso de ligazón entre el proceso primario y el proceso secundario mediante los procesos terciarios, tal como los ha definido André Green. Se trata, en mi opinión, de descubrir en qué el pensamiento en imágenes favorece esta ligazón, por la existencia de una imagen mediadora que condensa en sí misma la imagen del sujeto: el alpinista; del grupo: la cordada; del vínculo entre ellos: la cuerda de la vida vivida como una ascensión, una manera de crecer, pero también reconocida como una amenaza permanente de caer en la locura, o en la muerte. En suma, la imagen de la cordada condensa en sí misma la idea de la paradoja de que para sobrevivir es preciso aceptar el riesgo de morir.

Resumen

En este trabajo se trata acerca del lugar y el papel de la imagen que sirve de mediación en el sueño y como mediación en el grupo. Una imagen en particular, la de una cordada de alpinistas en la montaña, aparece como referencia en una cura individual en lo que será una etapa de absoluta importancia en el desarrollo de ese análisis; y esta misma imagen será elegida por una participante en un grupo de fotolenguaje, un grupo de jóvenes en formación. Se trabaja acerca del simbolismo de esta imagen, que condensa a la vez pulsión de vida y pulsión de muerte, sin que se trate de un estereotipo, ni de arquetipo como lo proponía Jung. El punto de referencia teórico será la teoría freudiana, en el célebre texto «El yo y el ello», donde Freud habla del pensamiento en imágenes.

Summary

This paper is mostly concerned with the place and role of the image that act as mediation in a dream and as mediation in a group. A specific image –that of a group of climbers on a mountain– appears as a reference in the course of an individual cure, at a stage that will be essential for the development of said analysis. The same image will be chosen by one of the attendants to a photo-language group, a group of young trainees. The work is focused on the symbolism of this image which condenses both the Life drive and the Death drive. This image does not embody a stereotype nor an archetype, as proposed by Jung. The theoretical framework will be the Freudian theory, in its renowned text «The Ego and The Id», in which Freud refers to the thinking process in images.

Résumé

Ce travail s'occupe de la place et du rôle de l'image qui sert de médiation dans le rêve et comme médiation dans le groupe. Une image en particulier, celle d'une cordée d'alpinistes dans la montagne, apparaît comme une

référence lors d'une cure individuelle dans ce qui deviendra une étape absolument importante du déroulement de cette analyse; et cette même image sera choisie par une participante dans un groupe de photolangage, un groupe de jeunes en formation. Nous travaillons le symbolisme de cette image, qui condense à la fois pulsion de vie et pulsion de mort, sans qu'il s'agisse d'un stéréotype, ni d'un archétype comme le proposait Jung. Le point de repère théorique renvoie à la théorie freudienne, à savoir, le célèbre texte de Freud «Le moi et le ça», où celui-ci s'occupe de la pensée en images.

**PASANDO
REVISTA**

Psicoanálisis y Género. Debates en el Foro

Compiladoras:

Irene Meler y Débora Tajer

Coautores:

Verónica Barca, Mabel Burin, Ana María Fernández, Irene Fridman, Eva Giberti, Luis Hornstein, Norberto Inda,

Laura Klein, Irene Meler, Marisa Punta Rodolfo,

Martha Rosenberg, Débora Tajer, Silvia Tubert

y Juan Carlos Volnovich

Lugar Editorial, Buenos Aires, 2000

Se trata de una compilación de trabajos de diversos autores, que se encuentran para establecer diálogos y debates en un cruce de caminos entre los aportes del psicoanálisis y los desarrollos de los estudios interdisciplinarios de género.

El libro refleja la tarea de un espacio institucional que funciona hace más de cinco años en la Secretaría Científica de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires. Su creación es un hito dentro de una larga historia, que comenzó en los países desarrollados a fines de los años '60, y que en la Argentina se inauguró al finalizar los años '70.

En este caso es imposible dissociar el análisis de las producciones teóricas de su contexto de surgimiento. La década del '60 se caracterizó, entre otros

aspectos, por el ingreso masivo de mujeres en los estudios universitarios. Este fue un indicador de un profundo cambio en la condición social femenina, que no cesaría de profundizarse a partir de ese momento.

Si los discursos de las ciencias sociales y humanas habían sido elaborados por hombres, o por las pocas mujeres que revisitaban como excepciones en un universo cultural masculino, no resulta sorprendente advertir que los desarrollos teóricos de las diversas disciplinas han presentado fuertes sesgos androcéntricos, y en algunos casos sexistas. Por androcentrismo entendemos la elaboración teórica focalizada en la perspectiva masculina, mientras que sexismo se refiere a la discriminación sobre la base del sexo.

En cuanto las mujeres académicas pudieron elaborar sus propias reflexiones, surgió en diversos países un movimiento intelectual que constituyó los «Estudios de la Mujer» o de las mujeres. Estos desarrollos fueron el correlato de los movimientos sociales de mujeres. Por primera vez, comenzó a difundirse la percepción acerca de que la diferencia sexual biológica había dado lugar a la creación de una forma particular de estratificación social, que no había sido registrada como tal, debido a que la jerarquía entre los géneros se refería a la diferencia natural entre los sexos.

Durante un primer período, se eligió a las mujeres como objeto de estudio, rescatándolas de un lugar marginal donde habían sido relegadas debido a su estatus naturalizado de sujetos subordinados. Un ejemplo de esta situación se encuentra en la justificación que realiza Freud acerca de su elección del tema de la femineidad para una de sus conferencias. Expresa allí, en el año 1933, que ha elegido presentar a su audiencia «un trabajo psicoanalítico de detalle». El «detalle» se refería a más de la mitad de nuestra especie.

Pasado un tiempo, surgió la comprensión de que no era po-

sible estudiar a las mujeres si no se comprendía su relación con los hombres. Los estudios contemporáneos de género definen que su objeto de estudio son las relaciones de género, ya sea que se analicen en un nivel subjetivo o en uno sociocultural.

Es por eso que se adoptó, aunque no de forma universal, una categoría que creó John Money, un endocrinólogo norteamericano que estudiaba estados intersexuales. Este médico comprendió que lo que él denominó «sistema sexo-género» para aludir a los diversos factores que determinan la constitución sexual de cada sujeto, no se agotaba en el conjunto de las determinaciones biológicas. La percepción que los cuidadores primarios construyen acerca del infante, se constituye en un factor de tal importancia para determinar el sentimiento íntimo de femineidad o de masculinidad, que en ocasiones contraría exitosamente las determinaciones biológicas, tal como lo evidencian los trastornos de la identidad de género. Por lo tanto incluyó en su «sistema», lo que denominó «asignación de género» por parte de los padres. Para destacar la importancia de lo simbólico, importó a la biología un término de la lingüística. «Género» es una palabra que

se utiliza en esa disciplina para clasificar a los sustantivos en masculinos, femeninos o neutros.

Es por eso que a partir de la década de los '80, numerosos desarrollos en este campo se han definido como «estudios de género». Entre otras ventajas, esta opción teórica permite albergar a los estudios que toman a los varones y a la masculinidad como objeto. Un inconveniente, sin embargo, es que puede minimizarse el aspecto político que destaca la subordinación social femenina, estatuto que está en vías de reversión pero que aún no ha sido superado.

El volumen que comentamos constituye una expresión de ese campo interdisciplinario.

Dentro de los/as coautores/as del libro, existe un núcleo de expertas que han inaugurado los Estudios de la Mujer en nuestro país, constituido por Mabel Burin, Ana María Fernández, Eva Giberti y quien escribe, Irene Meler. Luego de una amplia participación en espacios docentes y de investigación de carácter interdisciplinario, la creación del Foro de Psicoanálisis y Género fue una adecuada ocasión para focalizar la indagación en el psicoanálisis, nues-

tra disciplina de origen. Existen muchos teóricos y clínicos que se ocupan de la vasta tarea de actualizar el corpus psicoanalítico. Los expertos en psicoanálisis y género aportamos en esa dirección. Es por ese motivo que un destacado psicoanalista, Luis Hornstein, fue invitado a participar y agradecemos mucho su aporte a esta iniciativa. Asimismo, el trabajo de Marisa Punta Rodolfo, psicoanalista especializada en niños y adolescentes, evidencia la fertilidad del vínculo entre la experiencia psicoanalítica y la apertura hacia el enfoque de género.

Silvia Tubert es una distinguida teórica argentina que reside en Madrid, y que se inscribe dentro de una corriente que prefiere el recurso a la categoría de «diferencia sexual». En esta elección la acompaña Martha Rosenberg, psicoanalista de larga trayectoria. Ambas desarrollan su pensamiento dentro de un marco teórico donde conviven en forma conflictiva pero productiva, el discurso psicoanalítico y las teorías feministas.

Juan Carlos Volnovich se ha acercado a este campo desde sus albores, sensibilizado por la obra de Marie Langer, una pionera en el estudio psicoanalítico de las mujeres. Sus desarro-

llos se focalizaron en especial sobre el tema de la paternidad.

Norberto Inda es un psicoanalista formado en el contexto de la escuela argentina del psicoanálisis de las configuraciones vinculares. Su aguda percepción acerca del malestar masculino en la cultura lo ha llevado a ser un pionero en el estudio sobre la masculinidad, aunque en este volumen prefirió realizar un estudio sobre análisis de pareja, sobre un material clínico de Gisela Glasman.

Laura Klein constituye un exponente de la convicción interdisciplinaria de este ámbito académico. Filósofa y ensayista, nos ofrece un interesante estudio sobre la sexualidad.

Por último, Irene Fridman, Débora Tajer, co-compiladora del volumen, y Verónica Barca, evidencian la vitalidad de esta perspectiva y el interés que despierta en generaciones más jóvenes.

El libro está organizado sobre un eje que comienza agrupando las producciones de más alto nivel de abstracción, para llegar finalmente a las contribuciones clínicas que ilustran una modalidad de trabajo que tiene mucho más desarrollo empírico

del que ha sido posible formalizar hasta el momento.

Se trabajan temas relacionados con la diferencia sexual, la teoría psicoanalítica, los desarrollos teóricos de Michel Foucault donde se intenta articular las categorías de deseo y poder, la sexualidad, la maternidad y paternidad, las generaciones jóvenes y sus patologías características, los trastornos alimentarios y los abordajes clínicos.

Desearíamos que fuera leído como un momento, inevitablemente detenido, de un diálogo que ha comenzado hace tiempo y que debe proseguir. En este sentido agradeceremos los comentarios que deseen hacernos llegar y que sin duda, constituirían un estímulo valioso para reflexiones futuras. También aspiramos a que la lectura de los trabajos opere como estímulo para la producción de quienes se interesen por ellos. De ese modo, nuestras «conversaciones» contarán con más y mejores interlocutores.

Irene Meler
Coordinadora del Foro de
Psicoanálisis y Género de la
APBA

**Palabras de cierre de las
III Jornadas Nacionales de la FAPCV,
Federación Argentina de Psicoanálisis de las
Configuraciones Vinculares,
«Teoría y clínica vincular psicoanalítica. Año 2000»,
realizadas del 16 al 18 de Junio de 2000.**

Cuando comenzamos hace ya dos años a preparar estas Jornadas, teníamos muy claro el sentido de las mismas: poder pensar y reflexionar acerca del vínculo, vinculándonos.

¿Cómo lograrlo? nos preguntábamos. La idea era construir situaciones de producción grupal, donde se desplegaran posiciones respecto de puntos problemáticos; armar dispositivos para poder *pensar los pensamientos* y dar lugar a lo nuevo.

Creo que hemos logrado lo imaginado al principio. Tratamos de romper puntos de certeza en los Talleres de Discusión, con relación a los ejes temáticos, en los Talleres Clínicos y en los de Formación.

Abarcamos los tres aspectos de un trípode fundamental para nuestra identidad como psicoanalistas de las configuraciones vinculares.

Construimos en cada espacio de encuentro una situación vincular en la cual devinimos habitantes y actores.

Y, como somos también habitantes y actores de este mundo actual, «Mundo Grúa», y como tales «sujetos en trama», como se dijo en estas Jornadas, concebimos un mundo en cuya creación nosotros mismos participamos.

En tres días hemos planteado ideas que seguramente producirán transformaciones en la forma de pensar la Teoría Vincular.

Acerca de la Teoría y la Clínica Vincular Psicoanalítica, circularon conceptos como el de «sujeto en red, donde el elemento de partida no es el sujeto, sino el vínculo»; el de *despliegue de la escena* en los dispositivos vinculares, como instrumento o como obstáculo; el de «*resistencias a lo vincular* como

contrapuestas a la posibilidad de pensar la vincularidad desde el efecto que el encuentro genera». El binomio Freud y Dora fue tomado como germen de desarrollos vinculares; la noción de *implicación* surgió como suplemento de la de transferencia-contratransferencia.

Surgieron interrogantes acerca de la *función del analista y el secreto en la clínica vincular*, o propuestas como la de la *memoria vincular*, que implica como condición necesaria la participación del sujeto y del otro.

Con relación a la clínica, se planteó que, en la tarea psicoanalítica vincular, nuestra escucha e intervención se encuentran atravesadas por nuestros referentes teóricos, nuestra posición subjetiva y las impregnaciones ideológicas.

También surgieron nuevos desafíos para la función analítica: la *supervisión por e-mail* o el *tratamiento por un canal de chat*. Estos implican una transformación radical en la escucha. De escuchar palabras, ¿se pasará a escuchar letras?

En las Mesas Interinstitucionales aparecieron formulaciones que enmarcaban la *clínica de*

riesgo infantil llamándola «niños en peligro» y a los colegas implicados en ella «profesionales en peligro», situación que denota la violencia a la que estamos expuestos los profesionales con relación a la gravedad de la patología.

A partir de la proyección de la película «Mundo Grúa», del director Pablo Trapero, utilizada como disparador para el intercambio, fueron tratados temas cruciales para los psicoanalistas de las configuraciones vinculares, enunciados como el *debilitamiento del estado-nación* y la *primacía del mercado*, temáticas que indudablemente marcan nuevas categorías de subjetividad, como así también el desapuntamiento brusco del aparato psíquico respecto de sus referentes contextuales, que somete al sujeto a una fragilidad especial.

Acerca de las *transformaciones en la subjetividad* y las salidas posibles, se planteó que el espectro psicopatológico parece nuclearse en torno a la dificultad representacional que atañe tanto al orden de lo imaginario como al de lo simbólico: el conflicto se exterioriza a través de la acción y la implosión corporal, es decir, como *modos no subjetivados*.

Se plantearon también algunas salidas posibles: utilizar los recursos conceptuales del psicoanálisis vincular para trabajar con las nuevas problemáticas propias del actual malestar en la cultura; realizar una tarea con relación a las *redes*, como posibilidad de sostén e inversión vincular y colectiva; apuntar a la *complejización psíquica* y a la *ampliación del campo imaginario y simbólico* a través de la búsqueda de significación y del despliegue de la palabra en transferencia.

Surgió también la necesidad de *organizaciones colectivas* que aporten salidas creativas y situacionales con relación a las transformaciones de la subjetividad y a las condiciones que las generan.

La idea que circuló durante todas las Jornadas se centró en la urgencia por recortar los problemas, pero también por aportar posibles salidas.

Aun así, quedaron muchos interrogantes planteados: ¿cómo abordar las transformaciones en los lazos sociales y la subjetividad constituida?; ¿cuáles son las nuevas formas de vinculación social?; ¿cuál es el camino a recorrer frente al proceso de mercantilización de la salud?; ¿cuál es la función del analista frente al entramado sujeto-vínculo-cultura?; ¿cómo convertirnos en actores en las políticas de salud mental actuales?

El encuentro grupal y el intercambio generado en él permitieron esbozar muchos de estos temas, pero desde un comienzo el objetivo fue crear preguntas y no cerrar con certezas.

Aunque lo hemos logrado con satisfacción, queda aún mucho camino por recorrer. Nuestra próxima cita es en las IV Jornadas de FAPCV, en Mendoza, en el 2002.

Graciela Selenner
Secretaria Científica

**ASOCIACIÓN ARGENTINA DE PSICOLOGIA Y
PSICOTERAPIA DE GRUPO**

***REVISTA DE PSICOANÁLISIS DE LAS
CONFIGURACIONES VINCULARES***

PRESENTACION de TRABAJOS

Las presentaciones se harán bajo seudónimo, según la metodología detallada más abajo.

Los trabajos tendrán una extensión máxima de 20 páginas, y se entregarán en cuatro ejemplares impresos en papel tamaño carta o A4 junto con el correspondiente diskette, aclarando el procesador de texto utilizado, el cual debe ser compatible con I.B.M.

Los trabajos deben incluir, en hoja separada, un resumen de 10 líneas.

Es imprescindible adjuntar una autorización para la publicación del trabajo en esta Revista, aclarando nombre/s completo/s y documento/s de identidad, con firma y aclaración.

Los originales enviados no serán devueltos, resulten o no publicados.

Las notas deben numerarse en forma sucesiva en el texto y colocarse al final del trabajo.

Las referencias bibliográficas en el texto: al mencionar a un autor, se transcribirá su apellido, la inicial de su nombre y la fecha de primera publicación del texto en su idioma original. Ej.: (Spitz, R., 1954). Si se desea mencionar la página (en una cita textual, por ejemplo), se ubicará este dato a continuación. Ej.: (Spitz, R., 1954, pág. 153). La página citada corresponde a la edición utilizada (ver más adelante).

La bibliografía, ordenada alfabéticamente, se presentará en hoja aparte.

a) Libros: apellido del autor, inicial del nombre y año de la **primera edición en su idioma original**. Luego, el título del libro (en cursiva), lugar de edición, editor, año **de la edición utilizada**. Ej.: Spitz, R. (1954) *El primer año de vida del niño*. Madrid, Aguilar, 1961.

b) Artículos: apellido del autor, inicial del nombre, año **de la primera edición del artículo en su idioma original**. Luego, título del artículo entre comillas, nombre de la publicación (en cursiva), volumen, número, año **de la edición utilizada**. Ej.: Couchoud, M.T. (1986) “De la represión a la función denegadora”, *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. XX, nº 1, 1997.

Los trabajos deben entregarse en la Secretaría de la AAPPG. Tanto en las copias impresas como en la versión digital, el autor se identificará con un seudónimo, el mismo que colocará en el frente de un sobre cerrado, que contendrá en su interior: nombre y apellido del/de los autor/es; sus datos de afiliación profesional, dirección, teléfono y correo electrónico; la/s hoja/s de la bibliografía; la autorización para la publicación.

REFERATO: Los trabajos que se entreguen para su publicación en esta Revista serán seleccionados por el Comité Científico, el cual se expedirá sobre su aceptación o no.

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES